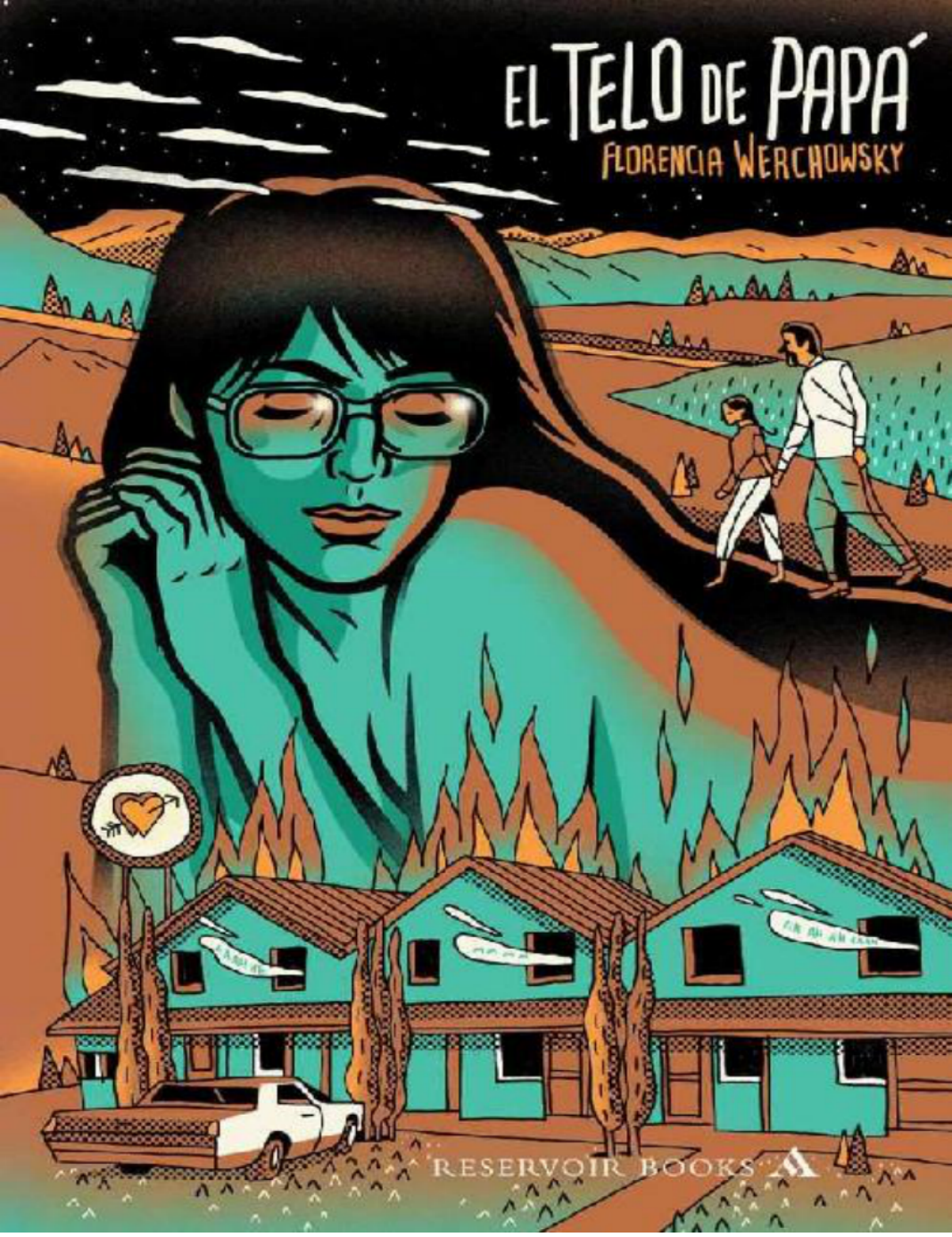

EL TELO DE PAPÁ
FLORENCIA WERCHOWSKY
RESERVOIR BOOKS

Florencia Werchowsky

El telo de papá

RESERVOIR BOOKS
Mondadori

A Ramona, Simón y Emi.

I

Sonó el timbre para volver al aula y todos salieron corriendo menos Diego y yo. Habíamos pasado el recreo amagando con besarnos debajo del juego de pasamanos del patio, rodeados de compañeritos voraces, que daban fe e indicaciones: había que hacer así y así, poner la boca de esta manera, tocarse así, acariciarse acá. Una de las chicas me retaba porque yo no torcía bien la cabeza. Me torturaban las voces y las risas de esos chicos con los que me mostraba poderosa, aunque en realidad era su esclava: parte del trabajo de líder es complacer a otros. Qué condena. Ni un candidato a presidente sabe la presión social que siente una nena linda en una escuela del centro del pueblo.

Con Diego éramos novios desde el preescolar y nunca nos habríamos besado ese día de no haber sido por los de cuarto grado, que se jactaban de hacer asaltos, apagar la luz y transar y subestimaban nuestra madurez sexual riéndose fuerte en los recreos. La pareja sólidamente constituida de tercer grado tenía la responsabilidad de besarse con testigos para descomprimir en público esa tensión y obtener una nueva marca que les tapase la boca a los de cuarto: también se puede transar a los ocho.

Los quince minutos de recreo se me hacían horas debajo de ese pasamanos, mientras apretaba los ojos para sentir lo menos posible y escuchaba las voces de los buenos y de los malos burlándose. Sabía que ese beso iba a cambiar mi relación con los varones del grado, que se fijarían en mí como se fijaban en las chicas más grandes, atraídos por mi capacidad de romper las reglas. Eso mismo iba a ser lo que

complicaría mi relación con las nenas, porque muchas de ellas estaban en contra de besar en general y eran alcahuetas, lo que me generaría un miedo constante a que me acusaran con las autoridades (la maestra, mi mamá…). Todo esto me pasaba mientras me chocaba con los labios blanditos y fríos de Diego.

El timbre sonaba y los chicos volvían al aula, dejándonos a mi novio y a mí desprevenidos y expuestos mientras se descorría la cortina de guardapolvos que habían formado entre todos, exhibiéndonos ante otros grados que no participaban de esta batalla de la precocidad en la que nos habíamos metido. ¿Habría valido la pena?

Abrí los ojos y nos miramos y ninguno de los dos pensó nada épico, seguramente. Yo, al menos, pensé que no iba a mirarlo a los ojos nunca más porque nada podría sentirse peor que la vergüenza que estaba experimentando al separar mi boca de la suya, delante de todos, haciendo historia. Lejos de la satisfacción, el alivio del fin de la tortura, que no es lo mismo, duró apenas ese instante donde protagonistas y testigos rompíamos filas. Fue un segundo antes de volver a caer de cabeza en una condena pública. Una voz de nene anónima y animal me enterró en vida gritándome fuerte, para que escucharan todos: “¡Andá al telo de tu papá, puta!”.

Yo iba al telo de mi papá todos los días. Él me decía “vamos al hotel a buscar un papel” o “vamos al telo a buscar un papelo” y yo me reía. Me sentaba en el asiento del acompañante en el coche y cuando llegábamos, una de las mucamas me traía una Coca. Besarme con Diego delante de todos para demostrar el poder transgresor de tercer grado sí me convertía un poco en puta, pero eso no tenía nada que ver con ir al telo. Nunca había relacionado esos mundos hasta que ese grito guarango me abrió los ojos de la manera más cruda e infame. Hasta ese momento no me había hecho falta ponerle palabras al negocio que nos daba de comer. Yo sabía pero no sabía. Entendía sin verbalizar. En casa me habían enseñado que, si alguien me preguntaba de qué trabajaba mi papá, yo tenía que decir “comerciante” y con eso alcanzaba. Siendo tan chico el pueblo, cualquiera que le hiciese esa pregunta a una criatura cuyo padre es el dueño del único telo, se ganaba el rótulo de guacho. Niños exentos, problema resuelto. Claro que a mí no me alcanzaba con decir “comerciante”, se me hacía impreciso, pero tampoco estaba en condiciones de planteármelo porque necesitaba un salvoconducto y mi única fuente de eufemismos eran mamá y papá.

Por eso dije “comerciante” durante mucho tiempo hasta que mi papá asumió como secretario de Obras Públicas de la Municipalidad, un puesto político que me aseguró cuatro años de una mejor respuesta para esa pregunta: “funcionario”, decía. Ay, qué bien se sentía. Incluso me permití ser ambigua algunas veces y decir primero “mi papá trabaja en la municipalidad” para después corregir a mi interlocutor “no, no es empleado municipal, es funcionario”. Debo haber sido una nena pedante.

En la escuela tenían la costumbre de llevar a los chicos de un grado a visitar los trabajos de algunos papás. Habíamos ido a la panadería

del padre de Marcos, al consultorio del padre de Esteban, a la tienda de la madre de Cecilia y a varias chacras de las familias de otros compañeritos. Eran excursiones con recorridas por las instalaciones donde el trabajador o profesional visitado nos explicaba en qué consistía su labor y, eventualmente, participábamos de algunos procesos aptos para niños como amasar, regar, hacer moños para regalos, remover la tierra, juntar huevos.

Yo sabía que nunca íbamos a ir al motel de mi papá. Ni me molestaba en levantar la mano cuando la maestra preguntaba por nuestro próximo destino porque desde siempre había estado claro el carácter restrictivo del lugar. Pero como yo sí iba, no entendía que esa restricción era para los niños, tenía la impresión de que había algún conflicto moral con el lugar, aunque no supiese todavía qué significaba "moral".

Fui uniendo las pistas entre lo que sabía y lo que sospechaba con la misma displicencia con la que conectaba los puntos de esos juegos tontos de las revistas, que me daban bronca pero igual los hacía. ¿Para qué le pondrán números a los puntos? Seguir un recorrido ordinal es tan obvio. Lo ideal sería que los puntos estén dados sin orden y uno fuese el encargado de sacar una imagen limpia de ese caos. Ese es un verdadero desafío. ¿Para qué debía yo entender qué quería decir "un telo"? ¿Qué me importaban las implicancias sociales, lo que se hacía ahí y lo que se dejaba de hacer? Los demás —los grandes, los otros, las maestras, no sé— se inquietaban o cuchicheaban sobre eso cuando yo pasaba. Hablaban de mi papá pero no de mí, en general. Me obligaban a pensar en eso que me daba lo mismo, cada vez más me obligaban, hasta que un día no me dio más lo mismo. Hasta que un día me gritaron "andá al telo de tu papá, puta", cuando tenía ocho años.

En el comedor de casa había un aparador antiguo heredado de la abuela de mi mamá donde guardábamos la cristalería y los cubiertos elegantes que se usaban para las visitas. Yo me pasaba las tardes entre el comedor y el living, donde estaba la biblioteca que llegaba al techo, leyendo y paseando entre los muebles y abriendo las puertitas del aparador para tocar las copas talladas de borde fino. Todas las puertitas se abrían, menos una que estaba siempre cerrada con una llave que nunca supe dónde se guardaba. Pero alguna vez espié y vi a mi papá abriendo la puerta prohibida y descuidándola unos minutos para ir a atender un asunto telefónico o presencial urgente. Y pude ver que en los estantes había pilas de VHS como los del videoclub, con etiquetas de colores, amontonados sobre unos papeles. Me acerqué en un movimiento ágil y llegué a leer "Pasión anal" y "Trolas parisinas" y me tuve que ir corriendo a mi cuarto, con el corazón en la boca, al escuchar los pasos de Ñanco que estaba volviendo para seguir hurgando sus papelos en ese compartimiento no apto para menores. No le tenía miedo al reto, sabía que no me iba a castigar por haber leído los títulos en las etiquetas; lo que sí me inquietaba era la posibilidad de que él quisiera explicarme de qué se trataban esas películas, por qué las tenía ahí y quiénes las veían. Yo ya tenía mis propias respuestas, mucho menos incómodas que las verdades que él podía decirme. Sabía pero no sabía. Telo de tu papá + puta + "Pasión anal..." iba conectando los puntos.

La llave puesta en esa puerta del aparador era un mensaje claro: estaba puesta por mí, que era la menor de la casa. Los adultos tenían vía libre para guardar secretos pero la niña estaba presa de la información oficial que recibía de los mayores. Nunca se me habría ocurrido escarbar en esos archivos confidenciales de no haber sido por esa frase gritada al final del recreo, una filtración en el sistema de

eufemismos y vaguedades que mis papás habían armado para protegerme de los conceptos complejos de la sociedad y su sexualidad. Ellos sabían que ese sistema era vulnerable y que, tarde o temprano, deberían enfrentarse conmigo en un careo para aclarar los puntos oscuros de la trama. Lo irónico es que esa charla llegó absurdamente tarde, años después de aquella frase que me estigmatizó en el patio como la hija del dueño del telo, cuando las nociones sobre la actividad familiar estaban plantadas y sus consecuencias sociales, digeridas y ya no hacía falta aclarar nada más. Debe haber sido en sexto grado, el mismo año que los de séptimo empezaron a pedirme descuentos para el telo. Me lo decían en chiste en los recreos para jactarse de estar informados, como si estuviesen practicando ser adolescentes para llegar más preparados. Parte de ese ejercicio era proyectar el debut sexual como una carrera imperdible para los años que venían y, tal como lo habían hecho sus hermanos mayores, todos iban a tener su primera vez en el telo de mi papá. Menos yo, claro.

Por eso la tarde en que Ñanco quiso explicarme con tono didáctico las diferencias entre nuestro hotel y el resto de los hoteles, lo dejé enredarse en sus conceptos sin hacerle ninguna pregunta ni jactarme de nada porque me daba pena que él creyese que yo no sabía y también sentía vergüenza por no haber sido franca antes, por no haber compartido con él los descubrimientos que ya había hecho. Íbamos juntos en el coche, camino al motel. Terminó su monólogo diciendo que, ahora que yo sabía qué clase de negocio teníamos, solamente tenía que quedarme tranquila y responder con la verdad cada vez que alguien me preguntase algo al respecto.

“No va a cambiar nada, hijita. Ahora vamos a llegar, como siempre, y vas a pedir una Coca, como siempre. ¿Ves? Todo igual”, me dijo tal vez creyendo que yo estaba asustada. No sabía qué decirle, así que respondí evitando el contenido: “Me alegro mucho, papi”.

Recorría de ida y vuelta el pasillo que iba de la habitación doce a la cuatro, tocando las toallas y las sábanas ordenadas en los estantes, robando caramelos de los tarros, oliendo en cada viaje la estela de desodorante de ambiente de las habitaciones recién limpiadas, el café que venía de la cocina, la colonia de alguna mucama. Estaba en el telo buscando un papelo con mi papá, que conversaba en voz baja en la recepción con la encargada del turno. Susurraban y sacaban cuentas y mi papá tomaba el mate dulce que le cebaban, aunque después en casa dijera que no tomaba mate.

Era un mundo amable y yo era la reina, quería Coca, quería un bombón helado, quería un tostado; me llevaba a casa los juegos descartables de cepillo, peine y pasta, las botellitas vacías de fernet y Tía María —"miniaturas"—, un anotador, un rodillo para marcar el voucher de la tarjeta de crédito. Todos esos souvenirs terminaban, tarde o temprano, siendo parte del mobiliario de mis Barbies en una construcción babilónica llena de utensilios antiestéticos pero muy funcionales.

Así, igual, eran los pasillos del motel: mis dominios —la hija del dueño es dueña también—, que no se parecían en nada a los pasillos de los hoteles adonde nos íbamos de vacaciones. Eran laberintos rústicos con poca luz, blancos, llenos de indicaciones escritas en papeles pegados en las paredes, que mi papá distribuía insistentemente para que las mucamas no se olvidaran de ponerse los guantes de goma para limpiar las habitaciones o de vaciar los cestos. También había cartelitos del lado de adentro de los dormitorios, para los clientes. Estaban los apelativos: "Por favor, abone cuando ingresa, así no es molestado" y "Llame al retirarse, hay barrera" y los más informativos como "Esta semana, dos alfajores y una gaseosa a elección de cortesía".

Las habitaciones desocupadas tenían abiertas las puertas que daban a los pasillos. Estaban limpias y listas o recién liberadas y sucias. Desde siempre tuve la instrucción de no entrar a las habitaciones que estaban sin limpiar. Los clientes dejaban el televisor encendido cuando se iban y en mis recorridas me topaba con unos culos en movimiento repetitivo que me helaban el corazón. Las habitaciones sucias olían mal pero eran las que todavía tenían la propina en el molinete de la puerta o en la mesita de luz. Si había un billete en el molinete, podía quedármelo con la complicidad de mi papá y sin que se enteraran las mucamas. Era un secreto que guardábamos los dos cuando volvíamos a casa en el coche, yo le mostraba mi botín y nos jurábamos no decirle a nadie, ni a mamá. Si el billete estaba en la mesita de luz, me veía obligada a montar un rescate del tipo comando, en ágil carrera hacia la habitación prohibida, sin tocar nada ni dejar rastros, para pescarlo rápidamente y salir corriendo. Saltaba obstáculos inmundos como preservativos, toallas mojadas, lamparones.

El robo legalizado de propinas me duró hasta la vez que una Alejandra me descubrió metiéndome a manotear un billete en la cinco. Era una chica flaca que no trabajaba como mucama pero ese día estaba ahí, en el baño de la habitación, peinándose sin que yo la advirtiera. Podríamos haber sido cómplices, amigas por siempre, pero ella me traicionó. Se había quedado duchándose en la habitación una vez despachado su cliente. La puerta de la cinco estaba abierta y yo andaba cazando propinas, muy segura de estar maniobrando profesionalmente gracias a unas zapatillas nuevas que me hacían más dinámica y silenciosa. Era una nena ninja. Desde el pasillo vi el billete en la mesita de luz y no dudé, sabía que no tenía adultos cerca y que esa presa aún no había sido advertida por la mucama. En dos saltos me metí a la habitación, el cuerpo lo más cerca de las paredes que pudiera, llegando a la mesita sin problemas y cuando logré agarrar el billete, escuché una voz represora que me aflojó las rodillas: “¿Qué hacés, nena?”.

Salió del baño una señora vestida, con la cabeza envuelta en una toalla. Yo estaba paralizada y no pude escapar. Además, no tenía ningún sentido. Debía negociar. “Soy la hija del dueño”, le dije para

demostrar mi poder.

“Ay, la nena de Ñanco”, me respondió. “Qué amorosa”.

“Me voy con mi papá”, la corté soltando el billete.

“¿Cómo te llamás?”.

“Susan”, respondí. Era mi nombre artístico en ese momento.

“Yo soy Alejandra”.

“Chau”, le dije mientras salía con calma, haciéndome la acostumbrada a esos encuentros.

“Chau, Susan”.

Con mi mejor cara de inocente, me fui a la recepción, donde estaba mi papá y me quedé sentadita en una banqueta, rezando para que pudiésemos irnos cuanto antes. Dos días después se destapó la olla y en casa hubo gritos y llantos y mi papá no me llevó más al motel por unos meses.

En el mostrador de la recepción, en un cajón bajo llave, había un grabador que se activaba cada vez que sonaba la central telefónica, cuando se anunciaban los clientes en la barrera o cuando llamaban desde una habitación. Era un sistema que había inventado mi papá para controlar que las mucamas no le robasen los servicios. Cuando la cantidad de llamadas no coincidía con la cantidad de servicios ingresados en la planilla, una persona se quedaba sin trabajo. Los casetes se guardaban en el aparador del comedor, en el mismo compartimiento con los VHS y unos papeles sueltos garabateados. Pero la organización fallaba y yo siempre tenía a mano algunas de esas cintas para escuchar antes de borrarlas en mi cuarto, grabándoles encima mis programas de radio, ideados, producidos y conducidos por quien les habla. Los bloques se superponían a esas charlas que no tenían ningún interés para mí, aunque me servían como contenido exclusivo.

"Y ahora", decía en mi programa La Mañana de Florencia, "escucharemos una conversación prohibida entre dos personas adultas" y dejaba correr un poco la cinta en la parte que el cliente le pedía más whisky y toallas a la mucama. Después volvía para reflexionar sobre ese audio exclusivo, inventando una historia de peligros y extorsiones que no llevaba a ningún lado. Íbamos al corte y venía una parte que yo adoraba: los comerciales. Inventaba jingles para auspiciantes inexistentes, mayormente jugueterías, que vendían la casa de Barbie a muy buen precio.

Diego era un excelente co-conductor en La Mañana de Florencia, aunque cuando él participaba, me exigía que el programa se llamase La Mañana de Florencia y Diego. Yo cedía porque su aporte era muy valioso, sobre todo cuando traía los casetes de su hermano mayor con temas de Rick Astley para musicalizar. Coincidíamos en los

contenidos, a los dos nos gustaban las recetas de cocina y entrevistarnos mutuamente, haciéndonos pasar por personajes célebres como músicos famosos o inventores de sistemas complejos que cambiarían por siempre la historia de la humanidad o tenistas. Pero también nos peleábamos porque él se mostraba más interesado en las conversaciones de las mucamas y los clientes que en nuestros guiones y no quería seguir grabando el programa, sólo escuchar lo que había en la cinta.

Fuimos novios hasta séptimo grado, cuando me mudé del pueblo a Buenos Aires, viviendo una historia de amor sin vaivenes, una gran relación traccionada principalmente por mí, que estuve siempre dispuesta al romance. Él era más esquivo y no guardaba las cartitas que yo le escribía, que terminaban dando vueltas por su casa y la madre las usaba para anotar cosas del lado de atrás. Yo creía que íbamos a ser novios para siempre, pero cuando me mudé la relación se enfrió y dos años después, ya en la secundaria, él debutó sexualmente con Carla en el motel de mi papá.

Habíamos vuelto al pueblo para un velorio. Había pasado otro verano y yo seguía con el mismo cuerpo de nena de doce, sin caderas, una tabla, y sin nociones básicas de la ropa que estaba de moda. Mis amigas, todas con tetas y menstruando hacía tiempo, me lo contaron con tono de gravedad mientras tomábamos mate en la casa de una de las chicas.

“Que tenga todas las primeras veces que quiera”, me dijo una, “pero no en el telo de tu papá, ¡qué falta de respeto!”. Daba la sensación de que esas palabras no eran suyas o de que se las había robado a algún mayor, volviendo la frase mucho más calificada. Había una cosa moral involucrada que no llegábamos a entender del todo pero a nadie se le ocurría pensar que se trataba de algo relacionado a tener catorce años y ser sexualmente activo. Esas opiniones más mezquinas se las dejábamos a nuestros padres.

“¿Adónde iban a ir si no?”, lo justifiqué. “Todo este puto pueblo debuta en el telo de mi papá”. Esa frase tampoco era mía.

“Bueno, agradecé que te da de comer”, dijo otra.

“Dios le da pan al que no tiene dientes”, comentó una y a todas les

pareció gracioso.

“Además”, siguió la primera, “capaz que gracias al polvo de Diego te pudiste comprar algo en Buenos Aires. No sé, unos zapatos de bailarina de esos que vos usás”.

Yo era un palo, un ratón dientudo y orejudo y Carla era una bomba adolescente que ese verano se había puesto de moda en el club, usando una bikini. Realmente no pretendía que Diego me esperase para algo tan importante pero ¿en el telo de mi papá? Mis amigas me tenían lástima y yo no encontraba la fórmula para convertir esa historia en una épica adolescente. Simplemente me quería morir.

El pueblo entero lo sabía: una tarde le había robado el coche a su hermano mayor, que ya tenía dieciocho, y se la había llevado a la tetona al telo. Habrá puesto voz de hombre cuando se anunció en la barrera para que lo dejen entrar o habrá tenido la suerte de ser atendido por alguna mucama bruta. Durante muchos años me imaginé cómo habría sido. Ella era tan linda como estúpida y seguramente se habría dejado hacer cualquier cosa para cambiar su estatus de virgen, que parecía ser lo único que le importaba. Habrían tomado un turno de dos horas y después de hacerlo se habrían bañado, no juntos, y se habrían vuelto con el pelo mojado, rápido cada uno a ver a sus amigos para contarles la primicia. Qué tortura para mí, qué injusto mi aparato reproductor que tardó más de la cuenta en habilitarme para hacer eso en el momento en el que era esencial. Hubiese sido tan buena en debutar como lo había sido en el recreo para besarme con Diego delante de todos: comprometida con la causa, concentrada y valiente para soportar las repercusiones. Aunque también lo agradecía, en parte, contradiciéndome, porque de haberme tocado no hubiese sabido adónde ir. Nos habríamos restringido a unas alternativas poco glamorosas como la cama olorosa a cebo adolescente de un amigo o la matrimonial de acolchado floreado de los padres de alguien. No tenía la suerte de Carla, que pudo ir al telo del papá de otra.

II

Este 18 de septiembre regálese una experiencia a todo color.

¡Inauguramos!

Venga a conocer el Motel

Cu-Cú

Doce habitaciones con películas condicionadas, calefacción y una atención de primer nivel.

Único en la zona.

Con su visita, una copita de sidra de regalo.

Los albañiles y los pintores que estaban trabajando en la construcción del motel eran chilenos. Habían pasado un invierno helado en la obra, con jornadas que empezaban y terminaban de noche, comiendo asado con cuero hecho en la tierra. Los días en que la ruta amanecía escarchada, varios faltaban porque no querían salir en sus bicicletas y Ñanco tenía que ir a buscarlos en el coche, casa por casa, y ofrecerles más plata para que fueran a trabajar.

La inauguración del motel estaba planeada para el 18 de septiembre, que es el día de la independencia de Chile, como parte de una estrategia de motivación hacia el equipo, bien intencionada aunque por momentos no tan efectiva.

Las futuras mucamas también eran chilenas, todas menos una. Estaban tan excitadas porque iban a trabajar en el primer hotel

alojamiento del pueblo, que cuando los días empezaron a estar más lindos, pasaban todas juntas a visitar la obra y de paso coqueteaban con los obreros. Ñanco las acompañaba por las habitaciones en construcción y las guiaba por los pasillos, mostrándoles con señas donde se iban a guardar las toallas y las sábanas limpias, mientras les hacía chistes picantes y ellas se reían tapándose la boca, porque a algunas les faltaban los dientes.

El motel estaba oculto detrás de un bosque de pinos, desde la ruta no se veía más que la entrada a un camino de tierra en zigzag, flanqueado por álamos atados en las puntas para que diera sensación de túnel; un efecto muy logrado en verano, cuando los álamos están más frondosos, que se convertía en un defecto durante el invierno porque se veían los alambres desprolijos atando las ramas peladas. Al final del camino había una barrera, un portero eléctrico y un cartel con las instrucciones “Levante el teléfono y espere a ser atendido”, que a su vez estaba al lado de otro cartel: “Tenemos sereno para su seguridad”.

Las doce habitaciones tenían sus entradas por cocheras independientes para que los clientes nunca tuviesen que pasar por la recepción ni tener contacto con el personal. Las puertas internas daban a un pasillo común, estaban cerradas con llave y tenían ese sistema de molinetes para el intercambio de bebidas y demás con el exterior. Adentro, suelo y paredes estaban cubiertos por alfombras rayadas rojas, verdes, amarillas, azules, anaranjadas y marrones. En cada habitación dominaba un color que se repetía en los azulejos del baño y sus artefactos, en detalles de cortinas y cobertores. Pero la sensación de ensueño erótico se lograba al activar el juego de luces, que se encendían y apagaban sensual y automáticamente, yendo y viniendo entre diferentes tonos ámbar mientras sus rayos rebotaban en los espejos de las paredes y el cielo raso. A medida que la obra avanzaba y se iban montando estas atracciones, los obreros y las mucamas se lo contaban a sus familiares y éstos a sus amigos, y los amigos a sus conocidos, hasta que la información corría sola, viral y deformada en versiones de fantasía por todo el pueblo.

Que se estuviese construyendo el motel sobre la ruta, ya era un

tópico jugoso: los religiosos y los conservadores se horrorizaban juntos en las esquinas, los envidiosos y los escépticos pronosticaban el fracaso del emprendimiento, los curiosos y los desempleados se alegraban por esta nueva oportunidad.

Ñanco entendió que la publicidad, favorable o no, estaría siempre de su lado porque pensaba a largo plazo. Se decía que el motel estaba financiado con dinero del juego, que había un staff de prostitutas a disposición de los clientes para acelerar el recupero de inversión; que Ñanco tenía dos mujeres, hijos no reconocidos, que era judío, que no era judío, que era peronista.

El pueblo, un puntito negro en el mapa de la Patagonia, estaba viviendo sus primeros años de crecimiento sostenido gracias a la reciente pavimentación del tramo de la Ruta Provincial Nº 6, que históricamente había sido el camino intransitable que lo unía a las ciudades más importantes del valle. Era la ruta de las chacras, un recorrido entre la vida rural y la comercial, hasta ahora exclusivo de los agricultores, que circulaban despacio en sus tractores, en sus camiones desvencijados y en sus caballos, conviviendo con los peones que trabajaban en la cosecha, que andaban en bicicleta a los saltos, entre las piedras. Antes del pavimento, el traslado fluido entre chacras y de un pueblo a otro dependía del clima y del camión regador, que en el verano pasaba a la hora de la siesta humedeciendo la tierra para aplacar las polvaredas que levantaba el tránsito.

Originariamente, el pueblo había crecido hacia adentro a partir del ferrocarril, ahora inactivo, con su avenida principal —Libertad— y su plaza central —San Martín— delimitando el centro, que terminaba en su único semáforo, en la esquina de Libertad y Roca. Tenía dos escuelas céntricas y dos periféricas, un hospital, un parque industrial, una estación meteorológica, un aeródromo que se usaba para traficar drogas —se comentaba—, frigoríficos y bodegas. Era la Capital Nacional de la Pera y en la entrada, un arco atravesaba el camino de acceso con un cartel de “Bienvenidos” que ostentaba una enorme bola amarilla de fibra de vidrio, dudosamente periforme, del tamaño de un coche familiar, elevándose para dejar en claro cuál era la fruta que mandaba. Aunque el adefesio era tal que los forasteros bien podrían pensar que se trataba de la Capital Nacional del Quinoto Amarillo, de la Banana Enana o del Tenis.

Además de crecimiento comercial, la nueva mejora a la ruta le había dado al pueblo una identidad diferente. El camino había dejado

de ser un recorrido interno para convertirse en una conexión con el afuera, promoviendo el paso de los camiones transportadores de larga distancia y de toda clase de vehículos que comenzaban a usarlo para moverse entre ciudades.

Con los años, la exposición hacia el resto de la Patagonia fue convirtiendo a los vecinos en personas más sueltas y más comunicativas, permeables a los cambios, interesados en las innovaciones y en lo desconocido. Empezaron a abrir restoranes y jardines de infantes privados y la vida social y comercial fue concentrándose de cara a la ruta.

Durante la primavera y el verano, las chacras parecían nuevas, las casas de los chacareros estaban pintadas y los frutales bien apuntalados. Las hojas moradas de los ciruelos formaban una estela con la velocidad del coche, que se cortaba cuando aparecían líneas de perales y manzanos. Sobre la banquina se instalaron puestos ambulantes que vendían cerezas, sandías y salames y sus clientes principales eran los camioneros, que también aportaban al crecimiento de otra industria informal del camino: la prostitución. Cada año había más chicas ruteras trabajando día y noche sobre la 6, que se quedaban ahí paradas, con sus jeans apretados, siempre solitas, bajo los faroles que iluminaban las entradas a las chacras o los frigoríficos. En otoño la luz era más tenue pero el paisaje mantenía todavía algo del optimismo gracias a los álamos, que se volvían dorados, y a los pinos, que resistían los fríos nuevos sin abandonar su verde. A las seis de la tarde, los obreros de la fruta, sin sacarse el guardapolvo azul, salían de trabajar a la banquina, llevando sus bicicletas al costado, con displicencia. De a uno las iban montando, sin saludarse, subiéndose a la ruta y armando una peligrosísima procesión sobre el asfalto, que se llevaba varias vidas cada temporada. Tardaron generaciones en aprender a circular con los coches que venían a altas velocidades. Se morían sobre todo los viejos, que toda su vida habían pedaleado por ese camino sin preocuparse por los otros vehículos, acostumbrados a saludar con la cabeza cuando los pasaban los chacareros con sus Falcon a cuarenta kilómetros por hora. También los conductores provocaban accidentes tremendos por no estar habituados a subirse a

la ruta mirando a los costados. Permanentemente había ciclistas golpeados, chicos que cruzaban corriendo y eran atropellados, borrachos a pie que zigzagueaban de noche y los coches no llegaban a esquivarlos. También había montículos de pelo y sangre y bichos al costado del camino, que era lo que quedaba de los perros muertos.

Los puntos de las tragedias iban adquiriendo nombres espeluznantes pero descriptivos y útiles a la información vial, que se distribuía oralmente. La intersección de la ruta 6 con uno de los caminos de ingreso al pueblo se llamaba “El cruce de la muerte”; un tramo donde la ruta pasaba por encima de un arroyito, al lado de una escuela, se llamaba “El puente de los angelitos”. Las banquinas se llenaban de altares con cruces y flores, monumentos a los daños colaterales del progreso.

En el invierno los frutales no se salvaban de las heladas y durante esos meses se hablaba más que nada de cuánta fruta había perdido tal o cual chacarero. El frío quemaba la cosecha y apagaba el espíritu de todas las personas, que quedaban pálidas y desangeladas, incapaces de hacer apreciaciones lúcidas sobre nada. Los obreros en bicicleta parecían tótems por la ruta, iban sin articular otra parte de su cuerpo más que las rodillas, pedaleando despacito como si nunca terminasen de entrar en calor.

El paisaje estaba cambiando. Había nuevas máquinas que circulaban por la ruta: pavimentadoras, cosechadoras, palas mecánicas. Había nuevos profesionales en la zona. Los chacareros incorporaban tecnologías de punta, financiados por frigoríficos internacionales con los que se firmaban contratos a largo plazo, donde les aseguraban la compra de toda la cosecha. La ruta era una seda por la que transitaba el progreso. Implacable con los que no llegaban a adaptarse a sus imposiciones, a sus nuevas velocidades mínimas, a sus comercios alternativos. Pero al mismo tiempo, seducía a locales y viajeros prometiéndoles hacer realidad sus sueños agrícolas. Lo tenía casi todo. Sólo le faltaba un motel.

Ñanco se pasó la vida teniendo grandes revelaciones comerciales que se discutían en la mesa durante la cena y se empezaban a concretar a la mañana siguiente, cambiando el estatus del proyecto de idea bárbara a trámite en menos de doce horas. Cada idea se presentaba como una epifanía. Se las contaba a su familia y a sus amigos como, esta vez sí, el salvoconducto a la riqueza. Algunas se concretaban rápidamente y caían del mismo modo, mientras que otras no empezaron nunca, como el circuito de karting. Cuánta angustia queda después de tanta expectativa no cumplida que se saborea amargamente en esa misma mesa, donde noches antes se había encontrado un camino limpio de obstáculos hacia el éxito total. Por eso mismo este sector de la clase media es el que más anhela ver a sus hijos en la universidad. Su objetivo: lograr para su familia la paz del profesional que el comerciante no encuentra. Un ingreso sostenido en el tiempo, sujeto a unas leyes de oferta y demanda más o menos estables que no se dejan afectar por las modas ni las variables de la economía argentina, que siempre fue una montaña rusa.

Cuando se le ocurrió abrir el motel, su proyecto comercial absoluto, acaso su plan más lúcido, se sintió satisfecho como nunca antes. Era una idea que combinaba diferentes aspiraciones, era tan heroica como lucrativa, era arriesgada, rebelde, tenía fuertes implicancias sociales. Le parecía comprender y dominar ciertas conductas de la clase media del valle, donde había pasado los últimos veinte años de su vida. Había llegado a la idea del motel analizando a sus amigos y a él mismo y concluyendo que además de un negocio redituable, un hotel alojamiento era una apuesta épica, un espacio para provocar, para despabilar. Sería el refugio de los amantes de la zona, los casados, los infieles, los solteros, locales y de las otras ciudades, los viajantes y los viajeros. Además de un negocio, abriría capítulos en las historias de la

gente del pueblo.

Para su socio Christian, abrir un motel tenía mucho menos peso épico. Era un divertimento. Él era contador y jugador, pelirrojo que se había convertido en albino cuando lo taparon las canas, ya de joven. Sonreía permanentemente y se le notaba que su meta era agradar, pero tenía los ojos achinados y cuando los fruncía por la sonrisa se le escondían adentro de un bosque de cejas y pestañas blancas que a las señoras les daba desconfianza. Él les caía muy bien a los hombres. Se les hacía pícaro y como le gustaba usar anillos y pulseras de oro, daba la sensación de que los había conseguido ilegítimamente. Por ejemplo, engañando a una señora. Pero nada que ver, era honesto y desinteresado y todas las alhajas que tenía se las había comprado con su plata.

Era hijo de inmigrantes irlandeses y el menor de cuatro varones. Se había educado en un colegio inglés y era adicto al casino y al whisky, dos pasiones que varias veces lo habían dejado desnudo y rojo como la cola roja de un mono. Cuando conoció a Bianca, aprendió a modular sus impulsos y convirtió su dependencia al juego en una forma efectiva de ganar dinero y no ahogarse en las deudas. Ella era una bailarina de puerto que volvía locos a los marineros, era bajita y picante; para mirarla de atrás, decían, se daba vuelta toda la esquina. Christian la había agarrado cuando entraba en la curva descendente de su brillo, sin imaginarse que unos años después, acercándose a los cuarenta, ella ya no tendría cintura ni encanto. Su brutalidad italiana ya no era sexy, más bien la hacía quedar como una vieja ignorante. Christian pasó de adorarla a aguantarla apenas. De no haber estado encariñado, la habría dejado. La consideraba poco más que una sirvienta y cuando caminaban por la calle, él iba siempre unos metros adelante. Pasaron juntos toda la vida.

Bianca venía con un hijo de padre desconocido que creció y se convirtió en un hombre apolíneo con un cerebro no dado al uso, igual que su madre. Los tres vivían en una casa con ocho perras blancas lesbianas, que se asomaban a la mesa mientras la familia almorzaba para sacarles la comida del plato y luego se retiraban a una habitación especial, que tenían para ellas, a lamerse los culos durante horas. La

casa estaba alfombrada con diarios para que las perras pudiesen mear libremente. Había una rutina espantosa en esquivar los charcos de pis y cambiar los diarios mojados del suelo, que Bianca llevaba alegremente mientras les hablaba todo con “i” y comiéndose las “c”. Por ejemplo: “Hicieron el pichicito, mis pipis, la mami las va a llevar al dotor a ponerles la inyeción”. Cuando nadie lo veía, Christian le pegaba una patada a alguna y decía bajito “Bicho de mierda”.

En esos años, las reuniones políticas estaban prohibidas y los peronistas y/o montoneros del pueblo se juntaban a festejar falsos cumpleaños para hablar del General y la justicia social. Algunos llegaban a cumplir más de una vez al año sin que las autoridades militares locales se dieran cuenta. Las fiestas eran más artificiales que la transmisión en vivo del alunizaje, las mujeres colgaban guirnaldas y globos de colores, había torta, asado y lengua a la vinagreta, toda utilería necesaria para hacer un montaje verosímil a los ojos militares. Lo habían aprendido la vez que sí festejaron un cumpleaños real, en una casa sin decoración ni velitas, como suelen hacer los adultos serios y que fue interrumpida por una razia que los mandó a todos al calabozo unas horas. El teniente que estaba a cargo de la misión conocía al cumpleañero y le dijo, muy enfático, que se dejara de joder con la política. "¡Pero estábamos festejando mi cumpleaños!", le respondió el pobre mostrándole el documento. "¿Vos me tomás por boludo?", le contestó el teniente, "¡dónde se ha visto un cumpleaños sin torta ni globos!".

Fue en una de esas fiestas donde Christian, ya borracho, le dijo a Ñanco que se estaban quedando sin dinero para pagar la quincena de los obreros. Tenía el sentido de la inoportunidad muy desarrollado y era capaz de llevar las conversaciones tan lejos de la realidad, que sus interlocutores se sentían intimidados y muchas veces lo dejaban hablando solo.

Se discutía sobre la impresión de unos panfletos y sobre el dinero que necesitaban para coimear a ciertas personas que protegerían al imprentero, cuando Christian se ofreció a duplicarlo en una sola noche de ruleta. "Ustedes saben que pueden contar con mi conocimiento teórico y empírico del gambling", les dijo.

Algunas mujeres protestaron, pero Christian no llegó a escucharlas.

“Yo voy al casino de Bariloche mañana de todas formas porque nos quedamos sin un peso para pagarle la quincena a los obreros del motel, así que si quieren aprovecho el viaje”. A Ñanco le daba mucha vergüenza ver expuesto su problema con los fondos del proyecto más comentado del pueblo frente a tantas personas que recién empezaba a conocer. Sin embargo, simpatizaba con la espontaneidad de su amigo. Ser hombre es poder convivir con sentimientos contradictorios hacia otros hombres.

Al día siguiente, salieron en coche para Bariloche. Christian tenía resaca. Con las ventanillas bajas “para que circule” y sus puchos siempre encendidos, aprovecharon esas horas de ruta para comentar técnicas de juego y delirar en voz alta sobre las futuras inversiones comerciales que podrían llevar a cabo gracias a las ganancias que iban a tener en el casino. Juntos y solos, sin mujeres realistas alrededor ni variables pesimistas comentadas por terceros, se sentían imbatibles.

El casino era estilo alpino, si es que se puede llamar así a los recursos arquitectónicos que se usan para darle algo de atractivo a las construcciones que deben estar preparadas para soportar climas hostiles.

Ya en la sala de juego, Ñanco miraba a su amigo analizar el territorio y lo admiraba. Christian le daba lección como a un cachorro: “No hay un sistema válido y único para la ruleta. Si querés técnicas infalibles, contá cartas. Pero si mirás bien y entendés los ciclos de los números, cuántas veces se suceden los rojos y los negros durante un día, primera, segunda o tercera docena, podés llegar a ser bastante preciso. ¿Entendés?”.

“¿Durante todo un día?”, le preguntó Ñanco.

“O toda una noche, dependiendo de lo que te deje hacer tu mujer”.

“Sin embargo, yo le apostaría todo al 17”.

“¿Basado en qué estrategia?”.

“El pálpito, que es una matemática pagana”.

“No me importa que sea pagana, si paga”, les respondió poniendo unas primeras fichas al 17.

Y salió. Fue suficiente para que Christian perdiese toda la compostura de jugador profesional que había tenido hasta hacía unos

minutos y se subiese a la moto sin frenos. Se sintió imparable y de nuevo puso fichas en el mismo número. Esta vez, fueron todas las fichas, es decir, todo el dinero que tenían, el propio y el de los compañeros. Las escenas cinematográficas que pasan en la vida real, por alguna razón neurológica, nos hacen sentir más vivos que las que se parecen más a lo cotidiano. Cuánto más agarrados al vivir estaban ellos dos en ese momento que en la cola del banco o cargando nafta en una estación de servicio, como si la vida, que es un suceder reiterativo, fuese mucho más ella misma en ese instante que en todas las demás oportunidades.

El grito de Christian retumbó en el salón: “¡Macho, dijo la partera!”. Y la gente alrededor aplaudió contenta. Había vuelto a salir el 17. Volvieron al pueblo con el dinero para la quincena de los obreros, para el imprentero y para festejar algunos falsos cumpleaños más, conversando seriamente en el coche sobre la existencia de Dios. Los dos estaban de acuerdo: Dios no existía. Y lo que les había pasado en el casino era la buena suerte “Que está en todas partes, pero atiende en Bariloche”, dijo Ñanco y se rieron mucho.

Estrella era la mucama argentina, una prostituta retirada, mestiza, que se teñía el pelo color rojo Gilda y que nunca había querido usar uniforme. Era transparente de lo flaca. Se ponía jeans ajustados que le marcaban bien los popotitos y usaba alpargatas solamente para trasladarse en exteriores, pero se descalzaba en cuanto entraba a una casa. De haber sido por ella, hubiese trabajado siempre en patas, pero Ñanco no la dejaba. La aridez de su vida se le notaba en la cara, las cejas levantadas hablaban de susto, las comisuras en caída remitían un poco al asco y otro poco a la insatisfacción; cada una de las arrugas que iban de la boca a las mejillas eran como los surcos de un disco que, puesto a girar en una bandeja, hubiese sonado a cumbias tristes.

Vivía en un rancho cerca del río, pero le iban a asignar una casa en uno de los planes de vivienda nuevos. Tenía una hija adolescente, medio gordita, que a veces la iba a buscar al motel toda pintarrajeada. El dinero que Estrella ganaba trabajando en el Cu-Cú, se lo gastaba en Beti. Le compraba ropa moderna y las cosas para la escuela y la piba sentía que el mundo le debía algo porque su madre le ensalzaba el ego para que mantuviese siempre la frente alta y nunca, nunca tuviese que agacharse a hacer el trabajo sucio, como ella lo había hecho durante años. En la escala de valores de Estrella, dentro de esas dos tareas a las que se reducían sus posibilidades de supervivencia, le parecía más respetable el trabajo callejero que el de limpieza. Lo “digno”, como le decían sus vecinas, le sonaba a servidumbre, mientras que de puta mandaba ella —casi siempre— y ganaba cinco veces más.

Pero hacía unos años que las carnes ya no le daban para cobrar por sus servicios y se había visto obligada a trabajar en casas de familias como mucama. Los trabajos le duraban poco, la echaban cuando alguien del barrio les contaba a los patrones sobre su pasado laboral. El único que la había querido siempre sin juzgarla era el negro Elías,

un policía retirado que la había llevado a trabajar a su casa como empleada doméstica, aun cuando sus ingresos y los de su mujer no les alcanzaban para acceder a esa clase de servicio. Los vecinos le decían que era un negro agrandado y él se quedaba callado, tragándose la respuesta.

En la casa, en cambio, el negro era bravísimo. A nadie en la familia se le ocurría hacer preguntas sobre Estrella y todos aceptaron su presencia de un día para el otro, sin chistar.

En el pueblo sospechaban que él era el padre de la Beti, que también era bien morocha, pero como todos venían bastante tiznados en la zona, no se podía saber con precisión. Elías también sospechaba que era el padre, lo mismo Estrella e incluso la propia Beti. Pero ninguno de los tres decía nada, por las dudas.

Christian mandaba a llamar a Elías cada vez que tenía que trasladar dinero de la empresa para que le hiciera de guardaespaldas, un poco, y para hacerse el importante, principalmente. En uno de los viajes que los dos hicieron juntos al interior de la provincia, Christian le contó que iba a abrir un motel con un socio que estaba instalándose en el pueblo y que estaban reclutando personal. Se trataba de un trabajo calificado: “Imaginate que no cualquiera puede trabajar en un telo. Además, el nuestro va a ser de gran nivel”, se jactó. Elías le dijo que conocía a alguien que le podría ser útil para diferentes tareas, sin entender bien de qué se trataba el trabajo pero intuyendo que Estrella tendría cierta experiencia.

Ñanco y Christian la entrevistaron con mucha formalidad y ella sintió que ascendía en la escala social porque era la primera vez que la trataban de usted y le ofrecían algo para tomar. Les contó que estaba terminando la escuela primaria de noche para darle el ejemplo a su hija y para, el día de mañana, poder salir de la vida de sirvienta. Cada vez que escuchaba una historia de autosuperación y estudios, Ñanco se emocionaba. Tenía debilidad por esos casos, pero mostrarse conmovido no era la conducta que se esperaba de él en su nuevo rol de patrón. Entonces, para que su sensibilidad no quedase tan expuesta, la contrató inmediatamente.

Por algún motivo que desconocemos, durante la obra Estrella se había impuesto la tarea de supervisar que los pintores y los colocadores de alfombras hicieran bien su trabajo, y se pasaba las tardes con los obreros, tomando mate y dando indicaciones a los gritos. Las otras mucamas le tenían miedo y cuando la organización de tareas, los horarios y la ubicación de los elementos de trabajo estuvieron en un diagrama en la recepción, ella puso cara de mala y golpeando con la palma el escritorio les dijo a sus subalternas “Más les vale que no se hagan las vivas, que estoy terminando la escuela y me voy a dar cuenta si falta algo, ¿me oyen?”.

Ñanco había ido en coche hasta Ciudad del Este para comprar tres aparatos reproductores de VHS, que trajo escondidos debajo de los asientos del Renault 12 gris plata, para no pagar el impuesto de la aduana. De paso por Buenos Aires, había comprado una caja cerrada con un stock de treinta películas pornográficas con diferentes temáticas, ambientaciones y, según le había comentado la vendedora, con la participación de las estrellas internacionales más respetadas del rubro. El sistema que él mismo había ideado consistía en conectar dos de las caseteras a un cableado interno que llegaba por diferentes canales a los televisores de todas las habitaciones. Se reproducirían simultáneamente dos películas y los clientes podrían elegir la que más les gustase, cambiando de canal en el televisor. La tercera videocasetera se usaría para rebobinar los casetes sin tener que hacer esperar a los clientes para ver una nueva película. Christian estaba tan entusiasmado con la idea de Ñanco, que se la había contado a varios amigos del pueblo, quienes rápidamente reprodujeron la información en otros círculos, generándose una gran expectativa que trascendió a ciudades vecinas.

La mañana del 18 de septiembre, Estrella dibujó en un cuaderno las

teclas Play, Stop, Pause, FFWD y RWD de cada videocasetera en el orden en que debía apretarlas, por si se olvidaba. También había pegado papelitos pintados con colores distintos a la botonera del conmutador, que además de comunicarse con las habitaciones, subía y bajaba la barrera de entrada. Era su sistema de reconocimiento de las funciones del aparato, que no respondía a ninguna lógica que se pueda reproducir, pero le sirvió como guía y nunca cometió ningún error en su operación.

Las camas estaban tendidas profesionalmente; los baños, desinfectados y con su banda de papel sobre la tabla que lo corroboraba: "Sanitario desinfectado según normas de sanidad"; las bebidas ya habían sido enfriadas junto con las botellas de sidra que se abrirían para darles la bienvenida a los primeros clientes. Afuera, los pintores terminaban de darle una mano a las paredes del lavadero y los obreros escondían los escombros y restos de materiales entre los yuyos. En la cochera de la habitación número 4, algunas mucamas armaban una mesa larga con caballetes sobre la que distribuían fuentes con ensaladas, tablitas de madera y cubiertos y dos grandes damajuanas de vino. Uno de los obreros hacía el asado, mientras Ñanco y Christian recorrían todos los rincones, encontrando errores.

Era un día de fiesta, celebraban la inauguración del Cu-Cú y la independencia de Chilito. Había sol y, aunque hacía bastante frío, tenían ganas de estar afuera. Las chicas estaban contentísimas y habían llevado una radio para escuchar música. Leticia, la mujer de Ñanco, era la única que no tenía nada que festejar: estaba seria, sola en una esquina, contestando por compromiso cuando le preguntaban algo, contando los minutos para poder volver a su casa. Bianca, en cambio, cascabeleaba de una punta del tablón a la otra, llevando en un tenedor puntitas de la carne que se iba asando, para que fuesen probando todos a medida que se sentaban a la mesa. Además de los dueños, sus mujeres y el personal, había algunos invitados: Elena y Boris; el gordo Perfecto y Vilma; el negro Elías.

Elena y Boris eran amigos de Christian y se habían involucrado en el proyecto como inversores aunque también, sobre todo en las últimas semanas, Elena había adquirido un rol más activo, opinando y

tomando decisiones estructurales. Era la más hermosa en una familia de bellos, era la mayor de sus hermanas, segunda generación argentina de inmigrantes italianos; Boris era el mayor de sus hermanos, primera generación argentina de inmigrantes polacos. Los dos eran músicos en el living de la casa, pero se dedicaban a otros menesteres más redituables: tenían una tienda de ropa para bebés en la Avenida Libertad, en el pueblo, a la que habían tenido la gracia de llamar Le Monde des Bébés. Se habían casado a los veintiún años y tenían dos hijos altos y de estructura ósea europea como la de ellos. Su matrimonio estaba en crisis y se gritaban tan fuerte que los vecinos más de una vez les habían tocado el timbre para asegurarse de que no se matasen. Todos los instrumentos musicales de la casa habían sido destruidos en las peleas, por eso sus hijos nunca fueron músicos. Unos años después de su casamiento, la hermana de ella y el hermano de él se habían casado entre sí, convirtiéndose los cuatro en hermanos-cuñados y teniendo una prole de criaturas con una genética tan intrínseca que la gente no sabía bien quiénes eran los hermanos y quiénes los primos. Incluso las abuelas de la familia se los confundían.

El gordo Perfecto era un amigo peronista, medio matón, medio lobbista. Su formación política venía de la militancia en diferentes sindicatos, por los que había pasado a lo largo de su vida, donde había sido siempre pendenciero aunque también muy efectivo en lograr sus propósitos. Había estado en la industria agrícola, en la cerámica y en el transporte y en su recorrida se había ganado el apodo de “Peso”. En el valle lo conocían como “El Gordo Peso”, pero ahora estaba intentando limpiar su imagen de gremialista para construirse un perfil más serio, más político, y había empezado a usar su nombre real. Por eso, cada vez que alguien le decía “Peso”, él lo corregía: “Perfecto”. A Elena, que lo conocía de toda la vida, siempre le había fascinado la trampa sintáctica y lo provocaba una y otra vez para generar un “Peso-Perfecto” en cadena, repetido sin gracia con el vozarrón profundo que le salía de la panza al gordo.

Vilma, la mujer de Perfecto, era una señora flaca con cara de pajarraco que usaba faldas a la rodilla y tacos en todas las circunstancias, incluso en esta, donde el camino era de tierra y se le

podían manchar las capelladas con grasa de chancho. Era conocida en el pueblo por su incansable actividad religiosa y su presencia en la inauguración del motel sorprendía a todos, pero no se animaban a preguntarle qué estaba haciendo ahí por miedo a que el festejo se convirtiese en una discusión teológica, Dios no lo permitiese. Fue ella la que abrió el tópico mientras pinchaba un chorizo: "En la parroquia están que trinan con el telo. El obispo va a sacar una solicitada el domingo".

"¿Y qué va a solicitar?", preguntó Ñanco con sorna.

"La clausura del Cu-Cú", dijo ella muy seria.

Las mucamas y los obreros comían en silencio.

No habían llegado a la ensalada de fruta y ya estaban todos medio borrachos, proponiendo un brindis por cada uno de los presentes, por el motel, por Chile, por Argentina, por la bendición de tener trabajo, por la música que sonaba en la radio y por el asador. Estrella y sus mucamas estaban representando un papel nuevo para ellas, diligentes e integradas, y se permitían interactuar informalmente con Ñanco y Christian, que les hacían chistes guarangos. Un primer coche de cliente se asomó a la barrera, Ñanco fue corriendo a ver quién era y vio que se acercaba otro auto más. "¡Abrimos en unos minutos, esperen!", les dijo y volvió corriendo a la cochera al grito de "¡Levanten todo que arrancamoooos!". Como un grupo comando, mucamas, obreros e invitados empezaron a llevar la comida y los cubiertos adentro, levantaron la parrilla y hasta pasaron una escoba al suelo, para que no quedasen restos. Se reían y gritaban de los nervios.

Los coches empezaban a juntarse en fila detrás de la barrera. Tal era la ansiedad por la inauguración, que se había corrido el rumor de que convenía ir temprano para conseguir habitación y no quedarse afuera. Las parejas, sentadas en los asientos delanteros, conversaban y sonreían sin sentir vergüenza de ser vistos por los otros autos. Estaban yendo matrimonios como si se tratase del estreno de una película o de la inauguración de un nuevo restorán, eran citas de parejas constituidas que iban por la novedad y la anécdota, vestidas elegantemente. Esta primera tanda de clientes era óptima, pensaba Ñanco, era la clase de gente que iba a encender la mecha de

comentarios en toda la zona, eran los que les iban a preguntar a sus amigos "¿Todavía no fuiste al Cu-Cú?".

Estrella mandó a una de las mucamas con una bandeja a llevarles la sidra a los coches, "para que dentren en calor". "Y si llega otro coche", le indicó, "decile que sea tan amable de ponerse en la colita atrás de los demás".

La primera semana, el motel estuvo lleno y los clientes tenían que esperar a que se limpiaran las habitaciones. La ropa de cama no alcanzaba, se quedaban sin bebidas y se habían roto dos películas porque una de las videocaseteras enganchaba las cintas. Ñanco y Christian se turnaban para ir a dormir unas horas y darse una ducha.

En el diario habían publicado la solicitada del obispo que hablaba de los valores religiosos y apelaba al sentido de la responsabilidad de las autoridades para detener o al menos controlar la concurrencia masiva a un "nuevo emprendimiento comercial en la zona que transmite un mensaje erróneo a nuestros jóvenes, negando los valores esenciales de una sociedad, que son la familia, el respeto a la institución del matrimonio y la práctica de la palabra de Jesús".

El domingo siguiente, desde el mediodía, empezaron a juntarse en la entrada del motel los devotos del pueblo. El obispo había organizado una misa con procesión de la Virgen, a la que habían tenido la delicadeza de ubicar justo debajo del cartel de la entrada, sobre la banquina, que decía "MOTEL Cu-Cú, 12 habitaciones con baño privado, aire acond. y TV. BIENVENIDOS". La pobre figura de yeso brillaba empapada en purpurina, separándose de los álamos grises y la vegetación rala por sus colores. Parecía una virgen caribeña, por morena y alegre, perdida en el páramo patagónico, rodeada de mapuches evangelizados vestidos con pantalón negro y camisa blanca. Las mujeres tenían el pelo muy largo, algunas hasta las rodillas, otras lo llevaban trenzado.

Alguien le había soplado al obispo que Vilma había ido al asado de inauguración del motel y estaba tan ofendido que durante la semana se había concentrado en la difícil tarea de organizar la misa en la puerta del Cu-Cú sin que ella se enterase. El domingo por la mañana, al encontrar la parroquia vacía, Vilma entendió lo que se había

montado a sus espaldas. Para ella la religión era política, así que se puso práctica y fue rápido en su coche hasta la casa de Ñanco, que estaba durmiendo. “Te van a hacer una misa en la entrada del telo”, le dijo cuando él le abrió la puerta. Todavía no se habían inventado los piquetes. Como medida de protesta, una ceremonia religiosa con corte de circulación en la puerta de un motel no dejaba de ser innovadora.

“Me cago en Dios”, se preocupó Ñanco.

“Esto te pasa por judío”.

El obispo tenía ganas de conocer al judío nuevo del pueblo, el dueño del motel del que se hablaba tanto. Y como tenía línea directa con Dios, se le cumplió el deseo y ese domingo a la mañana apareció mi papá en la puerta del Cu-Cú, justo cuando la misa, que era más bien una serie de oraciones murmuradas por un puñado de feligreses acomodados en fila india sobre la banquina para que no los atropellasen los coches, estaba terminando.

Estrella y otra mucama se habían pasado de bando cuando se enteraron de que el obispo iba a ir a la puerta del motel y, desatendiendo un ratito sus funciones, se colaron en la misa rutera. Devotas, escuchaban la palabra del Señor y asentían con la cabeza, pero con la llegada de Ñanco tuvieron que esconderse entre los yuyos para no ser descubiertas.

Muy respetuoso, Ñanco esperó a que el obispo diera por terminada la sesión y se acercó para tenderle la mano. Le dijo: “Señor, eligió el peor lugar para ubicar a su virgencita”.

“Espero que también sea su virgencita, don Ñanco”, le contestó el obispo devolviéndole el saludo.

“Usted, que ya ha escuchado hablar de mí, sabe perfectamente que no”.

“Entonces espero que no le incomode que profesemos nuestra fe en un lugar público”.

“Este es más bien un lugar púbico”.

“¡No se haga el gracioso, señor!”, arrancó el obispo, “usted sabe perfectamente el daño que le va a causar este antro a nuestra comunidad”.

“Y usted sabe perfectamente que su iglesia ha quedado desactualizada y que esta ceremonia es un acto de desesperación. ¿Y sabe qué? Yo soy capaz de darle trabajo a toda la gente que vino a

escucharlo hoy acá, porque este es un negocio próspero y yo le voy a devolver al pueblo todo lo que el pueblo me da. Usted, en cambio, les saca dinero cada vez que tiene la oportunidad".

Los parroquianos empezaron a juntarse alrededor del debate, todos con cara de susto.

"¡Cómo se atreve!", se indignó el obispo. "Yo guío la espiritualidad de estas personas y mi deber en la comunidad es velar por nuestros valores religiosos".

"¿Y la mejor manera es interferir con el trabajo ajeno?".

"Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para cerrar este motel".

"Imaginémonos que tiene éxito y el motel se cierra. ¿Sabe lo que va a pasar? Va a abrir otro dos kilómetros más allá y se va a llenar igual que se llena el Cu-Cú ahora. ¡Yo mismo voy a abrir otro dos kilómetros más allá! Si quiere podemos jugar ese juego para siempre. Lo desafío…".

Mientras seguían discutiendo, la gente que los escuchaba iba perdiendo el hilo y se iba aburriendo. Estrella y su compañera, calladitas, hechas un bollito entre los arbustos pinchudos de la ruta, debatían su fe internamente y le rezaban al dios del obispo para que ganara la discusión su patrón, don Ñanco.

La madre de Ñanco, Berta Katz, era mi abuela Baba. Había venido con sus padres y hermanos a la Argentina desde Rumania, la patria de la polenta, cuando tenía seis años. Todos en la familia hablaban yiddish, rumano y ruso, pero el resto de sus vidas argentinas se la pasaron sin poder comunicarse dignamente en español. Bertita, en cambio, tenía facilidad y encanto y aprendió el idioma rápidamente. En apenas unos meses se había convertido en la traductora familiar. Ayudaba a sus padres en todo momento, a hacer las compras, a conseguir trabajos y a tener amigos. Ellos descansaban su aprendizaje del español en la rapidez de Bertita para incorporar verbos y vocabulario, diestra en la conversación y ambidiestra en el lunfardo. Semejante ayuda resultó después un quiste maligno que los volvió dependientes e inadaptados: no podían hacer nada sin ella. Bertita lo sabía y se aprovechaba. Cuando sus padres no la llevaban a pasear o la obligaban a hacer algo que no quería, se escondía unas horas y los inhabilitaba socialmente, como escarmiento.

A los dieciséis Berta ya era maestra de grado, a los diecisiete ya se había casado con León Werchowsky, un inmigrante ruso con sentido del humor, medio enfermizo, que tenía un almacén en Boedo. A los dieciocho ya estaba amamantando al único hijo que tendría: Simón B. Werchowsky, mi papá. Cuando el bebé tenía apenas unos meses, Berta pidió el traslado a una escuela rural, hastiada, decía, de la vida monótona del barrio. “Yo no vine a este país para ser una señora cómoda”, usó como único argumento mientras preparaba dos valijas con ropa y libros.

Le dieron el traslado a una escuela del desierto patagónico, en el paraje Ojo de Agua, un punto intermedio entre Bariloche y El Bolsón, 250 kilómetros adentro en la provincia de Río Negro. El lugar era pura estepa y viento, con una vegetación que, maldecida por algún dios

precolombino, no podía crecer más de veinte centímetros. Le hizo prometer a León que vendería el almacén y se iría con ella a la cordillera para vivir juntos la aventura de la docencia extrema, sabiendo que eso nunca iba a pasar. Estuvo tres años allá, sola con Simón, manteniendo su matrimonio por carta.

Cuando Berta y su bebé bajaron del tren que venía de Buenos Aires, una carreta al mando de un indio descalzo los esperaba para llevarlos hasta el asentamiento mapuche que sería su hogar. Como había tanto viento, la frágil Bertita se volaba y el conductor la ató a la carreta, incluyendo equipaje y bebé, dándole varias vueltas con una soga. El lonko de la comunidad se llamaba Luis Ñanco y había mandado a construir una escuelita de adobe y paja porque estaba seguro de que sus chicos la iban a pasar siempre mal por ser indios, pero al menos podrían defenderse si aprendían a leer y escribir.

"Ñanco" era el nombre de la tribu, el apellido de todos sus miembros y también un pájaro —ñan quiere decir ave, co es agua— que auguraba buenas o malas expediciones para los indios de acuerdo con la dirección de su vuelo.

Luis Ñanco era analfabeto, generoso y estratega. Entendía que el mundo era cada vez más complejo y que ya no alcanzaba con la información que venían transmitiéndose oralmente a través de las generaciones. Sentía que su comunidad estaba cada vez más aislada y la llegada de la maestra venía a solucionar un problema de continuidad de la tribu. A los chicos, que eran hoscos, les llevó un tiempo acostumbrarse a ella y tenerle confianza. Pero él la quiso en el momento.

Cuando Berta llegó al asentamiento con su bebé en brazos, Luis Ñanco se mostró muy sorprendido: esperaba que el hijo de la maestra fuese un judiíto medio translúcido como ella, pero era una criatura de piel oscura, el pelo duro y revuelto como el de un indio. Eso sí, tenía ojos celestes. "Pero este podría ser hijo mío", dijo y todos los presentes se rieron. Desde ese día y para siempre, a Simón le dijeron Ñanco.

Hasta acá la versión oficial. También circuló en la familia una historia paralela que decía que Berta llegó a Ojo de Agua sin un bebé y que Luis Ñanco, que era un devoto de la procreación, se enamoró de

ella y una noche fría de verano le hizo un hijo, suspirándole palabras en mapuche sobre unas pieles de guanaco. De ser cierta esta teoría, estaríamos frente a un fenómeno genético muy sofisticado del que resultó un ejemplar humano único, rumano-mapuche, circunciso y patagónico que de adulto sería peronista: mi papá.

Berta y Ñanco volvieron a Buenos Aires y siguieron el caprichoso itinerario de la docencia por ciudades del interior, mudándose cada uno o dos años, volviendo siempre a la Capital, donde debían aprender una y otra vez a convivir con León.

Ñanco creció entre nenes ricos y pobres, dependiendo de la escuela que le asignaran a su mamá. Aprendió a hacerse querer rápidamente, porque sabía que si no se hacía amigos en seguida en cada lugar al que llegaba, su estadía iba a ser angustiosa. Contaba historias exageradas de la última ciudad en la que había estado, inventaba juegos y juraba que en otros pueblos eran así, sabía más de matemática que los otros chicos y leía los mismos libros que su mamá. Era carismático y popular.

Cuando el chico fue adolescente, Berta dejó de aceptar traslados y ya se quedaron en Buenos Aires. Ñanco fue al Colegio Nacional Nicolás Avellaneda y vivió esos años en su propia y muy apasionada juvenilia, robando sandías como Cané. Trabajaba en el almacén, bailaba tango, se afilió al Partido Peronista y cuando terminó el secundario empezó arquitectura en la UBA.

Mientras cursaba el cuarto año de la carrera, a León le detectaron un tumor que terminó matándolo a los pocos meses. Ñanco, en cambio, prefería contar que su padre había muerto atropellado por un tranvía mientras admiraba en el medio de la calle una obra arquitectónica excepcional que él le había recomendado, mejorando la triste agonía de la enfermedad con un accidente gaudiniano. Entonces tuvo que dejar la universidad para ponerse al frente del almacén.

Ese “tuvo” es la bisagra sobre la que se articula el engranaje de su personalidad. Ese “tuvo” es la energía que alimenta sus acciones, desde ahí tomó siempre todas las decisiones, ese verbo es su combustión: si cambiásemos el “tuvo” por un “quiso” o un “prefirió”, su vida completa hubiese sido distintísima; también mi infancia, mi

educación y esta historia. En ese “tuvo” nos reconocemos todos los hijos de judíos como herederos de un sufrimiento que debemos perpetuar a través de las generaciones, una búsqueda solapada pero constante de excusas para angustiarse un poquito cada día, porque nos enseñaron que el esfuerzo da sus frutos solamente cuando va acompañado de dolor.

III

La cuadra de Uspallata al seiscientos se desplegaba desgraciada aunque orgullosa de ser el último tramo asfaltado antes del ripio que llegaba en camino recto a la ruta. No tenía árboles lindos, había unos ciruelos de jardín flacuchos que dieron flores en pocas primaveras, no era una calle adorable de pueblito, no tenía nada pintoresco, era una cuadra con casas de plan, donde todas eran iguales menos una. Habitar esa cuadra era vivir en todas las casas, pertenecer a todas las familias. Se entraba y salía de los palieres pidiendo un permiso respetuoso durante el movimiento de ingreso, pero sin dudar, porque no existía un no como respuesta. Desde luego que se podía pasar, siempre, a cualquier casa. Las charlas en la mesa de una eran bien conocidas por las otras mesas, había un seguimiento del día a día muy riguroso: todos sabían las notas que se sacaban los hijos en las escuelas, todos sabían cuándo había un enfermo, cuándo una madre se teñía el pelo. Si en una casa se preparaba dulce o se envasaba tomate, las otras casas recibían frascos. No había tantas otras cosas a las que prestarle atención ni tanta otra gente afuera, en otras ciudades o en otros países, que fuese más interesante para los habitantes de la cuadra que sus vecinos.

Del lado impar de la numeración, en una de las esquinas, vivían los Paniagua, un matrimonio con una manada de entre cinco y ocho criaturas gritando afuera, dependiendo de la estación del año y de la cantidad de comadres que se juntaran a tomar mate en el porche. Eran pobres, la casa olía a guiso. Cuando el hijo más grande tuvo su primer

trabajo y ganó su primer sueldo, le compró a la madre doscientos gramos de jamón crudo de regalo.

Al lado de los Paniagua estaban los Manzur, que tenían la misma estructura familiar de los Tanner e incluso se les parecían un poco. El hijo del medio, de hecho, era un adolescente petiso y peludo, medio chueco, narigón y malo con los gatos como Alf. Al padre le decían el Mono y los vecinos, complotados en un día de los inocentes, le dejaron una banana en el felpudo de entrada. Él la peló y se la comió para una foto que luego fue convertida en cuadrito y pasó a decorar el living de la casa. Era una instantánea del momento del mordisco junto a los autores de la broma, todos posando formados como si fuesen un equipo de fútbol.

Después venía el 647, lo de Ñanco. No quedaba nada de la casa de plan original más que la cáscara estructural, embellecida a la moda de la época con ladrillo a la vista. Las rejas negras que habían sido colocadas sobre el paredoncito que delimitaba el jardín delantero de la vereda, le daban un aspecto señorial. La puerta de entrada de la casa había sido reemplazada por una hoja maciza de cedro tallado y cruzándola se ingresaba a un distribuidor al que habían empapelado con un motivo de delicadas florecillas silvestres en tonos beige, que refrescaban la tensión del rojo furioso de la pana que tapizaba unos silloncitos Luis XV. El living y el comedor de invitados formaban una ele con detalles que se repetían en otros espacios de la casa, como las cortinas de lino y las arañas de candiles recuperados por una pariente de Buenos Aires en la feria de antigüedades de San Telmo. Cada uno de los dormitorios estaba decorado de un color diferente, alfombras y empapelados en gama, todas con televisión central y música funcional, igual que en el motel.

La vedette de la casa era el quincho: cuarenta metros de machimbre que desembocaban en una parrilla hollywoodense, con espiedo y vidrios especiales que resistían el calor del fuego, lo cual permitía asistir al espectáculo de la cocción en vivo. Una pieza de roble de más de tres metros había sido convertida en mesa, alrededor de la que se distribuían catorce sillas de la misma madera. En esa casa vivían Ñanco y Leticia, su primera mujer.

En la vereda de enfrente, justo a esa altura, arrancaba una cortada que llevaba a uno de los barrios más densos del pueblo, donde las casas se iban transformando en ranchos durante el recorrido. En esa esquina transversal, como un chiste malo de la planificación urbana, un intendente había ubicado la única escuela especial del pueblo. En esa época las escuelas especiales se llamaban "escuelas diferenciadas" y ahí mandaban a los chicos con síndrome de Down, con dificultades de aprendizaje, a los ciegos, los sordos, los repitentes y los que tenían problemas de conducta, todos juntos para perpetuar su inadaptación.

A lo de Ñanco le seguía la casa de los Grossi, una familia de obesos que hacían asados en el patio, a veces durante días y horarios laborales o escolares; por ejemplo, un martes a las dos de la tarde. Los chicos tenían permitido faltar a clase para poder dormir la siesta después de comer hasta reventar. Al lado vivían los Zurita, fanáticos religiosos y de la limpieza, que enceraban la vereda los domingos. Una vez casi se les muere una hija por una insuficiencia renal. El padre le había encomendado a Dios que la cure, en lugar de llevarla al médico. Como Dios no le estaba prestando atención a la nena, Ñanco y otros vecinos la llevaron al hospital a la fuerza, donde estuvo internada varios meses y se salvó, finalmente, sin necesidad de una operación. La familia decía que había sido un milagro.

En la otra esquina estaban los Conde, que eran los chetos. Ellos también habían refaccionado su casa, pero solamente la parte que doblaba la esquina y habían dejado intacta la cara que daba a Uspallata. Eso, decía Leticia, manifestaba una conducta esquizoide. Tenían un coche Mazda del futuro, con los faroles delanteros que se abrían como párpados al encender las luces. Los hijos eran mellizos, nena y nene. Cuando cumplieron quince se convirtieron en nena y nena, porque el varón salió del clóset en la fiesta de la hermana, y ante el horror de la familia entera, apareció montado de princesita, con tacos rasados y pestañas postizas.

Tal vez por tener la escuela diferenciada irrigando chicos discapacitados a todo el barrio, el seiscientos de Uspallata parecía la más disfuncional de las cuadras. Los hijos de los vecinos jugaban en la vereda y pateaban pelotas desorbitadas a todos los patios delanteros

hasta las cinco de la tarde, momento en que sonaba el timbre y las madres salían a gritar los nombres de sus criaturas para que entraran a sus casas. Los Paniagua, los Manzur, la nena escuálida de los Zurita, los hermanitos Conde dejaban lo que estuviesen haciendo afuera y volvían disparados, muertos de miedo, porque salían los mogólicos de la escuela y sus padres tenían miedo del posible contacto, así que los normales se quedaban mirando el éxodo de esos nenes desorientados caminando de la mano de sus sufridas madres, por la ventana.

Ñanco y Leticia se habían mudado de Neuquén a este pueblo escapándose del bochorno y el dolor en el que vivían desde que su hija de dieciséis años se había ido a vivir a un barrio pobre con el dirigente de una fracción armada del Partido Socialista de los Trabajadores. Era una chica con un cociente intelectual sobresaliente, que había sido varias veces evaluado por diferentes profesionales a pedido de los padres, que estaban muy orgullosos de corroborar que le habían dado al mundo una niña genio. A los siete meses, la nena hablaba y a los catorce años había terminado la secundaria en Neuquén, siempre siendo una excepción y saliendo en los diarios. A los diecisiete estaba por recibir dos títulos universitarios de grado, de carreras que había cursado paralelamente: Historia e Ingeniería; pero se embarazó y dejó de estudiar para mudarse con el padre de la criatura a un barrio sin red de gas natural ni cloacas. Él había logrado seducirla con las aventuras de la militancia guerrillera en los tiempos de la dictadura, un rancho e hiperactividad sexual. Y ella no pudo decir que no.

La primera gran escisión de la pareja de Ñanco y Leticia se produjo cuando quisieron tomar una decisión respecto de la nena y no se pusieron de acuerdo. La chica era menor y ellos, como padres, tenían el derecho de denunciar al adulto perverso que la tenía embelesada con el sexo y la subversión. Sin embargo, Ñanco, por peronista y por saber que los que desaparecían no volvían a aparecer, prefería cultivar el bajo perfil y arreglar los problemas familiares sin involucrar a las autoridades. A Leticia esa postura le parecía timorata pero ella no era capaz de desautorizar a su marido aunque viviesen peleándose, con gritos y llantos, por ese tema.

Durante más de diez años no pudieron dejar de hablar de eso en los almuerzos, las cenas y la previa a irse a dormir. Era el motivo de sus planes y de sus discusiones, aunque también era lo que los mantenía

unidos porque de haber tenido una historia feliz, se hubiesen muerto de aburrimiento o se habrían matado entre ellos, hastiados de un vínculo basado en la competencia, en jugar a quién tiene la razón.

Leticia había aceptado irse a vivir al pueblo creyendo escaparse de la vergüenza que sentía por su hija genio-guerrillera-embarazada, disfrazando la historia con una casa más grande y mejor equipada, engañando con vajilla nueva lo que ella consideraba el fracaso de su proyecto familiar. “Ojos que no ven…”, se decía para convencerse, poniéndole palabras, viviendo el melodrama. No había sentido antes en su vida un dolor similar, porque esta desilusión de la hija que podría haberle alimentado el orgullo para siempre y sin embargo había preferido pisotearlo con un embarazo precoz, era una combinación de bochorno y tristeza. No era la muerte ni el despecho, dos situaciones que había atravesado y que podía definir. Esto era turbio, involucraba a su entorno, era mucho peor.

Ni Ñanco ni ella se permitían aceptar o aprender a llevar esa situación, no había una evolución posible del caso, los dos se habían estancado en sus ideas, habían decidido vivir en esa incomodidad para siempre. La alternativa de mudarse al pueblo era una aspirina.

IV

El edificio de ABC Constructores tenía la fachada espejada como los rascacielos de los Estados Unidos, pero con tres pisos. Era el edificio más moderno del valle. Estaba en el centro de la ciudad, en plena zona administrativa, donde los otros edificios, también bajos, y algunos comercios se reflejaban en él, vanidosos, junto con el cielo y las nubes, dependiendo de dónde se parase uno para verlo. Con la puesta del sol, cada tarde, el edificio devolvía rayos y tonos rosados; las parejitas lo consideraban romántico y durante los primeros años después de su construcción, se había vuelto una costumbre ver jóvenes sentados en el cordón de la vereda de enfrente mirando al edificio, enamorados.

La ciudad de Neuquén a fines de los setenta despuntaba en crecimiento y movimiento social. Después de una primera mitad de siglo donde su población se había dedicado casi exclusivamente a amigarse con el clima y explotar los recursos naturales, empezaba a tener sus primeras grandes obras. La construcción de la represa hidroeléctrica del Chocón y las exploraciones de petróleo atraían a la clase media de todo el país y ABC era la empresa constructora ubicua, la que desarrollaba los planes de viviendas, que crecían como hongos silvestres en los barrios periféricos de la ciudad, extendiendo sus límites sin descanso.

Los dueños —Azcurra, Biaggi y Colucci— compartían el tercer piso del edificio, que estaba dividido en tres grandes oficinas alfombradas, con sillones de cuero y una sala de reuniones elegantísima. En el

segundo piso estaban las oficinas de los asesores, el gerente de cuentas y los contables; y en el primer piso estaban el departamento de compras, atención a proveedores y recursos humanos. Era una de las empresas más respetadas porque transmitía un mensaje de solvencia y profesionalismo endulzado con ese toque internacional que a la clase media le fascina.

Ñanco tenía su despacho en el segundo piso, trabajaba mano a mano con los del primero pero aspiraba a estar en el tercero. Su tarea era asesorar a los clientes en temas presupuestarios, algo que le había parecido excitante en algún momento de su vida y que ahora le resultaba un bodrio. Entraba todas las mañanas a las ocho en punto, cortaba a las doce para almorzar y dormir la siesta, volvía a la oficina a las tres de la tarde y trabajaba hasta las siete. ¿Cuántos años llevaba teniendo esa vida? Desde chico, la madre y las maestras le festejaban la memoria, él se lucía recitando en voz alta las lecciones y agregando detalles de color, como la ropa que llevaba el día que había aprendido esos conceptos o lo que había comido o el comentario que había hecho tal o cual compañerito. Sabía cuántos años llevaba teniendo esa vida, sabía la fecha de ingreso a la empresa —también se acordaba qué ropa vestía y qué había comido ese día— y, si se ponía exigente, podía calcular también las horas trabajadas en ABC, sin incluir las extras. Pero prefería no decirlo. Sentía un poco de vergüenza cuando le preguntaban los años que llevaba trabajando en la empresa y él respondía, haciéndose el que lo pensaba después de mucho tiempo, como sorprendido, sacando la cuenta en vivo. No era una gran vergüenza, era más una espinilla de calor en el pecho que le recordaba que, habiendo podido hacer un recorrido original, había terminado detrás de un escritorio en una empresa constructora.

Para los demás, la suya era una carrera exitosa: un muy buen puesto, bien remunerado, en ese edificio distinguido. Era uno de los hombres de confianza de los dueños, todo el mundo sabía eso. Además contaba con la posibilidad de acceder a un cargo de mayor relevancia en un futuro cercano, tendría un mejor sueldo, tal vez un equipo más calificado bajo sus órdenes y su oficina un piso más arriba en el edificio espejado. Así se mostraba y así lo veían los demás. Éxito. Sin

embargo, estaba la espinilla.

La ciudad de Neuquén se había armado como el Lego de un niño nervioso, caprichosamente a lo largo de la Avenida Argentina, salpicada de viviendas y comercios que se acomodaban a merced de una circulación orgánica de necesidades, de recorridos, de oportunidades. Algunas capitales de provincia pueden ser un Frankenstein del urbanismo. Ñanco y Leticia vivían en una cuadra residencial en el centro, cerca del palacio municipal, a mitad de camino entre el río y las bardas, rodeados de otras casas y las oficinas de los organismos gubernamentales, todas ellas espantosas. Había jardines con flores de casitas elegantes al lado de feas vidrieras con letreros de servicios como “Gestoría” o “Escribano”.

Ñanco caminaba de ida y vuelta a la empresa y valoraba la proximidad de su trabajo con la mentalidad del hombre de Capital, porque en el interior, donde es habitual moverse entre ciudades y localidades varias veces al día, la clase media usa coche. Recorría exactamente las mismas veredas desde hacía años, dueño de un itinerario sin excepciones, creado a partir de variables climáticas, botánicas y, más adelante, amorosas. En invierno delineaba su trayecto por los lugares donde el sol daba más fuerte a la mañana. Había aprendido cuáles eran los puntos sin sombra del camino, que lo obligaban a hacer un zigzag entre esquinas, algo que lo incomodó alguna vez que se imaginó siendo observado y se dijo “Van a pensar que estoy loco o borracho”; pero después se sintió orgulloso de su recorrido: caminar con sol en los amaneceres tardíos del invierno patagónico era una conquista del hombre frente a la naturaleza. En primavera evitaba las veredas con lavanda florecida porque le daba alergia y en verano el camino dependía de la distribución opuesta de las sombras y el sol respecto del invierno. Llevaba algunos años concentrándose en estos asuntos mínimos, distrayéndose de su realidad con nimiedades para no tener que tomar ninguna decisión, sin planear ni desear ni fantasear.

Leticia era la hija única de un matrimonio elegante muerto en un accidente automovilístico, una tragedia que combinó las siguientes escabrosas variables: la pareja discutía, él manejaba, ella agarró el volante para provocarlo, el coche perdió el control y volcó violentamente sobre una familia humilde que iba en bicicleta por la banquina, matando a todos menos a un bebé de dos años. Esa tarde, Leticia, de catorce años, había ido obligada a visitar a sus tías viudas copetudas que simpatizaban con el Opus Dei y a soportar el cotorreo de sus primas, también adolescentes, que le permitirían el acceso a sus exclusivos figurines para que ella pudiese elegir el modelo para su vestido de quince. El programa se le hacía una pesadilla y sentada en la alfombra de sus tías, rodeada de revistas, mientras todas las mujeres de la casa hablaban con voces chillonas en simultáneo, contaba los minutos que faltaban para que sus padres fuesen a buscarla y pudiese irse de ahí. Mientras miraba el reloj colgado en la pared, una y otra vez revoleando los ojos en los descuidos de sus interlocutoras, sus padres morían en la ruta. Tuvo que quedarse en esa casa durante muchos años, hasta el día que se casó.

Las viudas y sus hijas eran su familia más cercana y la huérfana aprendió a convivir con ellas apropiándose con inteligencia del rol de víctima, del que siempre obtendría beneficios. Era la única que tenía permiso para estar triste en cualquier momento, por eso no toleraba que otros familiares o amigos sufriesen más que ella; pero mucho menos soportaba que fuesen felices.

Cuando cumplió dieciocho años, se enteró de que su herencia era la casa en el centro de Neuquén donde se había criado y un Ford viejo con el motor fundido que había estado abandonado en el garaje desde que tenía memoria. ¿Y la chacra? ¿Y las otras propiedades? Una farsa mantenida por sus padres que, a medida que se empobrecían e iban

vendiendo sus posesiones para poder mantener un estándar de vida alto, disimulaban el estado real de sus finanzas. Resultó que Leticia no era todo lo rica que creía ser y eso, además de deprimirla, le parecía deshonroso. Huérfana sí, pero pobre jamás. Cuando escuchó hablar de la nueva constructora y del evento de bienvenida al que asistirían los miembros del equipo que venían de Buenos Aires, tejió conexiones entre sus amigos y logró hacerse invitar al cóctel. Tenía en mente: un porteño, un buen sueldo, oportunidades. Sus objetivos eran casarse, salir de pobre, salir de esa casa, salir de la provincia, conocer el mundo. Sin embargo, no estaba dispuesta a todo para conseguirlo y se imponía a sí misma una cláusula inapelable: el amor. Quería enamorarse de uno con plata y si tenía pinta, mejor. Esa tarde conoció a Ñanco, un ruso de ojos celestes con apodo mapuche, recién llegado, necesitado de amigos, con el cargo y el sueldo esperados. Bingo.

Se casó como quien recibe una indemnización: se había quedado sin padres y sin dinero pero ahora tenía un marido que venía a tapar esas carencias con un buen estatus. Creía que ese frenesí que la invadía cuando pensaba en su futuro con él, en convencerlo y lograr que se mudaran a Buenos Aires, era amor. Confundía sus sentimientos con sus planes. A los dos años, cuando nació su hija, ya se había dado cuenta del error, de la diferencia que existía entre lo que ella creía estar haciendo y lo que ocurría realmente. El matrimonio y la maternidad eran un yugo, pero ¿qué podía hacer? No conocía otra cosa, no tenía más alternativa que seguirle la corriente a sus propias decisiones, a la vida en la que se había metido. Lo padecía silenciosamente, sin cómplices. Además, ninguna de sus expectativas estaba siendo satisfecha del todo, no tenía una casa más grande ni encontraba nada extraordinario de lo que jactarse cuando se juntaba con sus primas o sus amigas a tomar mate a la tarde.

Su patrimonio venía siendo hasta ahora la tragedia que había sufrido de chica y algo de estabilidad económica y emocional. Pero eso no era suficiente para ella. Por eso, cuando descubrieron que su hija era superdotada, salió a recorrer los medios de comunicación de toda la Patagonia en busca de exposición. Vivió varios años en estado de excepción gracias a la nena, llevándola a la radio y al canal de

televisión de Neuquén, publicando en los diarios sus logros escolares y universitarios, presumiendo ante parientes y amigos.

"El que se jacta, pierde", le dijo una tía vieja, una vez.

"¡Callate, envidiosa!", le había respondido ella.

Cuando la hija se enamoró y se embarazó del guerrillero, Leticia se convirtió en una vieja amarga.

Un día de otoño, Ñanco se encontró pasando por la vereda de la tienda Zully Prêt-à-Porter y esa variación se le fue haciendo cada vez más ineludible, aun cuando atentaba contra las coordenadas estacionales preestablecidas. No se había dado cuenta, al principio, de que ese recorrido se lo había impuesto a sí mismo para cruzarse con la rubia que abría el local todas las mañanas. O sí se había dado cuenta, pero se hacía el zonzo. Había estado dormido hasta el otoño en el que conoció a Reina.

Durante varias semanas se saludaron con la cabeza, con un sonido rumiado. De haber usado sombrero, él se lo habría sacado cada vez. Ella estaba acomodando la vidriera o limpiando la puerta de vidrio cuando él pasaba, siempre con una falda ajustada y una blusa o con pantalones levemente acampanados y una chomba al cuerpo y zapatos. Algunas veces le respondía el saludo levantando el trapo de limpiar o una prenda, sin agitarlos, exhibiendo lo que estuviese agarrando en ese momento como si brindara. Hasta que un día él empezó a saludarla haciendo la venia y a ella le causó mucha gracia y le siguió la corriente. Ya se sonreían.

Una mañana Reina estaba del lado de afuera de la vidriera, acaso esperándolo, y se escucharon las voces por primera vez: "¡Buen día!" le dijo Ñanco llevándose la mano derecha a la sien.

"¿Cómo le va, capitán?", le contestó ella haciendo el mismo gesto. Tenía voz de corneta.

Él dobló la apuesta: "¿Novedades en el frente?".

"Esperando un pedido de pretemporada, capitán".

Esa mínima charla le alegró la mañana a Ñanco y estuvo pensando en la chica de a ratos, hasta las doce, cuando salió de la oficina para volver a almorzar y dormir su siesta. A contrapelo de todos los años de recorrido fijo, pasó de nuevo por la tienda, pero la puerta estaba

cerrada, le colgaba el cartelito de “Enseguida vuelvo”. “Me pregunto qué estaré haciendo acá”, dijo solo, en voz alta, y siguió caminando hacia su casa. Desde el porche se sentía el olor de la carne al horno, pasó motivado directo a la cocina y, buscando recrear la sensación de la mañana, le preguntó a Leticia: “¿Novedades en el frente?”.

“Sentate a comer, que se enfría”.

Mientras almorzaban en silencio, pensó en su hija sin la carga emocional que estaba acostumbrado a darle, pensó en ella como persona, separándola del drama y durante un segundo se alegró. En la siesta soñó que tenía un accidente en la ruta y en el asiento del acompañante viajaba la chica de la tienda.

Reina María era esbelta pero caderona, no tenía ningún refinamiento pero tampoco llegaba a ser ordinaria. Copiaba muy bien los estilos para vestir que veía en las revistas y se camuflaba en los eventos de la alta sociedad neuquina, adonde a veces la invitaban la dueña de la tienda o alguna clienta. Era simpática y buena para conversar, pero por momentos cometía errores que le deschavaban su origen de clase media-baja no instruida. Decía frases como “Qué hermosas las aureolas boreales” o “Se metió en camisa de once balas” y las viejas copetudas que notaban las faltas, después comentaban. Aunque también había muchas viejas copetudas que no se daban cuenta de nada, porque eran muy ignorantes.

Reina soñaba con encajar del todo en esa clase y el hecho de que Ñanco, un empleado elegante de la prestigiosa ABC, se fijara en ella, le acortaba la distancia social con la que vivía angustiada. “Estoy harta de salir con choferes y policías”, le había dicho hacía varios años a una amiga y ese hartazgo la había motivado a trabajar duro para conseguir hombres de mayor nivel socioeconómico.

Las charlas en la puerta de Zully Prêt-à-Porter se hicieron cada vez más largas, Ñanco pasaba todos los días y le decía un chistecito, un juego de palabras o comentaban la muerte de algún neuquino ilustre. Mientras más confianza iban logrando entre ellos, más adentro de la tienda llegaba Ñanco. Reina le cebaba un mate que él mantenía en la mano durante la conversación y devolvía intacto, sin ser chupado, cuando tenía que volver a trabajar. Algunos días ella tenía una bebida

fresca o necesitaba ayuda para bajar una caja de una estantería alta del depósito y él iba entrando, cada vez más cómodo. Hasta que una mañana, con la tienda todavía sin abrir al público, se besaron. Él ya le había dicho que estaba casado pero ella igual se dejó. Otro día quedaron en encontrarse en la plaza después del trabajo, él la esperó sentado en el monumento y ella pasó con el coche a buscarlo. Podrían haberlos visto.

Subieron a la ruta camino a Centenario en el cochecito endeble de ella, en la época en la que no se usaban los cinturones de seguridad. Los camiones que los pasaban hacían bambolear el auto y los envolvían en nubes de polvo. El sol les daba de frente y en las curvas se escondía detrás de las bardas, para volver a salir furioso unos minutos después, desde otro lado. Estaban aturdidos y no podían conversar bien por las incidencias constantes y el ruido del motor, pero sentían entusiasmo y cuando miraban hacia delante pensaban en las cosas que se iban a hacer el uno al otro. Reina también pensaba en su ropa interior, repasaba el conjunto que se había puesto, se concentraba en los broches del corpiño y el pantalón, esperaba que él no tuviese inconvenientes en desabotonarle la blusa, que tenía unos alamares tejidos a crochet preciosos pero traicioneros. A los costados, el desierto patagónico los envolvía como una sábana a un caramelito.

“Es el único telo que hay para este lado”, le dijo ella cuando llegaron a destino, apagando el motor del coche. A Ñanco le encantó que la chica estuviese así de informada y la besó como premio. En el comienzo de la zona urbana, la fachada del hotel alojamiento al que estaban por entrar se plantaba con descaro sobre la ruta, dejando al descubierto los coches estacionados de sus clientes, que tenían que ingeniárselas para poder ser infieles discretamente. Algunos tapaban las patentes de sus autos con trapos, otros iban con coches prestados. Ardides para cubrir un servicio defectuoso.

Alrededor de las instalaciones, unas ligustrinas secas y unas esporádicas figuras de yeso con formas de animales, en su blanco original, construían el escenario erótico del que tanto se vanagloriaba el albergue desde su cartel: “El Edén. Un jardín de pasión… para dos”.

Tuvieron que esperar unos veinte minutos a que se desocupara una

habitación. No sabían bien si empezar a besarse o conversar, así que encendieron cigarrillos y hablaron brevemente de los sabores de las marcas que fumaba cada uno. La luz en el parque les revelaba las formas y los colores con precisión, pero para ellos eso era normal, era la realidad de formas y colores que conocían. El aire limpio les proveía un ambiente definido y mientras Ñanco se abstraía con su cigarrillo y procuraba no pensar en ninguna cosa que pudiese traicionarlo, Reina miraba la tierra que se había juntado en su coche, las venas de sus manos, el cuadriculado de la tela de los pantalones que llevaba puestos su inminente amante. “Qué mal gusto esos animales de yeso”, le dijo riéndose fuerte. Se había pasado la vida tomándose el mundo a risa, un poco por negligente y otro poco porque lo serio la hacía llorar. Ahora tenía ganas de llorar, por eso se reía.

Les dieron una habitación oscura con olor a humo tapado con desodorante de ambiente. La ventana daba a la ruta y estaba tapiada por el lado de afuera con unas persianas de chapa que no podían abrirse y por dentro con una cortina que no podía descorrerse. El contraste de luz no les molestó. A los costados de la cama, había unas mesitas de luz de pino barnizadas, que habían sido quemadas con puchos olvidados. La moqueta también estaba quemada con puchos, lo mismo que el cobertor estilo Palette y, como verían involuntariamente en unos minutos más adelante al deshacer la cama, el colchón y las almohadas. En cada mesita de luz había un cenicero de vidrio rústico pegado por la base. Ñanco tenía ganas de hacer algún chiste con el nombre del hotel alojamiento y las condiciones de sus habitaciones, pero no se le ocurrió nada espontáneamente. Además, no era el momento.

Mientras se enredaban con las sábanas y sus piernas y la ropa que se iban sacando torpemente, Ñanco sentía la alegría en el cuerpo de Reina y se acordó que había sido eso mismo lo que tenía Leticia los primeros años, cuando besarse y tocarse era el objetivo real detrás de salir a cenar, a bailar y casarse. Pero no podía permitirse pensar en ella ahora, ni en nada que lo alejara de esta petisa jugosa que se le retorcía en los brazos. Era su primera infidelidad en dieciocho años de

matrimonio.

Volvieron en silencio por la ruta, Ñanco pensaba sin involucrar los sentimientos. Estaba despejando la equis mental y, en lo que duró el viaje, sacó en limpio dos conceptos:

1. Que la pareja atenta contra la buena sexualidad. Es una generalidad imprecisa, pero en ese momento se animaba a considerarlo como una certeza porque era lo que le estaba pasando a él, como cuando las doñas opinan que el país está mal porque les aumentó el pan lactal en el súper. Ahora, su educación en valores no le permitía admitir la poligamia como una estructura válida para salir de ese jardincillo. Lo contradictorio de estos tipos es que, justamente por la sobrevaloración de la familia como institución, prefieren mentirle a su mujer para tener una buena vida sexual con otra antes que decirles la verdad a las dos. Cuántas personas como él habría pensando o sintiendo parecido, juntos y anónimos, solos en la estadística. Si tuviesen una organización su lema sería “No existe lo extramatrimonial sin matrimonio”, o algo un poco más corto y efectista, pero por ese lado.

2. Que ninguna relación podía prosperar si empezaba en ese telo de mierda.

Cuando entró a la casa tuvo un breve acceso de tristeza, sobre el que no se permitió profundizar porque Leticia estaba viniendo de la cocina con una fuente que olía delicioso. “Qué tarde, Ñanco. ¿Qué te quedaste haciendo?”.

“Arreglando el país con los muchachos. ¿Qué comemos?”.

Sentía los sabores más definidos y el olor caliente que salía del plato lo dopaba. Todo le parecía mejor, tenía más hambre y comer le daba más satisfacción que de costumbre. Estaba de tan buen humor que cuando ella empezó a hablar de la nena, él le cortó el tema con dulzura y le pidió retomar mañana, una actitud de madurez que nunca había tenido ninguno de los dos. Ella aceptó pero con sospechas, con malestar, con un “bueno, lo hablamos cuando estés preparado” sarcástico que él dejó pasar para saborear en silencio la mandarina de postre más rica de su vida.

Después de esa primera vez, Reina y Ñanco establecieron una

frecuencia de encuentros que los convirtió oficialmente en amantes. Él usaba la liberación de endorfinas que le dejaba el romance como remanente para ser un hombre más suelto, se reía más, se permitía ser más impulsivo. No estaba enamorado, estaba feliz. Ella era tosca y jaranera y no le exigía ninguna cosa más que una buena performance sexual en sus encuentros semanales en El Edén. Durante unos meses dejó de sentir esa angustia en la boca del estómago que lo acompañaba desde chico, desde que fue el nuevo de la escuela por primera vez.

Empezó a salir más seguido con Christian, su compañero de contaduría, que lo llevaba al casino los fines de semana. Leticia estaba siempre invitada, pero decía que no sin excepción y le parecía indignante que Ñanco tuviese ánimo de divertirse cuando la vida les estaba dando tantas patadas con el tema de la nena. Él había empezado a desarrollar una compasión por su mujer que le recordaba un poco al amor que había sentido, la perdonaba y la acariciaba aunque ella lo rechazara bruscamente; evitaba los enfrentamientos usando palabras dulces y cuando ella le gritaba, él la calmaba diciéndole “estás muy nerviosa, Leti”.

Creía sentir culpa y desde ese dolor se imponía a sí mismo una nueva forma de relacionarse con su mujer aunque, en realidad, lo que le pasaba era algo más complejo y difícil de asumir: le tenía lástima.

No había circunstancia que hiriese más el orgullo de Leticia que una hija adolescente embarazada de un guerrillero medio pelo. Parecía un castigo hecho a medida, con los vaivenes y la repercusión necesarios como para que su sufrimiento fuera el más profundo de todos los sufrimientos posibles y ella la víctima más castigada de todos los planes divinos ejecutados en el universo. Había renunciado a sus expectativas de irse del valle y a sus planes de conocer Europa por criar a esa nena brillante, había hecho una inversión emocional, económica, había hipotecado su ego por ella. Y había fracasado. El bochorno que sentía era tan grande, que se había retirado de la vida social por no poder soportar las miradas y los comentarios, abatida por haber dejado de ser la madre de una genio para convertirse en la abuela de un paria.

Desde el comienzo del asunto pasó por diferentes estados emocionales, todos transitados por la senda de lo trágico, que acompañaban los hechos con diferentes niveles de congoja. Al principio sintió mucha bronca porque su hija había sido estúpida y procaz y se había embarazado en el momento en el que se esperaba que tuviese sus títulos universitarios; después sintió odio por sí misma, por no haberla prevenido. Pero ¿cómo iba a hablar con su hija adolescente sobre las relaciones sexuales y el riesgo de embarazo si había sido virgen hasta la noche de bodas? La comunicación entre ellas sobre esos temas se basaba en suposiciones y nociones básicas acerca del desarrollo femenino, que se mencionaban tácitamente o con eufemismos delicados que ella consideraba suficientes. Cuando la sospecha del embarazo fue una confirmación, sintió pánico: la chica se iba a tener que casar con un delincuente, ex convicto, que le llevaba casi veinte años. En ese momento decidió dejar de lado el orgullo y le ofreció a su hija quedarse en casa, tenerlo sola, con ellos. Lo que

Leticia no veía aunque se lo dijesen sus primas y vecinas, era que la chica estaba contenta de estar embarazada, feliz y enamorada y liberada como si hubiese encontrado un argumento irrefutable para irse de casa.

"No vas a estar en ningún lugar mejor que acá", le lloraba Leticia mientras le tocaba la panza. La chica la miraba con fastidio: ningún truquito funcionaba con ella, su propia hija era la jueza más rigurosa. La única persona por la que había sentido verdadero amor era impenetrable e indomable y la estaba castigando. Alguna vez habían sido cómplices y la chica había necesitado de su mamá para hacer todas las cosas pero ahora no quedaba margen para retomar esa clase de relación. Leticia creía que la camaradería era un formato del que se podía entrar y salir, no entendía los procesos.

"¿Por qué me hacés esto?", le planteaba a la chica.

"Nadie te está haciendo nada a vos, mamá. No sos el mundo entero", le respondía ella. Pero Leticia no decodificaba las palabras.

Una tarde volvió a la casa y ya no estaban las cosas de la nena, se había llevado la ropa, la guitarra y algunos libros. Ella y Ñanco se fueron en el coche hasta el barrio donde vivía el novio, dos veces tuvieron que bajarse a empujar porque el acceso era un camino de tierra y como había llovido, estaba hecho un pantanal. Cuando llegaron a la casa, sucia y precaria, salió a recibirlos el tipo seguido de unas criaturas en patas que no se sabía si eran de él o de quién. "La piba se queda acá, don Ñanco", le dijo. Leticia se bajó del coche a los gritos, llorando, haciendo escándalo, y Ñanco le gritaba que se quede ahí, que no entre. La chica miraba la escena desde la ventana y sonreía, "qué vieja loca", decía.

Todos los amigos, vecinos y parientes sabían lo que les estaba pasando. La mayoría sentía pena y angustia como ellos, pero Leticia entendía que la compasión ajena era una burla disfrazada de empatía. Entonces cuando sus amigas y sus primas iban a verla y le llevaban una tarta de manzana para acompañar el mate, ella las atendía detrás de la puerta y les decía que no se sentía bien, que pasaran otro día. Con algunas personas había tenido que hablar por obligación, en el banco o en el supermercado, y las había tratado mal. En un encuentro

casual con su prima Tita, que se mostraba acongojada, dijo “antes que tenerme lástima a mí, por qué no te mirás en el espejo los colgajos que tenés, vieja triste”. De a poco los seres ya no eran queridos, eran existencias tormentosas que le recordaban su fracaso como madre y como mujer y la obligaban a encerrarse en esa casa, quedándose aislada por apagada, gorda y fea. Veía en el espejo un fracaso desde cada ángulo, no encontraba a la jovencita firme y manipuladora que había sido y no tenía herramientas para convertir la sensación en aprendizaje. Le resultaba más práctico odiar.

Un mediodía, Leticia necesitó dos latitas de azafrán y salió al súper grande, que quedaba más lejos pero tenía buena mercadería. Como el recorrido era el mismo que hacía Ñanco para ir a la empresa, improvisó un camino alternativo para evitar encontrárselo. Era casi la hora del almuerzo y si él estaba yendo a la casa, iba a ser por esa calle, se iban a cruzar, se iban a tener que besar, incluso él se iba a ofrecer a acompañarla, lo que significaría que en algún momento la iba a agarrar de la mano. Le parecía una pesadilla, la presencia de su marido a veces le causaba una epifanía del horror: verlo era toparse con el espanto de su vida.

Con paso apurado dobló en la esquina y tomó la calle paralela, que era la de Zully Prêt-à-Porter. En esa tienda les había comprado regalos a sus tías viudas cuando era jovencita y Zully, la dueña, le había ayudado a tomar decisiones estructurales sobre su vestido de novia, hecho por una de las modistas que trabajaban para ella retocando las prendas de las clientas. ¿Cuántos años hacía que no pasaba por ahí? Zully era vieja cuando ella iba, supuso que estaría muerta. Pero se hubiese enterado por el diario. No, seguramente estaba retirada. ¡Ay, su vestido de novia!

Venía volando sobre esos pensamientos cuando una blusa negra con flores rojas la obligó a detenerse en la vidriera. La estampa era un poco llamativa pero bellísima, con hojas verdes en las mangas y la espalda. El corte era recto, perfecto para esta etapa de señora gorda. Entró a la tienda y el perfume fino la transportó por un instante a la fantasía de las pasarelas, donde no hay hijas adolescentes embarazadas de tipos de izquierda.

Desde detrás de unas cortinas se escuchó una voz nasal “Ya estoy con usted, señora”. Y salió Reina. Se miraron un momento en mutuo análisis; a Leticia le pareció una chica muy ordinaria para estar

atendiendo un local fino como ese. Reina la reconoció por la mirada, por el aura, no sabía por qué, pero era ella: la mujer de Ñanco. Se quedó muda y dura, pero siguió con el jueguito de la tienda porque sabía que la otra no tendría idea de nada. ¿O sí? Daba lo mismo. No podía hacer otra cosa más que atenderla y disimular. Sudor frío.

"¿Me dirías el precio de la blusa negra con flores rojas que está en vidriera, por favor?", le pidió Leticia.

"Cómo no, señora", le respondió Reina sacando la carpeta con los precios de debajo del mostrador. Le dijo un valor.

"¿Y tienen en mi talle? Soy un dos".

"Me parece que le va a quedar mejor el tres", le respondió y se arrepintió en el momento, esperando que no se ofendiera por el comentario. ¿Y si le gritaba que era una maleducada? Ella se vería obligada a responderle que prefería ser maleducada a cornuda. Se metió al depósito de la tienda y, queriendo morirse, buscó un talle tres de la blusa negra. Salió, abrió el paquete y la desplegó sobre el mostrador.

"Es hermosa esta blusa, muy delicada. Pase al probador, señora".

Leticia se metió al compartimiento encortinado de pana y sin hacer ruido ni pedir opinión, se probó la blusa, se miró de adelante y de atrás, se la sacó y decidió llevársela como un regalo para ella misma, como un premio a la tolerancia.

Llegó a la casa sin azafrán y con ropa nueva. Se la puso y se quedó así vestida, medio elegante en chancletas, mirando la televisión con la comida caliente en el horno, especulando frases, imaginándose que Ñanco llegaba a almorzar y conversaban sobre la blusa, que era un tema liviano, como de vacaciones. Él le diría que le quedaba bien, ella le retrucaría que estaba gorda. Él la consolaría diciéndole algo improbable como que era la mujer más hermosa del mundo, la única en el planeta que podía darse el lujo de ser aun más bella con esos kilos extra y ella sentiría, por fin, que tenía un matrimonio ideal. Pero esa tarde Ñanco tampoco fue a almorzar. Comió sola en la cocina y se fue a dormir la siesta.

Mientras caminaban por la costa del río, abrigados, haciendo ruido con las piedras que chocaban debajo de sus zapatos, Ñanco y Reina conversaban:

“Nunca la viste antes, no podés estar segura. Tal vez no era ella, tal vez ni siquiera se parecía a Leticia. Podés estar sugestionada, creyendo que ves a mi mujer en todas las mujeres de Neuquén”.

“No seas tan engreído. No estoy obsesionada con vos ni con esta relación y, sobre todo, querido, no soy tarada: te estoy diciendo que vino tu mujer a la tienda y se llevó una blusa. Muy linda, por cierto. Certifico su buen gusto”.

“Se agradece”.

“Tuve miedo de hacer o decir algo y que ella se diese cuenta de lo nuestro. Imaginate si se daba cuenta, imaginate si se entera ella, si se enteran todos…”.

“¿Por qué siempre salís con estas cosas?”.

“No salgo con nada, Ñanco. Salgo con vos”.

“No entiendo cuál es tu problema”, se encolerizó él, viéndosela venir.

“Los hombres se hacen los valientes y se van a un telo con la mujer que les gusta, pero para casarse eligen a una mina deprimida… No, oprimida. Porque en realidad no aguantan la libertad”.

Ñanco se quedó en silencio, evaluando si ella tenía razón o no e intentando, a su vez, detectar si lo que tenía en el estómago era una úlcera o simplemente un poco de acidez.

Era un milagro que Leticia hubiese aceptado ir a cenar a casa de Christian y Bianca, era su primera salida social en muchos meses. Tocaron el timbre y las perras lesbianas ladraron todas a la vez, dándoles una fastidiosa bienvenida. Bianca abrió la puerta y salió un rayo de luz fuertísimo que disparaba la araña del comedor, insólitamente llena de foquitos de 60. También los fulminó el olor de las perras, tan típico, del que hablaban siempre a escondidas todos los que iban a esa casa. Christian y Bianca vivían en el pueblo y viajaban todos los días a la ciudad; él a trabajar en ABC, ella a hacer las compras "porque en este pueblo de mierda no encontrás mercadería decente". Del hijo de Bianca nunca se sabía bien si vivía con ellos, si estaba de visita, si era juntado o casado o soltero o gay, pero esa noche no estaba.

"Pasen, pasen, ay me trajiste el vitel toné, qué bien te sale a vos, Leticia. Ojalá yo pudiera cocinar como vos. ¡Mirá qué hermosa la blusa que te pusiste! Un sueño, es. Mirá, papi —a veces se le escapaban en público los modos embarazosos que usaba en la intimidad de su casa—, mirá qué linda está Leticia. ¿No le queda elegantísima esa blusa? Pasá, pasá, querida, dame. Sentate, no hagas nada que ustedes son los invitados".

Siendo así de servicial y cumplida, Bianca sentía que saldaba la pena que tenía por la historia de Leticia y su hijita. Exageraba su cariño a un volumen muy alto; Leticia algunas veces le pedía por favor que hablara más bajo o que se callara. Entre ellas era viable ese trato porque Bianca estaba acostumbrada a que la considerasen un ser inferior que estaba compartiendo la vida con esas personas maravillosas y cultas gracias al favor de Christian.

"Gracias, Bianca. Me la compré en Zully, tienen cosas lindísimas. Deberías darte una vuelta", dijo Leticia respondiendo al tópico que le

pareció más relevante de todos los planteados.

A Ñanco le gustaba eso de su mujer, lo elegante y ubicada que podía ser entre otras personas. Mientras admiraba su capacidad de adaptación, pasó por alto la mención del nombre de la tienda, no así Christian que, ya sentado en la cabecera de la mesa revoleaba los ojos intentando cruzar alguna mirada cómplice que no fue devuelta. Adentro parecía de día.

El living comedor de la casa era un muestrario de ostentaciones curiosas; quedaba claro que cada objeto había sido elegido y ubicado para comunicar estatus pero el criterio aplicado era tan turbio, tan difícil de decodificar que el efecto final era de shock. Leticia no podía evitar abrumarse con los adornos y, al mismo tiempo, no era capaz de discernir qué era lo que le provocaba ese estado. Sobre las paredes recubiertas con una marqueterie oscura colgaban decenas de platos decorados, algunos eran recuerdos de ciudades europeas y tenían inscripciones y paisajes, otros eran imitaciones ordinarias de antigüedades. Junto a los platos colgaba una serie de cuadros de caballos —sus cabezas, solos de cuerpo entero, grupales al galope, grupales pastando—, probablemente de origen chino, que brillaban y daban sensación de profundidad con el movimiento del espectador. A medida que uno se acercaba o alejaba, los caballos se desprendían del fondo, que cambiaba de colores en efecto lisérgico. Si uno miraba los cuadros por más de tres minutos, le daba dolor de cabeza. Sobre un aparador laqueado brillaban en tres estantes las estatuitas de Murano y las piezas de porcelana o loza con motivos bucólicos: niñitos holandeses besándose delante de un molino, campesinas de vestidos coloridos agarradas a jarroncitos con flores artificiales, elefantes, señoras africanas, cervatillos, tigres y osos mostrando los dientes. Las puertas vidriadas y biseladas del aparador protegían una colección de souvenirs de azúcar de cumpleaños de quince y bautismos que convivían con una caja de cigarros humedecidos, botellones de licores hediondos que preparaba Bianca y chocolates de mala calidad. En la pared opuesta colgaban cabezas de animales embalsamados como martas, jabalíes, ciervos, carneros y gatos monteses. También había varios roedores chicos, todos con cara de rabia. Ninguno de los

animales había sido cazado por la familia, eran trofeos de cazadores desconocidos. En una esquina junto a la ventana, había una marioneta terrorífica de un gato con botas antropomorfo, vestido de mosquetero con dos caras, una delantera alegre y una trasera furiosa. Al lado, colgado desde el techo por una tanza invisible, un armadillo aparecía flotando como una amenaza. Todos los sillones eran floreados y los colores se adivinaban debajo de las fundas de hule puestas para que las perras no dañasen el tapizado.

Cuando Leticia volvió en sí de la hipnosis de los adornos, la cena ya estaba ocurriendo en la mesa del comedor y Christian hablaba enfáticamente sobre algo relacionado a un negocio, que ella no podía entender bien, un poco porque lo que él decía siempre le daba lo mismo y otro poco porque seguía abombada con tanto estímulo. “Son cinco kilómetros antes de la entrada al pueblo, sobre la ruta, donde tiene un camino. El otro es un lateral, que comunica las dos rutas por adentro. Alrededor son todos chacareros”, estaba diciendo Christian, intentando sonar serio, laboral. El tintineo de los cubiertos chocando en los platos le dificultaba todavía más la concentración.

Christian seguía: “La tierra ahí no sirve para nada. Es un manchón de sal al lado del otro”.

“Parece embrujada la tierra pero el chalet es lindísimo, tiene cuartos para hacer dormir a muchas criaturas”, acotó Bianca, obteniendo nula recepción del comentario por parte de los demás.

“¡Criaturas! ¡Espero que sean todos mayor de edad, si no vamos a terminar en cana!”, dijo Christian riéndose fuerte. Ñanco quiso ahorcarlo.

“¿De qué estamos hablando acá?”, se preocupó Leticia.

Para suavizar el desliz, Christian se hizo cargo de la respuesta estirando su mano pecosa para tocarle la muñeca: “Estamos hablando de montar un buen negocio, querida”.

Ñanco no sabía si debía apoyar a su amigo con argumentos más afines a la forma de pensar de su mujer o bien dejarlo monologar. Exigía un movimiento muy delicado y podía salir pésimo.

“No quiero profundizar en la expansión demográfica de la zona ni en el tráfico que nos ha derivado para este lado la ruta, vos sabés

perfectamente en qué situación estamos ahora, ¿verdad?".

A Leticia le encantaba que le dijeran "vos sabés perfectamente" y cualquier cosa después, porque ella sentía que lo que sabía, lo sabía perfectamente. "Claro, claro, continuá por favor".

"¿Alguna vez contaste la cantidad de hoteles alojamiento que hay entre Neuquén y Centenario?".

"¡Por supuesto que no! ¿Para qué querría yo hacer esa cuenta?".

"Porque los telos, mi Leti, son un ne-go-ción".

Se quedó estupefacta. Ñanco tomó la posta: "Yo sé que te puede incomodar el tema, pero tenés que saber que la gente acá tiene relaciones sexuales ante cualquier eventualidad, festeja con el sexo".

"Si vamos a decir relaciones sexuales cada vez, esta charla va a durar horas, Ñanco. Usemos directamente el verbo coger, te pido", le dijo Christian.

"¿Sabés lo que pasó cuando ganamos el mundial? Hubo cuatro horas de cola en el telo que está camino a Centenario. La gente se amontonaba sobre la ruta porque querían celebrar y estaban dispuestos a esperar lo que fuese necesario para conseguir su turno de media hora. En el diario no salió nada, pero también hubo gente que fue presa por tener relaciones adentro del coche, a plena luz del día, sobre la ruta. Coger, quiero decir".

Todas las preguntas lógicas, organizacionales, funcionales, financieras y estéticas que se le ocurrieron a Leticia en ese momento pasaron derecho al cajón de lo nunca dicho, se las tragó con el bocado de vitel toné y siguió masticando en silencio porque la idea le parecía tan sucia y ridícula, que no se iba a tomar el trabajo de continuar esa charla. ¿Estaban hablando de abrir un hotel alojamiento? Lo último que quería en la vida era estar de ese lado del mundo, ocupar ese lugar de posibilitadora de conductas que reprobaba. ¿Pero las reprobaba ella o eran las voces de las viudas conservadoras que la habían criado, que comentaban todo lo que hacía y pensaba y las escuchaba como una radio mental? No lo sabía bien y no pensaba discutirlo con ella misma tampoco, menos en esa cena desagradable, hundida en el olor de las perras de la casa y escuchando pavadas tan indignantes como que su marido, el padre de esa chica que le había

arruinado la existencia, quería abrir un motel en ese pueblo.

Bianca también se quedó callada, no se animaba a opinar sin escuchar antes el veredicto de Leticia, que era tanto más inteligente que ella. Con los años al lado de Christian había aprendido a no decir lo primero que pensaba porque siempre, sin excepción, le iba mal. Por más que, como ahora, creyese que el plan era fantástico y se alegrase porque su marido saldría del estatus de empleado para pasar a ser dueño de su propio comercio. No quería que Leticia se diera cuenta de que estaba pensando estas cosas y se levantó rápido de la mesa para evitarse alguna reacción incómoda, escondiéndose en la cocina donde se doraba una colita de cuadril adentro del horno y las perras descansaban una al lado de la otra, sobre el suelo, como en un estampado búlgaro descolorido.

Se despidieron de Christian y Bianca, en el porche de la casa, debajo de ese cielo del valle que con las décadas iría perdiendo la espectacularidad, obligado a competir con la iluminación artificial de los caminos y los pozos petroleros. Se metieron al coche, donde finalmente pudieron soltar los músculos que les sostenían las sonrisas y dedicarse a rumiar en silencio los argumentos de la discusión que estaban a punto de tener.

"¿Qué fue todo eso?".

"¿Todo eso qué?".

"Esa idea fantástica de asociarse con un tipo alcohólico y jugador para abrir un telo, querido".

"Es nuestro salvoconducto a una vida más feliz, Leticia. Deberías agradecerme".

"Tenés razón, no sé por dónde empezar a agradecerte que estés pensando en arriesgar nuestros ahorros con ese tipo para montar un negocio del que estoy ideológicamente en desacuerdo en un pueblo que detesto".

"¡Ese tipo es Christian!".

"¡No sabés la tranquilidad que me da! Un jugador alcohólico… ¿Vos me estás haciendo esto a propósito?".

"Si alguna vez dejases de creer que el mundo está en tu contra, te darías cuenta de lo que está pasando en realidad, Leticia. Es por vos que lo hago, para que podamos salir de casa, tener algo nuevo, ser otras personas y ganar guita".

"Ay, la guita…", suspiró Leticia haciendo que la palabra suene ordinaria y que Ñanco sintiese vergüenza de haberla pronunciado.

"Sí, el dinero", se corrigió. "¿No se trata de eso? Vamos a vender la casa y nos vamos a comprar una dos veces más grande en el pueblo, vamos a comprar esa chacra y vamos a tener un negocio que nos va a

permitir vivir bien. No, muy bien. Y viajar. Vamos a llegar a un lugar donde nadie nos va a conocer, es como empezar de cero. Y vos no tenés que pisar el negocio ni enterarte de nada, vos vas a ser la primera beneficiada, ¿no te das cuenta?".

Pero Leticia ya no quería seguir discutiendo porque iba a tener que admitir que la idea no le parecía tan mala y se quedó callada, mirando fijamente los bordes de las luces bajas del coche avanzando sobre el cemento de la ruta.

Los días que siguieron a esa cena fueron duras negociaciones domésticas en las que Ñanco batallaba doble, por las noches en su casa, por las tardes en el motel triste al que iba con su amante Reina. Se decía a sí mismo “soy un pelotudo” cada vez que intentaba entender cómo había logrado mantener dos relaciones demandantes en simultáneo y cómo había llegado a la delicada circunstancia de tener que argumentar por dos y ser convincente para que sus planes parecieran sensatos. De viejo siempre recordó esos días como infernales.

Mientras una le pedía continuidad, la otra le exigía metros cuadrados; cuando una protestaba por la desatención, la otra le gritaba que la dejase en paz; el tironeo era constante y se confundía cuando llegaba a la noche y se apagaban todos los ruidos del mundo, excepto los de su cabeza, porque pensaba soluciones para una pero con los problemas que le causaba la otra. Todavía no existía el estrés, las personas sufrían picos de presión y las recetas para evitar accidentes cardiovasculares o malestares estomacales eran unívocas: comer sin sal, tomar leche para la acidez, fumar menos. Ñanco cumplía con todas porque sentía que estaba a punto de sufrir algo físico, era una certeza en el costillar que le decía “te va a agarrar algo”, sobre todo por las mañanas. El problema con el que su cuerpo tenía que lidiar era, esencialmente, ese ejercicio mental y emocional que le demandaban las dos mujeres. No tenía tantas mentiras que hacer coincidir con la realidad, eso era una ventaja; pero se sentía obligado a argumentar de manera constante sobre cualquier asunto con ellas, desde lo estructural hasta lo irrelevante. Quería evitar pasar por Zully Prêt-à-Porter cada mañana, pero elegir otros caminos le significaba tener que justificarse con Reina después. Ella no le creía ni las verdades.

El hombre del sur tiene unos estándares altísimos de rendimiento humano. Tiene que ser tolerante al frío y pragmático tanto en las llanuras como en las montañas, tiene que correr rápido con su cuerpo o con su coche o con las motos; tiene que saber preparar un buen asado. Son características que debe poseer, no son consideradas virtudes. Si no cumple con estos estándares, es socialmente valorado como débil o puto. Si no andás rápido en el coche, sos puto. A Ñanco todas estas exigencias siempre le habían parecido pavadas de la zona y las pasaba por alto o se alejaba elegantemente si le tocaba participar en conversaciones de varones donde se estuviesen juzgando las aptitudes de tal o cual macho patagónico. Aunque solía mantenerse alerta por si encontraba filtraciones en las charlas para sobresalir a su manera, haciendo algún cálculo matemático rápido en el aire, citando a Perón, a Mariano Moreno o a Cervantes. Por eso su amigo era Christian, por eso todavía no había encontrado su lugar en el mundo. Sin embargo, estaba empezando a considerar que ser uno de esos superhombres del valle era lo que sus mujeres esperaban de él. No podía ser que estuviesen tan insatisfechas con la realidad, con lo que él tenía para darles. Las dos eran nacidas y criadas ahí, era probable que sus expectativas de hombre fuesen similares y que él no estuviese a la altura de las circunstancias. Suponía que si empezaba a gritar e imponerse en lugar de dialogar, iba a tener menos problemas, que iba a poder descansar de dar tantas explicaciones. ¿Tal vez ellas estaban necesitando un trato más machista? Lo iba a considerar.

Ir a trabajar eran sus vacaciones. Christian lo esperaba todas las mañanas con nuevas y delirantes ideas para conversar. De haber sido un perro, hubiese movido la cola. Cuando anunciaron en la empresa que los dos iban a dejar sus puestos de trabajo para abrir un motel sobre la ruta 6, en las oficinas hubo brindis y después se fueron varios a una confitería del centro, donde se quedaron hasta la noche fumando y charlando y agotando todos los chistes posibles sobre albergues transitorios, gente cornuda y sexo en general. También conversaron sobre cómo vivían las mujeres los planes comerciales de sus maridos, siempre tomándose en broma los escenarios hipotéticos en los que Ñanco y Christian aparecían más como regentes de

prostíbulo que como empresarios del rubro gastronómico y ellas como unas amas de casa gruñonas que los retaban y los ponían en penitencia por sus comportamientos díscolos. Ñanco sentía que iba a tener que hacer mucha fuerza para revertir esa imagen que se estaba forjando. Era una mesa de compañeros de trabajo, todos hombres de edades y circunstancias parecidas a la suya, y aún así, tener un telo para ellos no terminaba de ser algo serio. Pensaban que se trataba de un capricho, como cuando los chicos fantasean con tener un kiosco para comerse todas las golosinas.

Para comprar la chacra habían llevado toda la plata en un maletín de cuero marrón a la oficina siniestra de un tipo en el pueblo. Era una mañana opaca pero Ñanco y Christian se comportaban como si hubiese sol, estaban entusiasmados, los dos llevaban anteojos oscuros y saco con polera que los hacía verse un poco afectados. El trámite fue ágil, prolijo, se firmaron varios papeles y recibos, se sellaron unos formularios, un escribano dio fe y dándose la mano como en las películas se agradecieron y se saludaron muy masculinamente. En el coche, Ñanco manejaba y escuchaba cómo Christian deliraba un poco magnificando los planes, retroalimentando su arenga con cada frase en un monólogo que solamente se terminaría con una botella de whisky vaciada hasta noquear sus neuronas. Pero Ñanco no podía celebrar, tenía un asunto muy serio del que ocuparse y no iba a poder resolverlo si se iba a beber con su amigo, por más feliz que estuviese. Así que lo llevó hasta la puerta de su casa, lo abrazó dándole palmadas en la espalda, lo felicitó, le agradeció y se fue derecho al centro de Neuquén y estacionó a una cuadra de Zully Prêt-à-Porter.

Esperó unos minutos vigilando en la vereda de enfrente hasta que se fuera una clienta, entró con cara de problema, le dijo a Reina que necesitaban hablar, ella cerró la tienda, dio vuelta el cartelito del lado de “enseguida vuelvo” y se metieron en el mismo probador donde Leticia se había probado una vez la blusa de flores. Y ahí él le dijo, simplemente, secamente, “no podemos vernos más”. Ella se enojó, se afligió, le preguntó por qué y le juró que no le iba a pedir más atención ni que iba a volver a soñar con la exclusividad. Pero él estaba decidido. Además, viviendo en el pueblo iba a ser un romance con problemas de logística. Ella lo abrazó fuerte, él se soltó y salió del probador directo a la puerta de la tienda, giró las llaves de arriba y de abajo para irse, dándose vuelta al final para dedicarle a Reina la

mirada del adiós. Sentada en el probador con los brazos cayendo entre las piernas y el rimel corriéndose con el llanto, ella intentó por última vez: “Si vas a abrir un telo, ¿no podemos vernos ahí?”.

Pero él no la escuchó porque ya se había ido.

9
12

V

Leticia fantaseaba con que su vida en el pueblo iba a ser una rutina de sosiego y anonimato, donde sus miserias serían ignoradas y podría permitirse salir a la calle e incluso interactuar con la gente del lugar sin sentir que comentaban a sus espaldas. Hacía muchos años que ya no pensaba en mudarse a Buenos Aires ni en viajar a Europa, pero esta nueva etapa, de alguna manera, renovaba sus esperanzas. Le preocupaba que el motel acaparase la atención pero lo prefería al protagonismo triste que creía tener con su historia familiar. Pensaba en el cambio como una salvación, creía que no estar tan cerca de sus amigos y familiares en Neuquén la iba a librar del tormento y que algún día, muchos años después, volvería a visitar a esas primas chismosas con el problema resuelto y la frente en alto. Mientras tanto, esconderse en una casa linda le parecía un buen plan.

Cada mañana le daba a Ñanco una lista con necesidades: comida, cigarrillos, artículos de limpieza, utensilios. Él salía a la vereda, saludaba a las vecinas o a sus empleadas domésticas que baldeaban o a los vecinos que regaban, se subía al coche y se iba a hacer trámites, compras, a ver cómo iba la obra. Volvía a la hora del almuerzo con la mitad de las cosas que le había pedido Leticia. Comían, se peleaban,

se acostaban a dormir la siesta y cuando se despertaban él volvía a salir. En la vereda saludaba a los vecinos que pateaban pelotas con sus hijos o arreglaban sus coches. Se subía al R12 y se iba a hacer lo que le había quedado sin resolver de la mañana. Leticia miraba desde la ventana del living.

Algunas tardes, Ñanco aceptaba un mate en la vereda y ella desde adentro, con el ojo rozando la cortina apenas descorrida, murmuraba "vos no tomés mate, demagogo". Lo espiaba mientras él socializaba. Cavilaba horrores. A la noche, cuando él volvía, ella lo increpaba: "¡Qué hablás! ¡Qué les decís…! ¿Qué les tenés que andar contando de nosotros?".

"Calmate, querida. La gente acá es muy amable y yo soy muy discreto".

La primera vez que Ñanco tuvo una reunión política en el pueblo, fue en el quincho de la casa de Perfecto. Había unos treinta compañeros clavándole los cubiertos a una ternerita imposibilitada de disfrutar los piropos que se decían de ella en la mesa: "bárbara, mantequita, jugosa, se corta sola". Había algunas mujeres responsables de la administración de las ensaladas que estaban allí como acompañantes de sus maridos, no había militantes sueltas. A ninguna persona le llamó la atención que Ñanco estuviese solo, era una reunión social de alto perfil pero los maridos estaban acostumbrados a que sus mujeres hiciesen resistencia a los eventos políticos más frecuentes y prefiriesen aparecer en los casos excepcionales, como el cumpleaños real de alguien, donde habría otras esposas con las que conversar. El vino entraba en la jurisdicción de los varones.

Como si fuesen rey y reina, Vilma y Perfecto se sentaban cada uno en una cabecera de la mesa larga, rodeados de apóstoles hambrientos que discutían cada vez más fuerte a medida que avanzaba la noche. Vilma se levantaba permanentemente a buscar un vaso, un cubierto, un condimento; mientras que Perfecto lo hacía solamente para ir a atender la parrilla, que en realidad estaba siendo domada por un peón experto, quien le señalaba con el tridente de hierro los cortes que estaban a punto para llevar a sus invitados, como un Cyrano asador.

El hombre argentino socializa en la mesa, con carne, vino y pucho.

Los tres elementos operando en la panza y la cabeza, el cuerpo emanando los vapores de una combustión hedionda con cada palabra dicha. La carne, el vino y el pucho se juntan en el torrente sanguíneo y van al cerebro, desde donde salen las ideas que forjan el país. Por eso somos agresivos, irracionales y melancólicos. Aunque se corten los bocados chicos y se mastiquen con la boca cerrada, el juguito de la carne sigue siendo sangre.

En el pueblo, la gente le tenía miedo y respeto a Perfecto. La combinación de la panza y el vozarrón que le salía por detrás del bigote, lo hacían parecer un ogro dispuesto a todo. Y era tal cual. Lo que le gustaba a Ñanco de él era que entendía todos sus movimientos y comentarios, cualquier intención, desde la primera vez que lo había visto. Lo bestial lo tranquilizaba, lo hacía sentir cerebral, delicado. Para Perfecto, Ñanco era “un pensador”.

A lo largo de la mesa se fueron escuchando chistidos y los compañeros se fueron callando porque Perfecto iba a hablar, como siempre lo hacía cuando la reunión tocaba en su casa y también, con frecuencia, cuando tocaba en casa de otro. Sin levantarse de la silla y sin soltar el vaso de tinto, con la camisa cinchada haciendo ochos con los botones, amenazó con sacar a patadas a los militares como si lo estuviesen escuchando, habló de la expresión popular y de todo lo que iba a crecer el pueblo cuando recuperasen la democracia. Su público lo escuchaba reclinado en las sillas, con los estómagos llenos y los puchos humeantes, asintiendo y aplaudiendo los puntos emocionales. Perfecto acompañaba las palabras moviendo las manos, como si estuviese dirigiendo una orquesta en un allegro. El discurso completo era un grito y los matices ocurrían desde el volumen alto hacia arriba. Cualquier situación política, por el solo hecho de estar prohibida, era épica. En la bajada de esa montaña rusa discursiva, cuando su timbre de voz rayaba lo emocional, presentó a Ñanco enumerando sus virtudes y le cedió la palabra.

"Gracias, compañero Perfecto, por la introducción. Me siento muy honrado por el recibimiento cálido que me ha brindado el pueblo todo". Ñanco hablaba por primera vez en público, se sentía inspirado y confiado. Espontáneamente empezó a imitar la cadencia peronista del monólogo. "He llegado buscando sosiego y me he encontrado con el abrazo de bienvenida de los compañeros que, como en cualquier lugar al que uno vaya, le ponen acción al legado del General y se manifiestan colaboradores, emprendedores, llenos de vitalidad para volver a la actividad política en cuanto este gobierno que nos han impuesto, se termine de una vez por todas". Empezaron a escucharse los "¡bravo compañero!" y "¡viva Perón, carajo!" salpicados desde distintos puntos del salón. "Por eso", siguió ya más acongojado, "por

eso siento en mi pecho la responsabilidad de estar a disposición de este pueblo y de estos compañeros que vinieron hoy y que comparten ese mismo ferviente deseo de justicia social".

Perfecto gritó "¡grande, Ñanco!". "Por lo tanto, me comprometo aquí, delante de todos ustedes, a dar lo mejor de mí, mi tiempo, mi capacidad, mi corazón, mis manos para que este pueblo salga adelante, para que seamos mejores, para que solucionemos nuestros problemas y seamos el ejemplo de la Patagonia. Porque, compañeros, créanme, si un pueblo entero se muestra tan firme y dispuesto a mejorar como veo que este pueblo lo hace, su gente merece ser reconocida, admirada e imitada. Y yo, compañeros, quiero ser parte de ese sueño. Muchas gracias por escucharme". Lo aplaudieron, se pusieron de pie y cantaron la marcha peronista. Ñanco lagrimeó un poco porque la marcha le movía un pantano de emociones que no sabía hacia dónde dirigirlas, aunque también porque era la manera más económica de descargar algo de la tensión que venía soportando en la casa, con una mujer deprimida y una hija problema.

Esa noche llegó con olor a vino, Leticia se lo sintió desde el dormitorio. Sin embargo, estaba sobrio. "Me fue muy bien", le dijo susurrando mientras se sacaba la ropa para meterse en la cama. Ella no le respondió. "Leticia, sé que no estás dormida, por la respiración", insistió.

"¿Y qué querés que te diga?", atacó ella, también susurrando, "¿querés que te felicite?".

"Con que te alegres por mí, me conformo. Hubieses visto cómo me aplaudieron".

"Sos muy amable por compartir conmigo el éxito que tenés haciendo exactamente lo contrario a lo que planeamos", le respondió de espaldas, con la cara apoyada en la almohada.

"¿Por qué me tratás así, mi amor? No me merezco esto", le dijo él haciendo como que conversaba pero queriendo darle cincuenta puñaladas en el corazón.

"¿Y yo cómo merezco que me trates? ¿Como si fuera un accesorio más de esta casa? ¿No entendés que nos estás poniendo en el mismo lugar, exactamente el mismo lugar del que queríamos salir?".

Empezaron a levantar la voz.

“No me digas, Leticia. A ver, contame, explicame por favor qué lugar es ese, porque evidentemente soy muy tarado para darme cuenta”.

Ella se sentó en la cama, ya estaba llorando.

“Somos la comidilla del pueblo por tu culpa. Todo el mundo sabe quiénes somos y qué nos pasa, ya no puedo salir ni a la vereda por tu culpa. Igual que antes”.

“¡Vos no salís a la vereda porque estás enferma! ¡No salís a la vereda porque tu problema es la estupidez que tenés en la cabeza, pensando que todo el mundo habla de vos, que a la gente le importa quién sos, qué pensás y cómo te vestís! ¡Dejate de joder, Leticia! No sos tan especial, no sos tan importante para los demás”.

Ella abrió el cajón de la mesita de luz, sacó un atado de 43/70 y encendió un cigarrillo con la mano temblorosa.

“¿Y vos sabés lo que sos? Sos un inútil que solamente sirve para hacerse el militante. A tu hija le lavaron el cerebro, no podemos ver a nuestro nieto ¡y nunca fuiste capaz de hacer nada! Se te ocurrió la brillante idea de traerme acá, a esta trampa, me metiste en este lugar para escaparte de tus responsabilidades”.

“¿Yo te metí en una trampa? ¡Claro, Leticia! ¡No me hagas reír! ¡Vos sos la que quiso irse, vos siempre quisiste tener una casa más grande y ahora que la tenés, no sabés qué problema inventar para romperme las pelotas!”, le respondió usando el argumento más común entre los maridos.

Ella apagó el cigarrillo con violencia, sobre el cenicero sucio, y sin decir nada volvió a acostarse dándole la espalda.

Él insistió, quería seguir peleando: “¡Contestame, Leticia!”.

“Buenas noches, Ñanco”.

“Me hacés salir de noche sabiendo que Leticia me va a poner cara de culo durante una semana entera. ¡Espero que sea por una causa noble!”, le dijo Ñanco a Christian cuando pasó a buscarlo por la puerta de la casa.

“Quiero que conozcas a Elena y Boris”, se justificó Christian. “Pero más a Elena. A veces soy muy hijo de puta”.

Se rieron.

Esa noche Elena y Boris hacían de anfitriones en una cena de alto perfil: estaban los artistas, los intelectuales y los nuevos ricos del pueblo. Los chicos jugaban afuera sin campera porque no hacía frío. Algunas nenas tenían sueño y los padres les hacían camitas juntando dos sillas y las tapaban con los abrigos de otras familias, que andaban sueltos. Las nenas cerraban los ojos pero no se dormían porque se quedaban escuchando las voces de los adultos, que conversaban sobre política y fumaban. La mesa se fragmentaba mientras transcurría la noche, se iban armando y desarmando grupos temáticos, la gente circulaba reacomodándose por intereses o azar, llevando sus vasos y confundiéndolos con los de los otros, tirando las cenizas largas en los ceniceros de opalina.

La pareja anfitriona demostraba haber puesto mucho énfasis en las achuras de buena calidad y vinos caros sobre la mesa, que se iban abriendo y vaciando a un ritmo sostenido. Se esmeraban para dejar una buena impresión pero no parecían ser un equipo, se movían por separado y de manera descoordinada y esa desorganización hacía que se mirasen con odio. Ella hacía muecas desaprobatorias cuando él preguntaba si alguien quería algo más de la parrilla, él no se reía cuando ella hacía un comentario gracioso. Entre los invitados estaban los que se daban cuenta de la tensión de la pareja, los que sabían algo y hacían comentarios optimistas para minimizar la incomodidad de

esas miradas en la mesa y los que no entendían nada ni se preocupaban por entender. Esos eran los que más comían.

Para el momento del postre la pareja ya no hacía ningún tipo de contacto visual, ni siquiera para echarse rayos silenciosos de odio. Ella llevó a la mesa una bandeja con mousse de chocolate en copitas y les sirvió a todos menos a él, que justo se había levantado para ir al baño. Cuando llegó, se vio sin postre y tuvo que ir a la cocina a buscárselo él mismo. Todas estas cosas pasaban debajo del manto de la cordialidad y las charlas y las risotadas. Los que se daban cuenta, después lo comentarían con saña a terceros.

Elena era alta y de huesos grandes, morocha de piel blanca, tenía las cejas gruesas y los dientes separados como Chunchuna Villafañe, que en ese momento era un referente de belleza. El lugar de mujer de alguien le quedaba chico, ella era más que eso y más que todas las otras mujeres, tenía una personalidad como para dedicarse a la política o la televisión y eso a Ñanco le pareció enormemente atractivo porque le gustaban las mujeres con carácter. Hablaba de libros, era elegante en jeans y alternaba malas palabras con guarangadas, que los hombres le celebraban y las mujeres reprobaban aunque por dentro se morían de envidia porque ellas no se animaban a ser así.

Vivía en el pueblo desde muy chica y había sido muy popular en distintos momentos, por diferentes situaciones. En la escuela primaria fue la nena rica, una de las privilegiadas que no recibía los regalos que les mandaba Eva Perón a los escolares necesitados. Tenía muñecas, un sulky, y a la tarde escuchaba la radionovela en el living con su mamá, su papá, sus hermanas y la criada; un idilio solo amenazado por sus propios pensamientos, por los celos que la atormentaban en la escuela cuando miraba al suelo y veía los zapatos modelo Guillermina que Evita les mandaba a sus compañeras. Llegaban pares para el comienzo de clases y para las fiestas, para casi todas las nenas, pero no para ella, que tenía los suyos comprados en Buenos Aires en Gath y Chávez, que siempre brillaban porque se los lustraba la criada. Los detestaba. Se sentía afuera de esa cofradía de nenas que con cara de susto y alegría a la vez se probaban los zapatos y después los lucían en el patio de la

escuela, sintiendo que Evita las amaba. Su mamá le decía que ser rico era una bendición pero ella, sola en su cuarto, jugaba a recibir caridad y a que era tan pobre que tenía que trabajar trapeando pisos. Una vez le preguntaron qué quería ser de grande y ella respondió “pobre” y se ligó una cachetada.

En la escuela secundaria ya tenía otras aspiraciones. Había sido la reina de la primavera dos años seguidos. Sabía usar inteligentemente sus mejores atributos, que eran la belleza y las buenas notas, para negociar con sus padres diferentes beneficios como irse de vacaciones con la familia de una amiga o que le prestasen el coche para pasear un domingo a la tarde por la costa del río. Pero ninguna negociación logró que la dejasen ir a estudiar una carrera universitaria a Buenos Aires. Ella quería ser médica o abogada o cantante o las tres cosas o todas las cosas que pudiera ser en la vida y que implicaran estar sola y lejos de casa, que es lo que toda señorita de 17 años necesita para ser completamente feliz y cometer los errores que le arruinarán o le salvarán la vida.

En los años 60, en los pueblos de la Patagonia, las chicas egresadas del secundario salían con título de maestra y daban clases en escuelas primarias. Luego se casaban y tenían hijos, de ninguna manera se iban a estudiar a Buenos Aires. Así que Elena, resignada después de haber perdido la batalla, hizo eso mismo. Cuando le tocó casarse, vio una oportunidad para desquitarse con sus padres y enseñarles que ella, si quería, hacía lo que se le daba la gana. Entonces se casó con el soltero menos codiciado.

Boris era un polaco rebelde, había dejado la escuela para trabajar lo más esporádicamente que pudiese porque lo único que le importaba era tocar la guitarra, el acordeón, la flauta y el piano. Habían tenido un trío musical con Elena y un primo, que empezó cuando todavía ella estaba en la secundaria. Elena daba clases a dos primeros inferiores en diferentes turnos durante el día y ensayaba con los muchachos durante las noches. El Trío Columbia tenía cierta repercusión en la zona y cuando se presentaban en vivo, el público aplaudía con entusiasmo porque las chicas lindas que cantan bien siempre escasearon.

Una noche después de un show en el salón de actos de la municipalidad, Boris le propuso matrimonio. Adentro estaba todo el pueblo bailando y él se la llevó afuera, donde estaba oscuro, la besó y le dijo que quería casarse con ella. No tenía anillo ni había hecho ninguna ceremonia romántica, Elena debió haber sospechado que estaba tomando una decisión más por capricho que por estar enamorada, pero en ese momento le pareció que lo distinto era lo que le convenía. Sus amigas se estaban casando con hombres con título, con negocios propios o buenos empleos. Ella se iba a casar con un músico y juntos saldrían a recorrer el país, haciendo versiones de las canciones que más les gustaban hasta que lograran grabar un disco y luego serían famosos y volverían al pueblo de visita trayendo regalos exóticos a sus familiares. Entonces le dijo que sí.

Ya en los primeros meses de convivencia habían dejado de tocar juntos. Ella se embarazó rápido y cada vez fue abriendo menos el piano, abandonando las guitarras que vivían recostadas en los sillones, desafinadas. Los padres de ambos les dieron dinero para abrir un negocio porque no creían que la música fuese una profesión redituable. El otro hijo llegó en seguida y la rebeldía adolescente se transformó en una pesadilla adulta: formar una familia los condenó a llevar una vida jamás soñada, teñida de frustraciones, donde los objetivos de la pareja habían pasado a ser exclusivamente económicos y ya no más artísticos, donde la presencia de amor no compensaba la infelicidad.

El producto final, el motel, ya había sido concebido en su totalidad. Era una idea cerrada, detallada, de lo que Ñanco y Christian consideraban una combinación de lujo y discreción. Era moderno pero apostaba a una estética disco, todavía actual. En esa instancia no parecía una buena idea incorporar nuevos socios con sus voces y sus desacuerdos. Sin embargo, necesitaban una inyección de capital para poder agilizar el final de la obra y darle los toques especiales que se imaginaban: la tecnología de las luces, las videocaseteras y los aires acondicionados para todas las habitaciones. Además de un amigo muy cercano, Christian había sido el contador de Boris y Elena, manejaba los números de la tienda de ropa para bebés y sabía que sus ahorros podrían ocuparse magníficamente en los detalles pendientes del Cu-Cú. Solamente había que convencerlos de que era una buena inversión.

El inconveniente que se le estaba presentando a Christian para ser del todo creíble era el rumor del episodio en el casino de Bariloche que había llegado a oídos de Boris y Elena, como al resto del pueblo. Y si bien los tres lo habían comentado risueñamente, él temía que no estuviesen dispuestos a confiarle sus ahorros a ese proyecto que parecía avanzar por la gracia del azar y no con la planificación metódica que se esperaba de un contador. Ñanco, en cambio, se veía serio, solvente. Tenía el physique du rôl del empresario joven.

La noche de la cena en casa de Elena y Boris, Christian llevó a su socio para presentárselos. Ya les había estado hablando de él y del motel pero necesitaba que la conversación se iniciara espontáneamente e incluso que la sugerencia de la participación en el proyecto viniese de ellos. En esa cena no hablaron del tema porque había mucha gente, pero se conocieron y se gustaron, en el sentido amplio de la expresión.

A los pocos días se juntaron los cuatro a tomar café en una confitería del centro de Neuquén. Ñanco desplegó los planos de la obra que él mismo había hecho pero que estaban firmados por un arquitecto con título para poder ser aprobados por la municipalidad. Elena le encantaba. Conversaron sobre la primera etapa del proyecto: finalizar la obra, inaugurar y recuperar la inversión en el primer año y eventualmente abrir una sucursal, tal vez en Cinco Saltos, tal vez con otro nombre, otra estética pero el mismo tipo de servicio premium. A Elena le encantaba Ñanco. Después de la reunión se fueron en dos coches hasta la chacra donde se estaba reconstruyendo el chalet e hicieron una recorrida a pie, para que la pareja se imaginase cómo iba a quedar todo terminado.

Para el fin de semana siguiente, Christian y Bianca habían comprado un cordero, que se asaba clavado en la tierra, en el patio. Habían contratado un peón para que les limpiase la caca de las perras, que andaban por ahí desesperadas, oliendo la grasita que chorreaba sobre las brasas. Christian no las dejaba acercarse, las chumbaba, y Bianca se enojaba, pero no decía nada. Ñanco y Leticia llevaron una selva negra que había hecho ella para el café. Elena y Boris llevaron vino, cerveza y un lemoncello casero. Leticia insistió en cenar afuera:

“Si está lindísimo. No hace nada de frío, mirá las estrellas”, decía, porque en realidad no quería encerrarse en el comedor oloroso. Pero la mesa estaba armada adentro y Elena, que desde el primer momento que la había visto le había parecido un poco copetuda y otro poco amargada, se divirtió llevándole la contra porque sí.

“Pobre Bianca”, le respondió, “tanto que se esforzó para poner la mesa adentro, mejor no se la despreciemos”.

“Ay, Elena, qué amorosa”, acotó Bianca. Y cenaron adentro.

Fue el único momento de interacción que tuvieron las mujeres sin sus maridos.

El resto de la noche se habló del motel, de los números concretos y de las ideas fantásticas y a las dos y media de la mañana aproximadamente, algunos ya un poco ebrios, cerraron el trato de palabra: Boris y Elena tendrían una participación menor, ingresando a la sociedad con sus ahorros.

“Lo único que me gustaría proponer, si no es demasiado tarde”, pidió Elena, “es reconsiderar el nombre. Yo podría hacer una lista con opciones y las debatiríamos entre todos. Ahora mismo, si prefieren”.

Pero sí era demasiado tarde. Desde esa noche y para siempre quedaría unida a esa palabra que le parecía ridícula. La afectaba el guión de Cu-Cú, la incomodaba la sílaba tildada, lo cerca que estaba de “culo”, del pájaro cucú, de la sorna ajena. El resto de su vida iría con esa sensación a cuestas, como llevando un tatuaje con el nombre de un novio fugaz, hecho a las apuradas, del que uno se arrepiente aunque también le tiene un poco de cariño.

El viaje del pueblo a Neuquén por la ruta 6 duraba unos veinticinco minutos y estaba casi todo asfaltado. Los manchones de tierra aparecían en Fernández Oro, un pueblo que quedaba de paso, y en la entrada de Cipolletti. En ese recorrido también iba apareciendo el viento, que silbaba entre los álamos y las araucarias y a medida que se pasaba de una provincia a la otra, se ensañaba más con los coches, empujándolos de costado, bañándolos con sus remolinos de tierra, poniendo nerviosos a los conductores. Toda madre moderna del pueblo extendía su universo hacia Neuquén o Cipolletti, que eran ciudades con mayor oferta de actividades deportivas o culturales para los chicos. Acarreaban en sus coches a críos propios y ajenos para que practicasen tenis, rugby o piano al menos una vez por semana.

Elena llevaba a sus hijos a tomar clases de francés y de italiano a Neuquén, los subía al Citroën y se sentaba agraciadamente al volante con sus jeans ajustados y sus rulos de ruleros. Manejaba por la ruta con decisión, narrando en voz alta cada movimiento que iba a hacer o pensamiento que iba teniendo, como si a sus hijos chicos les importara. Pero era un entrenamiento, porque fueron creciendo e interactuando más con la mamá en su rol de chofer. "¿Voy por la Primeros Pobladores o sigo por acá? Ay, me clavé atrás de este chacarero, no llego más".

"Mamá, ¿todos los chacareros manejan mal?".

"Sí, hija. Porque aprendieron a manejar en tractor".

"¿Y vos por qué manejás bien?".

"Porque mi papá me enseñó a manejar en el camión".

"¿El camión es más importante que el tractor?".

Elena hacía tiempo en Neuquén hasta que los chicos terminaban su actividad. Deseaba que crecieran rápido para no tener que llevarlos más, para que fuesen solos en colectivo o se aburriesen y abandonasen

esas disciplinas. Mientras sus hijos estaban en clase, ella compraba cosas o visitaba amigos. Manejaba del pueblo a la ciudad siempre rápido, impaciente, atravesando la cortina del viento que le llenaba el coche de polvo. Los chicos tosían cuando agarraban caminos de tierra y no llegaban a subir los vidrios de las ventanillas mientras las piedras del ripio salían disparadas en las maniobras, rompiendo otros parabrisas o abollando otras puertas. Ella se fastidiaba con la suciedad, con el viento, con los chicos haciendo escándalo y con todas las cosas relacionadas al transporte de criaturas. Hacía unos meses que se había inaugurado el motel y la vida se le había intensificado de formas inesperadas. Desde entonces, había estado más irascible que de costumbre.

Una tarde se bajó a pagar la cuota del instituto de idiomas, los hijos estaban por salir de clase. Habría pasado alguien del pueblo por afuera, que habría reconocido el coche y tendría un resentimiento particular, porque cuando salieron los tres, ella y sus chicos, se encontraron con un mensaje escrito en la tierra que se había juntado sobre el capot. Con imprenta mayúscula y ortografía ordinaria, le habían escrito TELO PUTA REBENTADA.

¿De qué estaban hablando exactamente? ¿Qué sabían? ¿Qué reprobaban? Se angustió Elena. Borró con la mano el mensaje, desesperadamente, para que los chicos no llegaran a leerlo —tarde—, haciendo como que no se le caían las lágrimas, ignorando el impacto. Nunca admitió estar llorando las veces que lloró. Se subieron al coche. Se limpió la cara con las manos llenas de tierra, dejándose las mejillas con manchones del polvo de la infamia ajena. Le costaba arrancar. Los chicos se angustiaron porque no hay nada más desestabilizador que ver llorar a mamá. Volvieron los tres en silencio al pueblo, nadie preguntó nada.

El día de la inauguración del motel, Elena y Boris se habían sentado juntos a la mesa armada sobre caballetes en la cochera de la habitación número cuatro. Ella estaba embarazada y no lo sabía. El escándalo se desataría un mes y medio después, cuando el análisis le diera positivo y su marido, los vecinos, Ñanco y Christian supieran que ese bebé había sido concebido fuera de la estructura oficial del

matrimonio.

VI

A Ñanco le encantaba decir que si la criatura le nacía tarada, tenían la suerte de vivir frente a la escuela diferenciada. Incluso algunas veces decía “Ojalá que nazca tonta, así sólo tenemos que cruzar la calle para llevarla a la escuela” y todos se reían de la ocurrencia porque a nadie le parecía posible que ese ejemplar precioso de mujer que era mi mamá pudiese parir un bebé anormal. Sin embargo, nací negra, peluda, con subluxación de cadera y una oreja mocha y Ñanco dejó de hacer chistes. Tenía una desproporción entre los labios y las orejas y el resto de la cara que, al parecer, daba miedo. La Maque, que era la criada de Elena desde que había sido chiquita y que la había ayudado a criar a sus polaquitos, estuvo con ella durante el parto, sosteniéndole la mano. Cuando salió a darle la noticia a la familia, dijo “La nena es deforme. Dios los castigó”.

Con el tiempo, el problema de la cadera se solucionó con un aparato ortopédico, el pelo de todo el cuerpo se fue cayendo —gracias, Naturaleza— y la piel se me fue aclarando, para la tranquilidad de los familiares que durante mis primeros meses de vida temieron que hubiese un tercer involucrado en mi concepción.

La casa de Uspallata 647 había sido acondicionada para mí y mis

medio hermanos preadolescentes que se mudaron con nosotros. Tenía nuevas habitaciones, más televisores, empapelados infantiles y juveniles y un agujero en el patio trasero para construir una pileta que nunca se concretó y que terminó siendo nuestro cementerio privado de mascotas.

A Elena no le parecía bien que Ñanco no tuviese relación con su primera hija, así que poco después de que Leticia se fuera de la casa y se instalase ella en su lugar, se subieron los dos al coche y se fueron juntos hasta el barrio pobre a buscar a la chica y darle la noticia de que iba a tener un hermano o hermana. Ella los recibió contenta en la mugre de la casita y tomaron mate dulce, que es el mate que toman los pobres para tener menos hambre.

Ñanco había cambiado el Renault 12 Rural por una coupé Torino anaranjada y los chicos de la cuadra se juntaban alrededor del coche para mirar los interiores de cuero, el velocímetro y apostar cuán rápido podía ir en realidad. Elena se bajó con una torta galesa apoyada en la panza. La había preparado esa mañana, sabiendo que las reconciliaciones familiares se lubrican con un horneado casero y que, si iba a empezar una relación con una hija nueva, mejor dejar en claro desde el día uno que ella prefería pasar directo a la confianza evitándose la parte de entrar en calor.

Según lo aprendido a lo largo de su vida, la familia se basaba en las relaciones incondicionales entre sus miembros, que era justamente lo que Ñanco necesitaba para sentirse del todo arraigado a un grupo humano. Y después estaban los detalles: las comidas que se preparaban unos a otros, la circulación de fuentes y tuppers, el traspaso de ropa de los chicos más grandes a los chicos más chicos, las visitas al cementerio.

También era su primer día como abuela, pero todavía no lograba tener la sensación. “No me siento abuela”, le dijo a Ñanco cuando volvían a casa y él le respondió una guarangada que los hizo reírse hasta que se bajaron del coche.

El día que nací, Boris vino al hospital a conocerme. Bianca y Christian lo abrazaron en la entrada de la habitación donde Elena y Ñanco acurrucaban a su tullidita. Los últimos meses de su vida habían sido infernales, pero él no estaba dispuesto a enfrentar lo que le pasaba de una forma ordinaria. Mucho menos de la manera en que los parientes y amigos del pueblo pretendían. Se esperaba de él que hiciese escándalos, que reclamase por vías legales o desde el comportamiento masculino más elemental, que su honor le fuese devuelto. Pero él no llevaba esas conductas ni esas necesidades adentro, por más insistentes que se pusieran sus allegados.

"A ver cómo es la famosa Florencia…", dijo entrando despacito.

"Peluda", le dijo Elena.

"Chueca", agregó Ñanco.

Desde chica me enseñaron que Boris era mi tío. Pasamos navidades, cumpleaños y años nuevos juntos. Bailábamos en los casamientos de otros familiares, nos visitábamos algunos domingos. Estaba indiscutidamente incluido. Después de todo, mi mamá y él tenían hijos y negocios en común.

A Leticia, en cambio, la conocí recién a los catorce años, en un velorio en el pueblo. Me la presentaron con solemnidad porque yo era la encarnación del momento más traumático de su vida y algunos de los que estaban ahí, que habían sido testigos del ataque de histeria en el que rompió los vidrios de la casa y se clavó una llave de puerta puntiaguda en el brazo cuando Ñanco le dijo que iba a tener un hijo con Elena, se inquietaban con nuestro encuentro, que la podía "desestabilizar".

Se había mudado a Buenos Aires y, convertida definitivamente en vieja, trabajaba en una tienda de electrodomésticos y se daba algunos gustitos con el dinero que Ñanco nunca había dejado de mandarle. No

sé si estaba blanqueada esa fuga de capitales en el ámbito familiar.

Le llevó años reconciliarse con su hija. Lograron las dos volver a relacionarse utilizando la técnica de los silencios, evitando los temas ásperos, construyendo un nuevo tipo de confianza sobre los tabúes de su pasado común.

Ñanco se le puso en frente y sosteniéndome de la nuca con la mano nerviosa, le dijo “Esta es Florencia”. No hacía falta que me dijesen quién era ella.

“Así que vos sos Florencia”, fue su único saludo, agarrándome de la perita con falso interés.

Le sonreí intentando conectar, pero ella no hizo caso y se fue directo a la puerta, desde donde entraba la luz mortecina del invierno.

Desde el cuarto de Ñanco y Elena venían conversaciones dramáticas, medio murmuradas para no despertarme, que me despertaron. Todavía era de noche y en los dormitorios se respiraba el calor enfermo de las estufas al máximo. Ñanco se estaba poniendo su ropa de esquiar: las botas, las medias térmicas, un gorro de gamuza forrado con piel por el lado de adentro, guantes de cuero y un enterito color azul con rayas laterales más oscuras que había usado dos veces en el Cerro Chapelco y ya no le cerraba. El resultado era un escándalo. Desde el pasillo, en patas, yo miraba y me reía pero ellos estaban muy serios y me mandaron de vuelta a la cama.

"¿Cuánto falta para ir al jardín?", pregunté antes de que me echaran de nuevo.

"Hoy no vas al jardín, no hay clases por la nieve", respondió Elena.

Habían llamado desde el motel avisando, en el habitual tono apocalíptico que usaban las mucamas para dar malas noticias, que durante la noche habían llegado dos parejas, con esa nieve, y que ahora no estaban pudiendo salir. Ñanco respondió "voy para allá", dormido, sin contemplar la posibilidad de que él tampoco podría entrar. La nieve, cayendo constante en una tormenta feroz que se había desatado durante la noche, había tapado las puertas de las cocheras del hotel, la barrera y el camino de ingreso y el de salida; el frío de la tierra había congelado las cañerías y no había agua caliente. Adentro, sólo con un teléfono y el escueto menú de tostados, té o café, gaseosas y miniaturas alcohólicas, estaban la mucama de turno, el sereno y las parejas, encerradas en sus habitaciones, elaborando excusas fantásticas que tendrían que sonar creíbles en sus casas. En la siete estaban la seño Luisa, que era mi maestra de jardín, con Víctor, su amante, que era el dueño de la librería comercial del pueblo. En la doce estaba Raúl, uno de los dueños de la constructora ABC, con

Andreíta, una amiga de su hija de dieciocho años.

Esta era la clase de información confidencial que manejaban Ñanco y sus mucamas sobre una deconstrucción de coches, conductores, tonos de voz al teléfono y los rumores de la zona que usaban a su favor para trazar el mapa de los romances. El éxito del Cu-Cú a través del tiempo se dio gracias a una combinación de una buena y velada ubicación, sobre la ruta pero lejos de las miradas, y de la discreción del personal, que muy excepcionalmente tenía contacto visual con los clientes. Pasado el furor de la primera época, el telo de papá se convirtió en un clásico. Cuando cumplió veinte años, la revista especializada en turismo Rutas Argentinas le dedicó tres páginas con una nota que Ñanco enmarcó y colgó en la recepción, cuyos adorables título y bajada eran "El aniversario de los amantes. El Cu-Cú, sobre la Ruta 6 en Río Negro, cumple 20 años de fiel servicio para los que buscan tranquilidad y discreción. 'Ayudamos a poblar la Patagonia', asegura su dueño".

Durante las horas de relación sexual y posterior siesta de las dos parejas que estaban en el motel, la nieve había caído como pocas veces se había visto en el valle. Ellos adentro, encapsulados en sus infidelidades, no se enteraron. Alrededor del cartel iluminado de la banquina, se iba formado una montaña de nieve. En el camino zigzagueante de álamos que llevaba a la barrera, la vegetación había quedado tapada. Los copos brillaban en la oscuridad cuando tocaban las luces exteriores y caían con el viento todos juntos formando un entramado apretado y constante.

El primero en volverse loco y montar una escenita había sido el empresario, que consideraba que su moderno vehículo iba a ser capaz de sacarlo del motel. Por teléfono, la mucama intentaba persuadirlo para que esperase unas horas, al menos a que parara de nevar. Pero él se creía omnipotente y pidió la cuenta. A través del molinete, la mucama le entregó la factura insistiendo, siempre con respeto. El empresario agarró iracundo el papel y se lo dio a Andreíta, que sin mirarlo lo guardó en su cartera y le alcanzó la billetera. Entre las estrategias de preservación de la doble vida de sus clientes, Ñanco había solicitado que el nombre del motel en los recibos de la tarjeta de

crédito figurase como “Gomería El Pinchazo”. De no haberse quedado atrapado con su amante por culpa de la nieve, episodio que desataría un escándalo en la zona y el consecuente divorcio de su mujer, a Raúl le hubiese encantado la gracia.

En la siete el clima era más sufrido. Luisa lloraba por no poder volver a su casa, a cuidar a sus hijos y Víctor la consolaba mientras se preocupaba muchísimo por la continuidad de su familia. Ella era viuda y tenía dos varones que estaban en la escuela primaria; él tenía mujer y una hija un año mayor que yo, que iba al mismo jardín de infantes. Hacía un año que se veían en el Cu-Cú y estaban enamorados.

Pasó un rato entre el llamado de la mucama y el momento en el que Ñanco se despertó del todo y entendió que no iba a poder llegar al motel mientras la nieve siguiese cayendo y acumulándose. Entonces le devolvió el llamado y pidió hablar con los clientes que habían quedado varados, quería conversar con los hombres y dejarlos tranquilos, explicándoles que los iba a ayudar a salir cuanto antes.

En la recepción, la mucama y el sereno escucharon por la radio que la ruta 6 iba a estar cortada todo el día por la nieve y que los distintos municipios estaban tomando medidas para restablecer la circulación de los vehículos. Como habían entrado a los perros por la noche, adentro había un olor fuerte a zoológico. La mucama preparó dos mates, uno dulce y uno amargo, y salió por los pasillos a invitar a la recepción a los clientes, respondiendo a la consigna que Ñanco le había dado por teléfono: “Suéltelos, hija”.

En sendas habitaciones, las dos parejas se sentaban en la cama mirando a la nada y se querían morir. De la misma manera, pasmados, todos en el pueblo estaban esperando algo, inmóviles e inútiles: los que necesitaban salir esperaban a que la nieve parase un poco y que la municipalidad limpiase los caminos; los obreros de la municipalidad tampoco podían irse de sus casas y los que habían hecho guardia esperaban a que las autoridades les dieran la orden para empezar a hacer su trabajo. Los peones de las chacras se quedaban con sus hijos

en sus casas, mirando por la ventana, imaginándose el momento en el que saldrían afuera a hacer muñecos y guerras de nieve. En mi cama, yo esperaba a que empezara la programación en la tele. En el comedor, Ñanco esperaba mientras Elena le hacía un café con leche. El día no arrancaba.

A las diez no había cambiado casi nada. La mucama empezó a llamar a Ñanco cada hora, para pasarse mutuamente un reporte de lo que estaba viviendo cada uno desde su encierro, contándose detalles innecesarios para justificar la comunicación.

“La señorita Luisa se fue a dormir un ratito y el señor Víctor quisiera poder mirar alguna película que no sea condicionada, don Ñanco, pero ya le dije que no tenemos”, contaba la mucama. “¿Ya les ofreció un tostado?”, controlaba mi papá.

En la municipalidad no contestaba nadie. En el noticiero de Buenos Aires, que se repetía en diferido, decían que los accesos al valle habían quedado tapados por la nieve y que se complicaba el envío de ayuda desde otras provincias. Entonces toda la gente que pensaba que estaba viviendo una nevada brava y nada más, se preocupó porque en Buenos Aires usaban el término “estado de emergencia”. Necesitábamos que los del noticiero nos dijeran cuán grave era nuestro problema.

Recién el lunes siguiente volvimos a tener clases. El diario todavía hablaba de la nevada y de las consecuencias, los enfermos que no habían podido ser atendidos a tiempo, las familias que se habían quedado sin comida y los viejitos que se habían muerto de frío. La seño pegó en la pared los dibujos que habíamos hecho durante los días de encierro, con temática nieve, helada, esquí, trineo y algún descolocado Papá Noel.

Esa semana a la hija de Víctor la cambiaron de escuela.

Las dos salitas íbamos de excursión a la casa de la seño Luisa, algunos nos moríamos de ansiedad por olerle la ropa del placard, tocarle las cosas, tomar la leche en sus tazas. Ya habíamos ido a la casa de la seño Stella Maris y había sido espeluznante: vivía con su madre, que era una vieja peluda con pantuflas frente a la tele, que necesitaba ayuda para ir al baño, tal y como habíamos atestiguado los casi cuarenta niños que estábamos sentaditos en el suelo del living, viendo cómo la vieja chillaba, gritándole a su hija que se apure, que se meaba encima, sin poder levantarse de la silla de playa que usaba como sillón. Pero nada horrible podía pasar en la casa de la seño Luisa. De hecho, para reforzar la sensación de control, estábamos viajando en un vehículo de la policía, una versión del transporte escolar en el que trasladaban a los chicos de las escuelas pobres pero con ventanitas enrejadas, asientos rígidos y una oscuridad profunda que la seño Luisa usó creativamente para contarnos historias de animales, ayudándose con una linterna para hacer sombras chinas. El camioncito era conducido por Marcelino, el hermano menor de la seño, que era policía y había conseguido que le dieran permiso para usar el vehículo en nuestra excursión.

La casa estaba encajada entre dos terrenos baldíos que Luisa y sus dos hijos habían convertido en huerta y plazoleta. Trabajaban ahí unas horas por día sacando yuyos y abonando la tierra, regando y fabricando juegos con gomas viejas de camión y autopartes, que los chicos adornaban con pintura de colores. Era el paraíso. Adentro, las ventanas de la casa estaban cubiertas por cortinitas de hilo tejidas a crochet, había duendes de arcilla escondidos entre los libros como si fuesen duendes de verdad. Y había olor a pan casero: los hijos de la seño Luisa sabían encender el horno y poner los bollos que ella les había dejado leudando antes de ir a la escuela, para que cuando

llegásemos las visitas, el pan estuviese recién hecho. Nunca antes había visto a una madre tenerle tanta confianza a sus hijos. Quería ser parte de ese idilio, quería casarme con alguno de los nenes. En la calidez de ese hogar, no había ningún indicio de una relación extramatrimonial con el dueño de la librería.

Mientras recorríamos la huerta y aprendíamos a reconocer las hojas de los diferentes tubérculos, Marcelino se fumaba un pucho debajo de un sauce, esperando para llevarnos de vuelta, en típica actitud de chofer. Una vez había estado en un episodio policíaco sobre la ruta, involucrado en la detención de unos ladrones que escapaban con un televisor y unas alhajas hacia Fernández Oro, y había salido en la foto del diario junto a otros policías mientras ordenaban el botín sobre la banquina, para su taxonomía de rutina. Era el único que aparecía en la foto sin la gorra reglamentaria y por eso lo habían retado y había corrido el riesgo de ser castigado, así que ahora nunca se la sacaba. Ni siquiera para fumarse un pucho debajo del sauce en el terreno baldío convertido en huerta al lado de la casa de su hermana.

Lo que le salía de la boca con el humo era tristeza. Estaba recién separado tras haber protagonizado un episodio en el motel que había cobrado estatus noticioso en el pueblo, como el de la seño Luisa, y ya se hablaba de la "condición" de esos hermanos que, al parecer, "no pegaban una" con su vida amorosa, haciendo sufrir la exposición social del caso a "esos pobres chicos", que venían a ser los hijos de la seño. A Marcelino le habían dicho que su mujer andaba con un gasista pero él no lo creía, desmentía los rumores diciendo que ella no era capaz de serle infiel y se hacía un poco el misterioso. Sus compañeros de la seccional se burlaban de él a sus espaldas.

La tarde en que se desató el episodio, Marcelino estaba llenando unos formularios a máquina y lo llamaron a atender el teléfono con una urgencia. Una voz anónima le dijo que su mujer estaba en ese momento con el gasista en el Cu-Cú y lo increpó: "Si sos hombre, andá a sacarla de ahí y limpiá tu nombre, Marcelino", y colgó. Lleno de ira por la infamia pero también lleno del temor de que eso estuviese ocurriendo de verdad, salió corriendo a corroborar, dejando los formularios inconclusos, el cigarrillo encendido en el cenicero, el

corrector de tinta destapado sobre el escritorio, secándose. Se subió a su Fiat Spazio y, conduciendo de manera imprudente, llegó a la entrada del motel donde se detuvo a pensar unos minutos. El corazón se le salía por la garganta: si ella estaba engañándolo con el gasista en ese momento, ¿tendría que matarla? La idea de limpiar su nombre lo confundía, no sabía si tenía que hacerlo o no, no estaba seguro de saber cómo limpiarlo. Esa voz al teléfono iba a atormentarlo para siempre. Ñanco no conocía a Marcelino, lo vio por primera vez parado detrás de la barrera, transpirado, con la puerta abierta del coche que estaba encendido detrás de él, acompañándolo, como si vehículo y chofer estuviesen en marcha sincronizadamente, exhalando ira por el caño de escape. Había hecho escándalo tocando la bocina, enojándose con la mucama que lo había atendido en el teléfono de la barrera y no lo dejaba entrar.

“Mi mujer está acá con el gasista”, le dijo preguntando pero afirmando a la vez.

“No lo creo, querido. Pero me voy a fijar”, le respondió Ñanco, entrenado en frenar cornudos.

Entró a la recepción y Estrella le confirmó “Están en la seis”. Procedimiento de rutina. Fue hasta la habitación y les golpeó la puerta; a través de la abertura del molinete, les dijo que estaba Marcelino afuera, y se ofreció a esconderlos en el lavadero. Adentro, los amantes habían revuelto las sábanas, toda su ropa andaba por el suelo, la música sonaba fuerte. Marcelino había dejado su coche detrás de la barrera y había entrado a espiar las cocheras, a ver si reconocía el vehículo del gasista. Esperaba encontrar un coche sucio con alguna pista de la presencia de su mujer. Veía borroso por los nervios.

En la cochera de la seis, un Renault 4 rojo, con los asientos heridos por la brutalidad de una gran caja de lata con herramientas, fue la prueba. Un calor endiablado le subió por el esófago y fue expulsado por la pierna derecha, que de una patada en la puerta del conductor dejó una abolladura, todo acompañado con el nombre de su mujer gritado desde las entrañas para que lo escuchase Dios. Del lado de adentro, Ñanco manoteaba unos toallones de los estantes del pasillo para cubrir a los infieles, que estaban desnudos. Los empujó al

lavadero, donde se escondieron a oscuras entre ropa de cama para planchar, con olor a suavizante. Volvió corriendo a la seis y levantó las prendas sin mirar, borrando la evidencia mientras Marcelino gritaba y golpeaba la puerta de la habitación del lado de afuera.

Ñanco le abrió y lo dejó pasar: “Mirá, hijo. No está, ¿ves? Tranquilo, querido. ¿Un whiskycito?”.

Marcelino hizo un reconocimiento desesperado de la habitación, mirando confundido por no poder corroborar. Esperaba ver a su mujer engañándolo, pero la habitación estaba vacía. Revolvió las sábanas, pateó las frazadas que estaban tiradas en el suelo y se dejó caer en la cama, llorando. Sin decir una palabra, se estiró para levantar la prueba más contundente del engaño: una pierna ortopédica de mujer olvidada en el desorden, todavía con el zapato de taco puesto.

Con los ojos mojados, se puso la prótesis debajo del brazo, que sería la manera cariñosa que tendría de cargarla en la intimidad de su casa para alcanzársela a su esposa, una renga infiel, y salió a llorar afuera. Mientras tanto, en el lavadero, los amantes transpiraban por el calor de la máquina secadora que estaba encendida y ella se tocaba con susto el muñón.

Alrededor de la parrilla, mi mamá había colgado lucecitas de colores y bolas navideñas de plástico abrillantado, grandes y espejadas, que multiplicaban los rayos intermitentes de la iluminación disfrazando el quincho de set de tele. Debajo de cada bola había una botita de cartulina con el nombre de una persona y dentro de las botas, acertijos. Cada invitado adulto a la cena de nochebuena tenía que resolver la adivinanza de su bota para que Elena le diese su regalo. Eran acertijos complejos, picantes, algunos sacados de la mitología griega o de El hombre que calculaba. En las botas de los niños había pistas como en un tesoro escondido y teníamos que buscar nuestros regalos por toda la casa.

La hilera de luces, bolas y botas recorría todas las paredes del quincho, enganchándose en el revestimiento de madera, interrumpida solamente por el pino decorado con guirnaldas, coronado con la foto de un Senador Nacional que quería ser gobernador y que venía a la casa de Uspallata a pasar la navidad con la familia. “Es irónico”, me instruyó Elena sobre el sentido del adorno mientras la ayudaba a decorar el árbol.

El otro elemento decorativo destacado en el montaje era una hoja de resma que Ñanco había hecho enmarcar y que aparecía iluminada desde arriba por una dicroica direccionada, como si fuese un cuadro de museo. Allí yo había escrito mis primeras palabras con marcador verde, copiando lo que veía desde la ventana de la casa, que estaba pintado en el paredón de la escuela de enfrente: VIVA PERÓN VIVA EVA. Lo leía, lo entendía, lo escribía y además me hacían cantar la marcha. Era una militante en la salita de cuatro.

La gracia de los adultos era dictarme fórmulas electorales imposibles y nombres que yo escribía dando vuelta las letras, un poco por zurda y otro poco por chiquita. “Mirá qué chistoso cómo escribió

FREGULI", se reían de mi confusión g-j.

Para entonces, la conformación familiar se había complejizado en niveles, éramos un clan enredado que volvía locos a los amigos y vecinos, que confundían primos con sobrinos y tíos con hermanos mayores. Yo iba al jardín y era la tía de los hijos de mi hermana paterna. No había maestra jardinera, exceptuando a la seño Luisa, que pudiese entender eso. El mundo se emperraba en decirles primos a mis sobrinos.

Esa noche de navidad había cuarenta y una botitas, con acertijos que no se repetían, con regalos comprados a conciencia para cada invitado. Boris había venido con su nueva mujer, una dramaturga española que me decía "hija", le decía "tío" a Ñanco y "tía" a Elena y generaba un desconcierto masivo cada vez que se dirigía a nosotros. Tenía sus propios hijos —imagino que también sus propios tíos—, que estaban invitados, junto con la abuela, una señora elegante que conectaba desde las vicisitudes inmigratorias con mi abuela. Los chicos eran tres adolescentes encantadores que visitaban a mis hermanos con frecuencia y todos juntos salían a bailar y contaban anécdotas en la mesa de cuando iban presos por no llevar encima el documento.

Elena trabajó un mes completo en la organización de esa noche, aplacando los nervios con atados de 43/70 que fumaba 24/7, dejando colillas marcadas con rouge en todos los ceniceros del universo. No estaba organizando solamente una cena familiar sino, tal vez, un evento que celebraba la consagración de su proyecto personal, donde estarían presentes y evaluando todos o casi todos los actores que habían intervenido en la historia, en diferentes momentos. Su madre, sus hijos, sus hermanas y sus parejas, sus sobrinos, su ex, su actual, la mujer de su ex, la abuela de la mujer de su ex, un Senador Nacional y su esposa y los hijos de ese matrimonio; la hija de su actual con el marido y sus hijos y yo, que tenía cuatro años y mis primeras palabras escritas habían sido VIVA PERÓN VIVA EVA. Esa Navidad fue la síntesis de un momento familiar que no se repetiría, articulábamos bonanza con lucidez y expectativas.

En la víspera de la nochebuena, Elena caminaba por el centro de

Neuquén, comprando los regalos para los invitados, apurando el paso con sus chatitas de suela, cuando se resbaló y cayó de rodillas en la vereda. Las bolsas, su cartera, esos zapatitos endebles, todo voló y quedó desparramado a su alrededor escandalosamente, mientras unos señores que pasaban la ayudaron a levantarse. Uno de ellos le alcanzó las chatitas, retándola: “Ay, las mujeres modernas que andan con este calzado… ¡Se le podrían haber partido todos los dientes!”.

Las personas que habían visto la caída le acercaban las cosas que iban rescatando del suelo, algunos regalos se habían roto. Se le había rasgado el jean a la altura de la rodilla, gravemente, y la rótula le sangraba por el agujero. Le dolía menos el golpe que el orgullo. Una vez juntadas todas sus cositas, cuando las personas que le pasaban por al lado ya no eran las que la habían visto caer sino un público nuevo e ignorante que no percibía el halo de angustia que la rodeaba, se prendió un pucho deshecha en nervios y se largó a llorar.

VII

El 17 de noviembre de 1988 fuimos todos al aeródromo del pueblo a recibir a Carlos Menem, que venía desde La Rioja piloteando su propia avioneta. Ñanco se jactaba de haber coincidido con él en un centro de detención durante la dictadura, donde los dos habían estado presos por peronistas. La historia había sido escuchada por tantos compañeros en el quincho de casa que la visita en el pueblo se vivía más como una corroboración que como un hecho político. ¿Lo reconocería Menem? ¿Se saludarían? Al menos esa es la sensación que me quedó. Su pre-candidatura se perfilaba unificadora en un momento de fragmentación del partido, como si con esas patillas y esas consonantes pisadas, el movimiento más grande y desprestigiado del país, al que pertenecíamos, tuviese una chance de recuperar el camino y el poder. Sus herramientas de seducción eran novedosas: cuero, pelo, motores. Era un dandy enano.

Yo me peleaba todos los días con mis compañeritos de grado cuyos padres militaban en la UCR. Eran peleas estéticas en las que nos echábamos en cara las diferencias obvias que nos enfrentaban: para empezar, su unidad básica se llamaba comité. Las palabras y los nombres de la UCR sonaban elegantes mientras que el universo PJ era popular, olía a choripán, éramos rústicos. Incluso con una mirada superficial quedaba claro quién estaba de cada lado en el salón de clase: ¿cartuchera de tres pisos? UCR. ¿Goma de borrar en vez de borratinta? PJ. ¿Guardapolvo abrochado atrás? UCR. ¿Pehuamar en vez de Kellog's? PJ. ¿Mejor en matemática que en lengua? UCR. Era

una taxonomía fácil y muy efectiva, con bajo margen de error. Creía que los glamorosos eran radicales y los populares éramos peronistas pero entraba en profundas contradicciones porque yo calificaba glamorosa en algunos ítems que me servían para conectar con los de la UCR, cuando dejábamos la política de lado y pasábamos a jugar a algo. La llegada de Menem en su avioneta les daba una vuelta de sofisticación a mis argumentos, les tapaba la boca a los radicales porque hacía evidente que se podía ser peroncho y canchero a la vez y nos ayudaba a presumir con el futuro, porque íbamos a recuperar el poder, organizados, modernizados, de la mano de ese líder que bajaba del cielo.

La visita iba a ser una demostración de fuerza para los hombres con más alto perfil político en el PJ local, que tendrían la oportunidad de presentarse ante el candidato y posicionarse para las elecciones internas. Para mí también era una demostración de fuerza, necesitaba que una figura nacional le diera la mano en público a mi papá y lo legitimase de una buena vez; había mucha gente que todavía lo acusaba de dueño de telo, de peronista populista, de judío. ¿Por qué era tan malo eso para ellos? Cada vez que le llegaba un comentario de esos, Ñanco decía “Qué lástima que además no soy negro”.

Menem aterrizó con precisión su avioneta plateada y cuando se asomó por la puertita, la gente que estaba a los costados de la pista lo aplaudió fervorosamente. Me habían dado un ramo de flores y la instrucción de acercarme a dárselas a nuestro visitante junto con la frase “Bienvenido, compañero”. Menem descendió por la escalera saludando con la mano hacia los costados y al tocar el suelo recibió las flores, se las dio a uno de sus colaboradores y me alzó con cariño para decirme “Gracias, compañerita” y yo sentí que había cumplido con mi misión mientras los dos sonreíamos para las cámaras que nos registrarían para salir al día siguiente en la tapa del diario Río Negro.

Una vez depositada yo en el suelo, se acercó a Ñanco y lo saludó con abrazo con palmadas. La emoción que sintió él en ese momento fue proporcional al desencanto que tendría años después, durante la gestión de su ex compañero de cárcel convertido en presidente. Tan desilusionado y ofendido estaba, que habiendo cumplido sus cuatro

años como secretario de Obras Públicas en la municipalidad, abandonó la política para siempre. Incluso una vez me pidió perdón por haberme mandado a recibir con flores a ese tipo.

"Ñanco, querido. Tanto tiempo", le dijo Menem.

"Compañero Carlos, bienvenido al pueblo", le respondió mi papá.

Durante años en la unidad básica se comentó ese reencuentro, se convirtió en leyenda y se versionó locamente. Llegaron a decir que Menem era mi padrino, que Ñanco una vez le había salvado la vida a Menem, que Menem le había prestado plata a Ñanco para abrir el motel, etcétera.

En su agenda del día, el precandidato tenía dos ítems. El primero era dar un discurso en el centro del pueblo, en un mangrullo de madera que los muchachos peronistas habían armado sobre la Avenida Libertad, donde lo esperaban unos cientos de personas. Se cantó la marcha dos veces, porque venía repetida en la cinta que estaba amplificada en los altoparlantes y nadie puso stop a tiempo. De alguna manera, alguien me subió al escenario, probablemente uno de mis padres, y estuve pegada a Menem mientras hablaba —también salí en la foto interna que acompañaba la nota en el diario— y en algunos momentos le toqué el pantalón, atraída por cuero marrón que le hacía juego con la chaqueta. Nunca había visto a nadie con pantalones de cuero. Gritaba fuerte y seguro decía lo que querían escuchar quienes estaban abajo porque aplaudían y tocaban el bombo.

La otra actividad para ese día era asistir a una comida que se hacía en el restorán de Ruben —se pronunciaba así, acentuando la u y no la e, como en cualquier Rubén—, la fonda del pueblo donde las papas fritas eran bastones blandos gruesos irregulares aceitosos. Ruben tenía pocos dientes, probablemente dos, y su restorán se usaba con frecuencia para las peñas del partido. Había estado esperando la visita de Menem con entusiasmo y eso podía notarse en los detalles: el piso estaba limpio, había juntado todas las mesas para hacer una larga U y había manteles. Todo lo que estaba pasando ese día en el pueblo era una versión mejorada de nuestra cotidianidad: éramos los mismos de siempre, mejor vestidos, en los mismos lugares de siempre, mejor decorados.

Menem se había sentado en la base de la U, justo en el centro. Le habían puesto la silla nueva, que no crujía. A sus flancos, devotos, estaban Perfecto y Vilma y junto a Perfecto, Ñanco, después Elena y al lado, yo. Menem no comía. ¿Pensaría que el bife podía estar envenenado? “A ver, compañero”, le dijo Vilma cortándole la carne en el plato, como si fuese su hijo, y se metió un bocado. “Un poco frío, pero se deja comer”, le mostró ella y él se animó.

Mientras transcurría el almuerzo en el restorán de Ruben, el gobernador radical de la provincia y un funcionario de Vialidad Nacional inauguraban un nuevo tramo de la Ruta 22, una desviación que tocaba al pueblo desde su otro margen, pensada para absorber el tránsito pesado y dejar la 6, que era la que entraba al pueblo, para el tránsito liviano.

La 6 siempre fue una ruta habitada, con un tránsito denso en el asfalto y en la banquina, por donde circulaban bicicletas, peatones y tractores. En las estaciones de calor, parecía una avenida llena de chicos de las chacras yendo al colegio o rateándose para ir a bañarse en las acequias; había prostitutas desde que se ponía el sol y hasta que volvía a salir, tenía su propia vida social ocurriendo en unas condiciones adversas, pero ocurriendo al fin. En ese ecosistema, los camiones eran monstruos asesinos que rozaban a estos grupos vulnerables y terminaban matando, cada tanto, a alguno de sus individuos. Además de la descompresión del tránsito pesado, se esperaba que este nuevo tramo bajara la tasa de muertes por accidentes.

Lo que nadie imaginó era que ese camino nuevo iba a estar siempre mantenido, iluminado, señalizado y que se convertiría en la vía favorita de todos, pesados y livianos, para moverse entre los pueblos y las ciudades del valle. No estaba en los planes que la 22 drenase a la 6, que se quedase con sus coches, sus motos, sus camiones, sus colectivos, que fuese la ruta rápida, la buena, la nueva. La 6 se fue apagando, quedando de espaldas a un nuevo progreso, que pasaba ahora por otro lado.

Sobre la 22 empezaron a abrir nuevos hoteles alojamiento con jacuzzi, habitaciones temáticas y, según se comentaba, books con chicas, mientras la 6 se llenaba de pozos que no se arreglaban, de

cadáveres de perros que nadie juntaba. En algún momento alguien empezó a decirle “la ruta vieja”, decretando su muerte. Pudo haber influido el presupuesto que le asignaba Vialidad Nacional a la 22, tanto más sustancioso y constante que el provincial que se le asignaba a la 6. Pero todos creían que el cambio de paradigma en el uso de los caminos era cultural, una moda.

Las semanas posteriores a la visita de Menem, me divertí mucho preguntándoles a los radicales, siempre con tonito pedante, “¿Tienen gente que sepa manejar un avión ustedes?”. Equivalente a jactarse por tener un padre policía. Después vino el menemismo.

En los 90, el motel de mi papá quedó estancado en el pasado y atado a una ubicación social y geográfica de otra década, saqueada por la ruta nueva donde gordos de traje y corbata que no eran de la zona empezaban a disfrutar de las mamadas express de travestis, un nuevo concepto en prostitución. Los chacareros, que en otro tiempo iban a festejar el éxito de la cosecha al Cu-Cú, ya no salían de sus chacras. Los infieles del pueblo estaban desmotivados. Y nuestra prosperidad se secaba como las uvas del parral de las cocheras del motel, que caían y se acumulaban pegoteando el piso.

Durante las campañas, hacíamos recorridas por los barrios, entrando a todas las casas. No hacía falta tocar la puerta porque los vecinos nos esperaban afuera, con preguntas, pedidos o un mate en la mano. Yo me quedaba en silencio, escuchando, pero si había niños en la casa, mi tarea era conectar con ellos. No era algo que se me había encomendado explícitamente sino un movimiento táctico que se esperaba que hiciera. El mensaje a transmitir era: "Si los niños pudiésemos votar, votaríamos a Menem".

Los barrios eran pobres y los chicos olían a humo porque muchos se calentaban a leña adentro de los ranchos, no tenían juguetes de juguetería sino, en el mejor de los casos, unos cochecitos fabricados por el padre carpintero o herrero. Las nenas podían tener muñecas heredadas de las hijas de las patronas de sus mamás, con los pelos apelotonados y ojos que ya no se abrían, desnudas, sucias. Elena me ayudaba a jugar con esas nenas porque ella había sido yo, pero queriendo a veces ser ellas. Llevábamos libros para pintar y marcadores que les dejábamos, que eran los libros y los marcadores más ordinarios de la librería comercial de Víctor, pero los que yo más quería tener. Llegábamos a la casa y mi mamá sacaba de su cartera el librito y los marcadores y nos sentábamos con la nena de turno, las tres, a pintar y después nos quedábamos solas la nena y yo. Eran todos chicos que hablaban muy poco, había que sacarles información con tirabuzón y en general pintaban por afuera de los márgenes del dibujo, desconociendo las reglas.

Yo amaba recorrer los barrios porque me sentía una embajadora del PJ, una misionera. Esos nenes no sabían nada del motel ni tenían herramientas para juzgarme, no me cargaban aunque muchas veces tampoco hacían nada más que quedarse atónitos, como si fuésemos fantasmas o extraterrestres. Nos pasaba de todo como en una comedia:

nos mordían perros vagabundos y salíamos corriendo al hospital a ponernos inyecciones, íbamos a casas donde se escuchaba cumbia a todo volumen y bailábamos en el living; entrábamos al rancho de un tipo y nos dábamos cuenta de que su televisor, su videocasetera y su ropa eran de Christian, que había sufrido un robo en su casa la semana anterior, etcétera.

Un domingo entramos a una casita de material que olía a frito y de adentro de la cocina salió una señora gorda en ojotas, cargando una fuente con tortas fritas acompañadas de un halo de moscas alegres, que bailaban alrededor de esa comida que los humanos les estaban compartiendo tan generosamente. "¿Quiere una torta frita, don Ñanco?", le ofreció la señora. Y Ñanco, que era delicado del hígado y vivía a inyecciones de Sertal, no podía negarse porque tenía que saltar la brecha sociocultural para poder hablar con la señora y conseguir su voto y el de todos los miembros empadronados de la familia. Entonces investigó con su mejor cara de hambre la bandeja, buscando la torta frita más chica entre sus pares, todos bastones brillantes y granulosos recién sacados de la olla de grasa de chancho hirviendo. Encontró una puntita dorada que picó con delicadeza, deslizándola desde arriba, creyendo que era la más chica y la menos grasosa. Pero con el movimiento fue dándose cuenta de que estaba sacando de la bandeja la torta frita más grande y mejor oculta del mundo. Era del tamaño del brazo de un bebé de tres meses. "¡Compañero, se eligió la más grande!", le dijo la señora contenta. Ñanco y Elena eran buenos cómplices en esos momentos, y ella lo ayudó a terminar de comer el bodoque.

Después de haber caminado todo el día, volvíamos a la unidad básica con los talones cansados y Elena se sacaba las botas delante de todos sin vergüenza de mostrar sus pies grandes con las uñas pintadas. Ella podía estar en patas y ser la más elegante. Contábamos las aventuras del día mientras masticábamos unas empanadas hediondas, junto a familias de compañeros con sus hijos, que también iban a los barrios. Los chicos podíamos narrar o ir a jugar afuera hasta que los padres terminasen su reunión. Salíamos a dar la vuelta a la manzana con afiches del partido y un balde con engrudo, para pegar en los

pilares de gas de las casas o en los postes de luz de las veredas. Jugábamos a ser peronistas en campaña, imitando a nuestros padres después de haberlos observado durante todo el día.

Lo que ocurría en la casa de Uspallata era una dinámica constante de trabajo en equipo, que estaba dirigida por Ñanco desde el discurso, pero en la práctica era ejecutada por Elena. A esa dinámica, mi papá la llamaba "familia" y pertenecer implicaba regirse por posturas maniqueas respecto de todas las cosas que se evaluaban en el seno de ese equipo: estabas adentro o afuera, estabas de acuerdo en todo o eras el enemigo. Probablemente esa rigidez fuera un vicio heredado del peronismo más ortodoxo. Aunque él se mostrase permeable, flexible para escuchar otras voces y otras versiones, era nada más que una pose, la discusión se terminaba con una de esas síntesis absolutas que dejaban cualquier camino alternativo sin efecto. Los demás podían argumentar por horas, proponer posturas transversales apoyadas en buenas bases teóricas que él escucharía sin problemas, para concluir con una de sus frases del tipo "Todo lo que vos decís tiene sentido, pero si no lo hacemos como yo digo no vamos a llegar a ningún lado". ¿Por qué no se podía llegar a algún lado haciendo las cosas de otro modo? Porque "este país es así", porque "a los chicos hay que educarlos así", porque "así es como son las cosas". Obstinado pero efectivo: al cerrar el debate, se quedaba con la última palabra y al terminar cuando él quería, todas las veces que él quería, su oponente perdía fuerzas y Ñanco ganaba por cansancio.

Durante mi infancia, él tenía razón en todo; en la adolescencia, no entendía nada pero era el que proveía, y quien provee, manda; en la adultez ya me había agotado de esos caminos que terminaban en paredones infranqueables, así que abandonaba las discusiones con un desapasionado "vos siempre tenés razón". De esta manera, toda la vida se hizo lo que él quiso, como él lo quiso. Mientras estuviese rodeado de soldados dóciles, la cosa funcionaba con fluidez. El problema era Elena, una auténtica "yegua con montura ladeada",

como él le decía, medio en chiste, medio en serio. A medida que Ñanco se iba involucrando más en la actividad política y tenía mayores responsabilidades, iba necesitando más de ella y de su capacidad operativa en todos los ámbitos. Eso le hacía ceder un poco el poder. Mi mamá era la única que se le plantaba, incluso en público, y le discutía conceptos y planes, como una fiera. Él sentía que si alguien se le oponía, en realidad estaba desafiándole su autoridad, entonces se aferraba aun más a la idea y los demás éramos cómplices de uno u otro porque no había espacio para la neutralidad. Cada vez que ellos discutían, teníamos que discutir todos.

La sobrexigencia de la actividad familiar tensó la cuerda, había mucho que hacer entre la política, el motel, la escuela, la casa. Para esa época, incorporamos una nueva manera de comunicarnos internamente en el terreno de la hostilidad, nombrando a la tercera persona por su título familiar respecto del interlocutor del momento: "tu madre dice tal cosa", la acusaba Ñanco conmigo; "tu padre hace tal otra", me decía Elena. A mí me tocaba decir "tu marido" o "tu mujer", pero me incomodaba, lo había intentado algunas veces pero sonaba muy artificial. Yo era muy chica. Esa incapacidad para ubicarme simétricamente en las discusiones, me llevó a una posición desventajosa y poco a poco me convertí en comodín de sus peleas. Como era funcional a todos los escenarios, ellos necesitaban que yo participase, así que me contaban sus problemas de pareja o los vaivenes económicos de la familia con una franqueza que asustaría a cualquier adulto.

La mesa de algarrobo en el quincho de la casa estaba cubierta por el mantel que Elena había destinado a los asados del partido, que era uno de batalla que se podía manchar, a diferencia de los manteles buenos, que si se ensuciaban con vino tinto nos amargábamos. Había veces en los que se hacían asados durante dos noches seguidas, entonces la Maque tenía la orden de sacudir el mantel en el patio y volver a ponerlo en la mesa, así de sucio y engrasado como estaba. Esto no era un descuido sino un mensaje que mi madre creía estar enviándole a Ñanco, pero que él no decodificaba. El mensaje decía "estoy harta de tener la casa siempre llena de gente y del olor a asado,

me da igual que coman sobre el mantel sucio". Lo mismo que decírselo a la pared, no tenía llegada alguna en ese registro, sin embargo seguía haciéndolo y enojándose cada vez más por lo inefectivo de la estrategia.

Nos acostábamos tarde todos los días porque la política ocurre de noche, que es el momento caliente, donde se logran las alianzas más codiciadas. Los chicos, los hijos de todos, nos quedábamos jugando a la escondida afuera, si no hacía demasiado frío, o adentro, porque la casa prestaba un campo de juego aprovechable. Esa noche había varios chicos y estaban las hijas de Perfecto, que unos días antes había sido elegido intendente y había convocado a Ñanco para el cargo de secretario de Obras Públicas. Yo tenía un escondite infalible, que era la ducha del baño que estaba más cerca del quincho. Era chiquita y estaba medio oculta detrás de una puerta y había que ser habitué de la casa para conocer ese rincón. El juego de la escondida de las nenas es silencioso e histeriquito, se cuchichea demasiado hasta llegar a verdaderos picos de desesperación cuando se va a cantar piedra libre, por la falta de agilidad general para el pique corto. Tenía tanta ventaja jugando de local, que me relajé detrás de la cortina de hule de la ducha, pensando otras cosas, mirando los azulejos; afuera, en el quincho, los grandes creían solucionar los problemas del mundo medio borrachos. Cuando se abrió la puerta del baño, retomé el estado de alerta y dejé de respirar. Encendieron la luz. Era Perfecto. Le vi la sombra gorda, la papada, escuché cómo se bajaba el cierre, escuché cómo hacía pis tarareando un "to ro to tó" que era más la celebración por ser intendente que el aterrizaje de una canción en el inconsciente durante la actividad mingitoria. Era larguísimo su pis, eterno. Chorreaba y chorreaba como las Cataratas del Iguazú, me acordé de cuando fuimos a la Garganta del Diablo y me pusieron un pilotito amarillo pero igual me empapé. Seguía haciendo pis, "to ro to tó". Pensé en los locos que hacen apnea y se sumergen verticalmente aguantando la respiración para demostrar que dominan su propia desesperación, me imaginé haciéndolo y me desesperé. Una señora en Australia se había muerto porque había subido muy rápido y le había explotado el corazón, habían dicho en la tele. Yo no podía respirar, si

soltaba el aire Perfecto me iba a escuchar. Seguía meando “to ro to tó”.

Me quedé inmóvil hasta que se subió el cierre del pantalón, y sin lavarse las manos ni tirar la cadena, salió del baño. Yo quería salir y gritarle al mundo mi anécdota pero también quería quedarme en la ducha para siempre, donde nadie me encontrase, donde las discusiones políticas del quincho llegaban opacadas como cantos de ballenas. Entre salir y correr hasta tocar la piedra libre y quedarme y no tener que decir nada ingenioso, preferí quedarme. Los minutos se convirtieron en horas y ningún nene se preocupó por mi ausencia. Me fui quedando dormida, recostadita en la ducha hasta la madrugada.

Ñanco y Elena me encontraron cuando se fueron los invitados. Se gritaban entre ellos reprochándose el descuido de no haber sabido en toda la noche dónde estaba yo, aunque el subtexto de la pelea era la falla, cada vez más evidente, de un proyecto que unos años antes les había parecido una aventura. Yo me había escondido y no había reaccionado a los llamados, un poco por dormida y otro poco porque me daba una fiaca tremenda escuchar las peleas. Estaban muy concentrados en condenarse mutuamente.

El plan familiar empezó a estropearse en distintas partes, las soluciones a corto plazo intentaban aliviar el dolor pero no lograban sacar el tumor, que se iba haciendo cada vez más grande e irremediable.

Cuando la clase media tiene problemas económicos, deja de salir a comer afuera. A mí no me parecía tan grave, pero a ellos los frustraba. También dejamos de irnos de vacaciones y la Maque dejó de vivir con nosotros para venir a limpiar solamente tres veces por semana. Detrás de cada medida de ajuste había un maratón de peleas que yo tenía que presenciar como presidenta del jurado y los pasos a seguir se evaluaban de acuerdo con lo que me perjudicaba menos. Si bien no tenía permitido opinar en esas discusiones ni decidir nada, estaba obligada a conocer todos los detalles, el recorrido del dinero, quién gastaba más y en qué, quién se sacrificaba más y por qué. Esa información anulaba cualquier caprichito, no se me ocurría pedir que me comprasen algo porque ya conocía la respuesta y todos los

argumentos.

Estábamos mal y su manera de hacer algo al respecto era discutir a gritos. ¿Y yo qué hacía para ayudarnos a salir de la situación? Me pasaba los recreos pensando en formas de pagar las deudas, aunque cuando las planteaba mis ideas no eran siquiera escuchadas.

Dos noches consecutivas antes de la asunción de las nuevas autoridades, la señora Gloria había dado sus clases de ceremonial y protocolo básico en el quincho de la casa de Uspallata. Tan básico era que incluía consejos que las madres de los miembros del gabinete deberían haberles dado a sus hijos mientras los criaban, como no hablar con la boca llena o no gesticular con el cuchillo. La mayoría de los titulares de las secretarías se habían formado política y socialmente en asados, donde el que más gesticula con el cuchillo es el que más miedo da y el que mastica y habla a la vez es el que más convicciones tiene para expresar; tantas, que se traga los bocados de carne casi enteros. La señora Gloria también era profesora de tai chi y esperanto, disciplinas que no terminaban de convocar un alumnado constante en el pueblo. Esta era la primera vez que instruía a un grupo numeroso y verdaderamente necesitado de sus conocimientos.

El cursillo se resolvía en dos etapas: la primera clase fue teórica, para que entendiesen el contexto y la amplificación que iban a tener sus modales en toda la ceremonia, incluyendo la cena; y la segunda clase fue el ensayo de las juras y las conductas correctas al momento de sentarse en la mesa.

Había hombres rústicos y algunos hombres más instruidos, entre los que estaba Ñanco, a quien todos consideraban el fino del gabinete. Cuando a alguien se le escapó en plena clase de la señora Gloria que internamente se lo llamaba así, Ñanco pidió que se aclarara si “fino” también quería decir “puto” o solamente se referían a sus modales y a su forma más elegante de vestir. Todos se rieron pero también se vieron obligados a esclarecer, por las dudas.

El 12 de julio de 1989, asumió como secretario de Obras Públicas de la municipalidad, vestido con un traje gris y corbata rosada, para alimentar intencionalmente el delirio de la platea, que comentaba sin

discreción tanto los atuendos como los acomodos políticos. El escenario del salón de actos de la municipalidad había sido decorado con banderas argentinas pinzadas como guirnaldas al telón, que caían suavemente. La luz de la mañana entraba por los ventanales y dejaba ver la pintura descascarada de las aberturas y los dinteles. La polvareda que levantaban los listones medio podridos de la pinotea con los tacos de las señoras, chocaba con los rayos de sol que entraban y sus partículas brillaban entre nosotros como hechizo de hada madrina. El deterioro de los salones antiguos puede ser encantador si se dan las condiciones. Me sentía agradecida de ver ese lugar, que habitualmente estaba sucio y deslucía, ese día tan prolijo y elegante; no quería que nada defraudase a mi papá, el funcionario, ni a los testigos de la asunción, entre los que se encontraban varios chicos radicales que iban a mi escuela.

Elena tenía un trajecito verde musgo con una camisa blanca bordada que asomaba entre las solapas con un tipo de elegancia barroca. Los labios cortaban el clasicismo con un bordó punk y las mujeres de los otros funcionarios le preguntaban cómo hacía para construir ese estilo tan personal, mientras ella repartía frases inteligentes para todos los flancos. ¿Era este el mejor día de mi vida?

Yo estaba tan ilusionada con la ceremonia y el nuevo rol de Ñanco en el pueblo, que estuve toda la mañana con dolor de panza, tragando saliva amarga, mirando cómo la tierra se juntaba entre las costuras de mis Cavattini de charol. Me era imposible socializar con niños o adultos, estaba trabada, muda, sentía un tipo de felicidad paralizante. El tono de las conversaciones era festivo, no hacía falta entender el contenido para darse cuenta de que estaban contentos. Sin embargo, había muchos que se mostraban nerviosos. Hablaban sobre un tipo y decían que era un boludo y yo pensaba en Marcelino, el hermano de la seño Luisa, del que todos decían lo mismo y como tenía el labio inferior grande, como hinchado, yo creía que ser boludo era eso. No como una condición física sino como una parte del cuerpo revelando un detalle de la personalidad, como los que son inteligentes y tienen la frente grande o los que no son de fiar, que sin excepción tienen las orejas chiquitas. Ñanco tenía la frente enorme y las orejas enormes,

como yo, y su labio inferior era bien fino. Me calmé: no era él de quien estaban hablando. Cuando le pregunté a Elena por qué había discusiones y nervios en ese día de fiesta, me dijo “Porque los políticos nunca se conforman con lo que logran. Andá a darle un beso a tu padre y decile que estás orgullosa, que se va a poner contento” y salí corriendo, obediente.

Además de ser la mujer del intendente, Vilma era la presidenta de la Comisión Municipal de Asuntos Culturales, cuyo presupuesto anual estaba casi completamente dedicado a la organización de la Fiesta Nacional de la Pera, con la excepción de ciertos talleres de danzas folklóricas, a los que asistían jóvenes de bajos recursos que abandonaban por dificultades personales o aburrimiento. La Fiesta Nacional de la Pera era un evento que celebraba el final de la cosecha y servía al gobierno de turno para demostrar su poder de convocatoria a la oposición. Históricamente la gente del pueblo había expresado su apoyo o su disconformidad sobre los temas públicos del momento asistiendo o no a la Fiesta, y tanto se especulaba con la cantidad de personas que iría cada año, que algunos incluso apostaban dinero. Fue una especie de kermés-referéndum, hasta el período Vilma. Ella era una fiera de los eventos y en pocos años había logrado modificar en el pueblo ese hábito de vivir la Fiesta como un hecho político para convertirla en un mega festival que nadie quería perderse, estuviese de acuerdo o no con el gobierno de turno. Su trabajo fue tan efectivo que perduró en el cargo dos gestiones más, con otros intendentes que no eran su marido, siendo este mismo logro profesional el causal de su divorcio.

Durante dos años seguidos fue número principal y presidente del jurado para la elección de la reina el cantante Sergio Denis. Estuvo tres días en el pueblo cada vez, que fueron los únicos días en la historia donde se vio a las señoras salir maquilladas de sus casas, por si se lo cruzaban haciendo compras o paseando. Ir a hacer los mandados era una aventura, como ir a bailar, estaban todas excitadas. Elena se burlaba de las viejas que tenían en la mesita del televisor un portarretratos con su foto abrazadas a él, un trofeo de farándula que cotizó el primer año pero que ya estaba quemado para el segundo.

Cuando Sergio subía al escenario para colocarle la banda de reina a la ganadora, las mujeres del público gritaban. Ruth, la hija mayor de Vilma y Perfecto, vio la primera elección de la reina desde la platea y se preparó durante un año para poder vivirla desde el escenario en la siguiente edición. Tenía la edad, la actitud y los contactos. Era popular por ser pelirroja, pero de cara era feísima. Se depilaba las cejas hasta dejarse hilitos rojos y se pintaba las pestañas con rimel azul porque creía que le resaltaba los ojos ínfimos de pupilas anaranjadas. Su cara era un Pollock de pecas.

Cada postulante a reina representaba a su localidad, todos pueblos del valle productores de pera, en general parajes humildes que se esforzaban tremendamente por pertenecer a cierta elite agropecuaria. En el caso de esta fruta, existía una alta sociedad de chacareros chic del pueblo pero puesta a competir con la manzana, que es más popular en todos los ámbitos, quedaba siempre en un segundo puesto. La pera tenía menos volumen de exportación, menos productos derivados para colocar la producción de baja calidad y una fiesta más humilde.

La manzana, en cambio, tenía una fiesta casi tan suntuosa como la de la vendimia en Mendoza. La prosperidad de sus productores, las variedades cultivadas en la zona que eran célebres en el mundo, las recetas más exóticas y las más difundidas, todo ocurría en la pujante localidad de General Roca. Una ciudad prolija, con canales de riego en las calles, arbolada. Qué envidia. Esa diferencia fue el estigma del que el pueblo intentó despegarse históricamente y lo que Vilma tomó como desafío personal al momento de asumir la presidencia de la Comisión Municipal de Asuntos Culturales.

Su primera Fiesta fue olvidable: tres días de kermés y feria, números musicales locales y una pobre elección de la reina con jurados de la zona. La gente del pueblo no tenía mayores expectativas, se conformaban con que cada edición fuese al menos igual que la anterior. Pero para Vilma la experiencia fue diferente, algo pasó dentro suyo entre el primero y el último día de la Fiesta. Empezó a habitarla una revelación cada vez más clara, que se le iba manifestando en los detalles de la organización y la decoración: los

elementos eran los correctos pero no ocurría lo que se suponía debía ocurrir en un festival popular. Los músicos llenaban la pista pero los bailarines nunca perdían el control, los juegos de la kermés eran entretenidos pero no tan atractivos como para convocar multitudes; los stands de la feria, todos repitiendo las mismas limitadas utilizaciones de la pera, eran islas de un solo habitante, donde una señorita supuestamente linda ofrecía sin ganas una probadita de sus productos a la gente que pasaba. El último día Vilma tuvo la palabra "mediocre" molestándola como una mosca en la oreja y sin darse cuenta, entre las órdenes que les daba a sus colaboradores y los nervios por los desperfectos técnicos que demoraban las presentaciones de unos grupos folklóricos, se tomó una botella entera de licor de pera. Su marido repasaba el discurso que le tocaba decir para cerrar el evento, donde se esperaba que se jactase de esta magnífica edición de la Fiesta e invitase a todos a bailar con la música de Los Sureñitos, que esperarían detrás escuchando al intendente con cara de aburridos y sus instrumentos colgando. Pero cuando estaba por subir al escenario, ella lo detuvo y le dijo algo que él no entendió por el ruido fuerte y porque se desconcentró al olerle el aliento a alcohol. Perfecto la corrió hacia un costado de la escalera tomándola por los brazos, para abrirse paso y Vilma le tironeó del saco, fue un breve forcejeo de movimientos indecisos hasta que subieron juntos al escenario. La música se hizo silencio cuando él agarró el micrófono y la centena de personas que lo miraba desde abajo se quedó callada. Empezó su discurso con mucha seguridad, eran las mismas palabras de siempre. Vilma estaba de pie a su lado con las piernas medio abiertas para evitar el balanceo, mostrando las canillas flacas que le asomaban por debajo de la falda tipo Chanel. A medida que él enfatizaba las sílabas finales, ella lo acompañaba cerrando el puño derecho con el mismo movimiento que hacen los tenistas cuando festejan un punto y cuando iba terminando para "dejarlos en compañía del ritmo contagioso de Los Sureñitos", que avanzaban despabilándose hacia el frente del escenario, Vilma le arrebató el micrófono y levantando la mano pidió la palabra: "Esta no es la mejor Fiesta de la Pera que vi en mi vida, ni la mejor que vieron ustedes en su vida, porque la del año

que viene los va a dejar es-tu-pe-fac-tos", empezó arrastrando las consonantes. "Yo sé que ustedes después van a la Fiesta de la Manzana y se divierten más y ¿saben qué? ¡Está bien! Aunque todos hagamos el esfuerzo, la manzana sigue siendo la manzana pero ¿saben qué? ¡La pera también sigue siendo la pera!". Separando todavía más las piernas para darse un apoyo firme, se brindó completa a la audiencia: "Una hermosa fruta, deliciosa, que decora la entrada de nuestro pueblo y nos llena de orgullo. La pera no tiene nada que envidiarle a la manzana, puede hacer todo lo que la manzana hace. ¿Quién dijo que no podemos tener una fiesta grande como ellos? ¿Quién dijo que no podemos exportar tanto como ellos? ¿Y quién dijo que no se puede hacer strudel de pera?". Desde abajo, la gente gritaba envalentonada, ovacionándola con el corazón lleno de sensación de pertenencia.

La plana organizativa de la Fiesta tenía decidido llevar a Ruth como representante del pueblo, mientras que los del Rotary Club, un grupo con poder de veto en cuestiones sociales, querían imponer a una Estefanía flacucha que cursaba quinto año en la misma escuela secundaria que las hijas del intendente. Las dos rivales se echaban fuego por los ojos en los recreos, mientras sus padres y allegados adultos magnificaban la competencia convirtiéndola en escándalo. El pueblo se había dividido en bandos a favor de una u otra y el foco del enfrentamiento estaba puesto en el desprestigio de las candidatas: ¿cuál era más atorranta? ¿Cuál tenía los peores trastornos de alimentación por intentar bajar de peso? ¿Qué estaban dispuestas a hacer para lograr el puesto de representante del pueblo y, con "dispuesta" nos referimos a ya sabés qué? Uno de los rumores que había prendido más en todos los ámbitos era el que hacía referencia a Estefanía y su encuentro no tan secreto en el Cu-Cú con Perfecto, donde se habrían reunido para que ella pudiese disuadirlo de presentar a su hija en el concurso. La farmacéutica quiso corroborar el dato una mañana mientras mi mamá y yo comprábamos antiácidos para Ñanco. Deslizó la pregunta en el medio de la conversación, articulando "Sergio Denis", "las chicas", "el intendente" y "será cierto" en una misma frase, sin imaginarse que desataría la ira de Elena, que nunca toleró a los chismosos.

"Sos una desubicada", le dijo con los ojos furiosos y cerró la conversación con un drástico "Metete el antiácido en el culo".

En el barrio pobrísimo que daba al río habían elegido espontáneamente a una petisa de pelo lacio de india hasta debajo de la cola que, a pesar de ya tener un chico, tenía buen cuerpo y era gauchita. Era una celebridad híper local, manicura y depiladora, adorada por las comadres y deseada por los peones, alguna vez

violada entre los yuyos rociados de basura de los vecinos. En ese episodio había perdido un dedo de la mano derecha. Y aunque en pocos meses se acostumbró a la sensación del muñoncito, la falta de uña y la asimetría que le había quedado en el horizonte de la mano le causaban pena. Una vez cicatrizada había vuelto a trabajar —siempre pensando devotamente en su hijito— pero le entraba una angustia en el pecho cuando empezaba a limar las uñas de sus clientas, que ahora la miraban a los ojos para no tener que verle la mano incompleta. Entonces decidió dejar de hacer la manicura y se dedicó exclusivamente a la depilación con cera.

Como contracara del Rotary Club, los pobres se estaban convirtiendo en una fuerza social que Vilma no podía darse el lujo de subestimar: eran muchos, sumaban votos, eran las cabezas que contaban los huelguistas para imponer su reclamo y, sobre todo, eran los que hacían bulto en la Fiesta.

Vilma se enfrentaba a la disyuntiva profesional —lo decía con esas palabras en la mesa chica— de ubicar a su hija, a la candidata de un sector al que le debía favores políticos o a la representante de los pobres, con todo lo que eso le resolvería en acciones futuras. En una reunión organizada para dialogar con los tres sectores interesados en colocar a su candidata, la votación a mano alzada se inclinó a favor de la manicura-depiladora. “Así es la democracia”, dijo Vilma cuando el recuento de manos le dio el resultado menos esperado y fue esa misma la frase con la que consoló más tarde a su hija Ruth, que lloraba histérica por haber quedado afuera del concurso de la Reina de la Pera, que tanta ilusión le hacía.

Las chicas estaban hermosamente vestidas esa noche, luciendo sus bandas satinadas con los nombres de las localidades representadas, que caían con gracia sobre los vestidos confeccionados especialmente por sus madres o sus tías. Llevaban el pelo en altos batidos pasados de moda y circulaban gatunamente por la pasarela, con una suavidad aprendida, con la intención de verse atractivas sin llegar a ser chabacanas. Cuando el locutor anunciaba una localidad, el nombre de su representante y las características sobresalientes que la definían —edad, estudios, aspiraciones en la vida, disciplinas deportivas practicadas—, la mencionada salía de la fila donde estaba posando alineada junto a sus compañeras, con la cadera semiquebrada y un bracito en jarra, y vivía sus segundos de exposición individual. Recorría el escenario para que se la viese desde todos los ángulos, posaba de uno y otro perfil frente al jurado, daba una vueltita cruzando los tacos y volvía al anonimato de la fila.

Se esperaba de ellas que respondiesen con simpatía a los gritos de apoyo de sus familiares y amigos que estaban en la multitud: debían tirar un beso o taparse los cachetes con las manos como si les diese vergüenza. Una vez que todas eran presentadas, salían juntas muy ordenadas a dar la vuelta por el escenario, caminando a dos pasos de distancia una de la otra, saludando con la mano derecha al pueblo que las aplaudía. En el saludo bamboleaban la muñeca dejando la mano suelta como si no alcanzase a cuajar con el resto del brazo. La única que saludaba con la mano izquierda, por más que le habían insistido que no lo hiciese así durante los ensayos, era la representante del pueblo: no quería levantar ni agitar su desperfecto.

La eligieron reina sin haber notado que le faltaba un dedo. Ella se había encargado de ocultarlo durante todas las instancias del concurso porque temía que le jugase en contra. El único que le vio la mano, sin

querer, clavando los ojos en el dedo ausente, fue Sergio Denis cuando subió a coronarla. Ella bajó la guardia cuando la anunciaron reina y se llevó las dos manos a los ojos y saludó con la izquierda y con la derecha y lo besó a Sergio cuando apareció con la tiara de brillantes falsos. Él notó el agujero y ella notó lo que él notó y, aunque se derretía de la vergüenza, con una sonrisa pícara le guiñó el ojo.

VIII

La Petisa era la segunda mucama en rango después de Estrella, no porque hubiese un escalafón sino porque era brava, a pesar de no alcanzar el metro cincuenta. Había llegado desde Chile con su marido y sus cinco hijos buscando atención médica y educación gratuita y tenía claro que, cuando los chicos terminasen la universidad, levantaría todo y a todos y volverían a su país.

Amaba a Ñanco incondicionalmente. Cuando él le hablaba, ella repetía la última frase como si quisiera guardársela de recuerdo. "Preste atención con las sábanas, Petisa, que no podemos darnos el lujo de estar con los juegos justos", le llamaba la atención mi papá. "Los juegos justos", murmuraba ella con los ojos nublados de amor servil.

Nunca quiso tener la ciudadanía argentina para no sentir que traicionaba a su patria y, aunque Ñanco le insistiera con la explicación sobre la diferencia entre un trámite burocrático y el amor a su tierra, ella cerraba el tema con lacónicos "Yo nací chilena y me voy a morir chilena".

Su rol era funcional al orden y la conducta de sus compañeros pero también de los clientes, mientras que Estrella trabajaba de coordinadora y custodia de la limpieza y la eficiencia. Si no hubiese sido porque, cada tanto, las tenían que separar cuando se agarraban de las mechas en la recepción del motel, hubiesen formado una dupla imbatible. Las dos eran moralistas de la misma manera, católicas fanáticas a contrapelo de su actividad laboral. Inventaban unas reglas

que acomodaban a su realidad para no perderse el cielo del todo y coincidían en los juicios de valor que emitían en la recepción sobre los clientes, mientras escuchaban los jadeos de las habitaciones cercanas y se hinchaban la panza con mate y bizcochitos de grasa. Para ellas, fornicar no estaba mal. El asunto era con quién: la relación extramatrimonial no era un pecado si lo que sentían los infieles era amor, porque el amor y la pobreza justificaban cualquier acto. Por eso Estrella, que le había confesado a la Petisa su pasado en la prostitución, estaba absuelta. La suya había sido una fornicación sin amor, una fornicación laboral. Era peor tener hambre.

Hacían causa común con las chicas que trabajaban en la ruta porque las conocían y sabían que todas eran humildes y necesitadas. Con esas chicas había un trato especial, más permisivo que con otros clientes. A muchas se les abría la puerta del pasillo y se las invitaba a tomar mate a la recepción, se les hacía algo de comer o se las dejaba quedarse durmiendo en la habitación que habían ocupado si no había nuevos clientes esperando lugar.

La Petisa estaba tan ajada que parecía la abuela de su hijo entre todas las madres, que estaban en mejor estado. Se comparaba ella cuando las veía llevar a sus criaturas de la manito a la puerta del jardín de infantes de la parroquia. Había elegido mandar al más chico ahí porque consideraba que la educación religiosa era más efectiva. Sus hijos mayores, dos en la primaria y dos en la secundaria, habían ido a una escuela de curas en Chile y la gente la felicitaba diciéndole que eran unos ángeles.

El programa educativo de la parroquia contemplaba desde jardín de infantes hasta séptimo grado y se esperaba que los chicos saliesen bien formaditos en valores para enfrentar la secundaria sin desalinearse. La Petisa llevaba cada mañana a Benicio con ilusión y cansancio físico, porque venía mal dormida para enfrentar doce horas de trabajo en el motel o porque acababa de salir del turno nocturno y había pedaleado la bicicleta hasta su casa para subir a la criatura en el caño y pedalear varios kilómetros más para depositarla en el jardín.

Las clases media y media alta del pueblo mandaban a sus chicos a la escuela laica del centro, mientras que las periféricas tenían asistencia

casi exclusiva de chicos de clases media baja y baja. La escuela de la parroquia estaba a medio camino, sobre el centro, rozando un barrio de casas humildes. El obispo se jactaba de tener en sus aulas tanto alumnos ricos, cuyos padres formaban la cooperadora y las comisiones que tomaban las decisiones estructurales del establecimiento, como alumnos pobres.

Era la que tenía mejor presupuesto, estaba siempre bien pintada y calefaccionada y era la única en la que se desayunaba o merendaba. En las reuniones de la cooperativa se discutía si todos los chicos tenían que tomar el refrigerio o solamente los necesitados y, desde el momento en el que se aprobó la segunda alternativa para que la escuela pudiese ahorrarse un dinero extra, pegaron en el patio unas listas con los nombres de los alumnos pobres, que eran los que tenían permiso para salir en un horario determinado y comerse un pan con manteca en la cocina. En esa lista, desde luego, estaba Benicio, el hijo de la Petisa.

Cuando no coincidían los horarios de sus chicos más grandes o de su marido, que vivía de hacer changas de albañilería, para que cuidasen a Benicio, la Petisa se lo llevaba al motel. El nene se quedaba sentadito durante horas en una banqueta, haciendo dibujos o sacándose los mocos mientras su mamá limpiaba las habitaciones y les llevaba medidas de whisky a los clientes. Ñanco la retaba porque decía que le podían hacer juicio si se enteraban de que había un menor ahí, Christian la amenazaba con echarla y ella se largaba a llorar en frente de su hijo, que también lloraba. Alguna vez lo escondió durante todo un turno en el lavadero para que no la descubriesen y le alcanzaba comida y Coca-Cola como a un preso. O al menos es lo que me contaba Ñanco para asustarme si yo le insistía con que me llevase al motel con él, algún día que no se le antojaba: “Te voy a encerrar como la Petisa lo encierra a Benicio. Agarrate una revista y una linterna, que te vas a pasar todo el día en el lavadero y no hay buena luz para leer ahí”, me amenazaba.

El primer día de primer grado, la maestra de la parroquia les pidió a los chicos que dibujasen a su familia haciendo lo de cada uno, los padres trabajando, los hermanos estudiando o jugando afuera. Los

hijos de los ricos, sentados en los primeros bancos cerca del pizarrón, dibujaban a sus papás en coches nuevos y a sus hermanos jugando al ColecoVision mientras que los hijos de los pobres, ubicados de la mitad del salón hacia atrás, pintaban a sus padres agarrando herramientas y a sus hermanos mayores cuidándolos a ellos mismos o haciendo tareas de la casa. Benicio, que no sólo era pobre sino también extranjero, era el último de la fila, tal era su comportamiento de autoexclusión consensuado por docentes y compañeritos. En ese espacio retirado se sentía a salvo de las nenas con útiles caros que lo condenaban con sólo mirarlo y se concentró en su misión de retratar a la familia, usando su capacidad de abstracción entrenada durante las horas muertas en el motel. Ocupó magníficamente el total de la hoja con un dibujo complejo y lleno de detalles sobre el trabajo de su mamá, mostrando la cara visible del lugar, como si supiese que lo que pasaba adentro era un secreto que él también tenía que guardar. Se veía la hilera de álamos y la ruta y había intercalado variedades de árboles para aplicar otros tonos al verde genérico. En el extremo derecho había ubicado la entrada del motel, con el cartel rojo y blanco y el nombre Cu-Cú y la palabra ENTRADA, que reconocía y reproducía. Un coche azul iba por la mitad de la ruta, no se sabía si sus tripulantes tenían la intención de entrar o solamente estaban de paso. Sobre el lado izquierdo de la hoja, estaba el cartel de SALIDA. A un costado estaba su mamá cargando una pila de toallas limpias y junto a su mamá estaba él mismo, que había ido de visita y se estaba tomando una Coca. Un sol bondadoso iluminaba la escena mientras unos pájaros volaban cerca de los álamos, a los que había adornado con flores. Para Benicio era la primavera.

La maestra fue recolectando los dibujos sin prestarles demasiada atención y los pegó alrededor del salón con cinta adhesiva, a la altura de los ojos de los nenes, escribiendo al pie de la hoja el nombre del autor si la firma no se entendía del todo. Pero en el montón distinguió la obra de Benicio y detuvo su recorrido para ir a sentarse junto a él y, sin herramientas pedagógicas a su alcance, increparlo: “¿Este dibujito es tuyo, nene? ¿Quién trabaja acá?”.

“Mi mamá”.

“¿Y qué hace tu mamá ahí?”, empezó a levantar la voz, con el corazón acelerado.

“Limpia”.

El resto de la hora de clase, la maestra se quedó contrariada, asustada, sin saber qué hacer con ese chico del fondo y en cuanto sonó el timbre del recreo se escapó unos minutos para mostrarle el dibujo a la directora. Esta era una vieja virgen que había vivido con su madre y la había cuidado durante años de enfermedad, hasta su muerte, y ahora estaba más sola e inquisidora que nunca. Al ver lo que Benicio había dibujado, se escandalizó y salió con la maestra al patio para que ella le mostrara cuál era el chico. Fueron las dos a buscarlo y, empujándolo con las yemas de los dedos desde la cabeza, lo metieron en la dirección. La maestra volvió con sus alumnos y la directora se quedó encerrada con él, haciéndole preguntas. Hasta que sonó el timbre que decretaba el final del primer día de clases y los chicos salieron ordenadamente a encontrarse con sus padres, que los esperaban afuera.

Uno de los hermanos adolescentes había ido a buscar a Benicio. Se asustó cuando vio que la directora le arriaba a su hermanito y se le acercaba demasiado para poder hablarle en voz baja y decirle que le dijera a su madre que mejor lo cambiase de escuela, que no lo llevase de nuevo al día siguiente, que no lo iban a dejar entrar. Cuando la Petisa llegó esa noche a la casa y escuchó el relato de su hijo mayor, se largó a llorar. Lloró mientras les preparaba la comida, durante la cena y aún después de lavar los platos, cuando sus hijos y su marido se estaban metiendo en la cama y ella planchaba el delantal rosado que usaba para trabajar.

La primera vez que vi una tarjeta del Cu-Cú fue en la pileta del club, adonde no tenía permitido meterme pero sí ir a buscar a mis amigos a la salida, que aparecían colorados y con el pelo húmedo y me mojaban al saludarme —porque ese año empezamos a saludarnos con beso en la mejilla, como los adultos—. Me la mostró un chico grande sin soltarla, poniéndomela en frente de la nariz mientras me decía "Si ves de estas en tu casa, me las traés. No le digas nada a tu papá, me las traés y listo". Eran las tarjetas de descuento que había mandado a imprimir Ñanco con el logo del motel de un lado, firmadas por él del otro, con un sello que decía "Tarjeta Autorizada por Ñanco", en doble recurso antifalsificación.

Durante el día, los clientes eran mayormente parejas de infieles, conocidos del pueblo o de ciudades vecinas, que usaban el motel en turnos cortos y volvían de la trampa a trabajar o a sus casas. Pero por las noches, los turnos eran mayormente tomados por hombres solos con chicas de la ruta. Camioneros, viajantes, chacareros y profesionales de la zona. Las chicas se repetían y Ñanco, Christian, Estrella y la Petisa iban construyendo mentalmente un mapa de relaciones, porque aparecían nuevas prostitutas, hijas o amigas de las más viejas, que traían nuevos clientes. En los primeros años se había formado una circulación más o menos fija basada en el grupo de chicas que trabajaba sobre la ruta 6. Pero con la inauguración del nuevo tramo de la 22, la prostitución también se fue mudando, exitista, hacia donde estaba el tránsito más redituable. Las chicas se sentían más acompañadas y no eran capaces de calcular que pasándose todas a trabajar sobre la misma ruta saturarían la oferta del servicio. El sistema de tarjetas intentaba devolverle al Cu-Cú la afluencia de otras épocas usando a las prostitutas, principales beneficiarias del servicio, como tracción de sus clientes hacia nuestro

negocio.

Cada tarjeta significaba un quince por ciento de descuento en el turno y si quien la presentaba era una de las chicas, ella se quedaba con el cinco por ciento del consumo total, que arreglaba personalmente con Ñanco. Pero de alguna forma se generó un mercado paralelo de tarjetas entre toda clase de usuarios.

Hasta la implementación de esa idea, el contacto de mi papá con las prostitutas venía siendo aleatorio, el formato de privacidad que el motel ofrecía a los clientes impedía que hubiese una relación más cercana entre ellos. Sin embargo, algunas veces las chicas más comunicativas pasaban por la tarde intentando verlo para pedirle algún favor. Él iba reconociéndolas de a poco y les hacía chistes que ellas devolvían con felicidad, porque el humor las aliviaba. Hasta ese momento habían tenido una distancia profesional saludable de la que Elena no tenía la menor idea porque Ñanco prefería no contarle.

Salió a repartir tarjetas por primera vez una noche, solo. Se fue acercando a las chicas que estaban trabajando en la ruta y, de a una y pacientemente, les explicó el funcionamiento del sistema. Las que lo conocían, se alegraban de verlo llegar mientras que las novatas lo escuchaban desconfiadas.

La más viva de todas era Alejandra. Se había ofrecido a ayudar a Ñanco a repartir las tarjetas entre sus compañeras a cambio de algunos privilegios, como quedarse a dormir cuando quisiese o tirarse en el sillón de la recepción si no había habitaciones disponibles. También la dejaban prepararse comida en la cocina —siempre tenía en la cartera un paquete de arroz o una lata de algo—. Como era simpática y trabajadora, Ñanco le tomó cariño. Le servía que una profesional lo ayudase a captar a las chicas nuevas y convenciera a las más escépticas de lo provechoso del sistema.

En mi casa, en la puerta cerrada con llave del aparador, había una cajita con tarjetas ya selladas y firmadas. Yo misma había colaborado sellándolas, una tarde que mi papá me pidió que lo ayudase, mientras él hablaba de política y hacía planillas con Christian. Podría haber robado algunas para hacerme rogar por los chicos más grandes en la puerta del club, decidiendo a quién darle y a quién no, especuladora.

Pero en ese momento me preocupaban otros asuntos.

3
CU-CU

IX

Media luna, rondó, media luna. Vertical, equilibrio, puente.

Jeté, jeté, bamboleo de caderas. “¡Mamá, subí el volumen que esta canción me encanta!”. Bamboleo de caderas.

“Florencia, ¿podés parar un poquito con el movimiento?”.

“No”. Vertical contra la pared. “¿Puedo llevar el grabador al garage para hacer una coreografía?”.

“No”.

“Entonces la hago acá”.

Pasaron unos meses entre que Ñanco y Elena me inscribieron en una academia para canalizar mis inquietudes artísticas —que eran más bien físicas— y finalmente comenzaron las clases. Era una escuela nacional multidisciplinaria, donde chicos de toda la Patagonia estudiaban música, artes plásticas y danzas, que quedaba en General Roca. Lejos. Elena me llevaba todos los días —cuarenta minutos de viaje—, me esperaba en el coche —entre dos y tres horas cada vez, dependiendo de las materias que tuviese ese día— y después volvíamos al pueblo —otros cuarenta minutos—. A los diez años yo tenía responsabilidades con la carga horaria de un adulto.

Al exceso de energía se le sumaban otros estímulos, como que cada vez que yo bailaba o hacía demostraciones en reuniones sociales, mis padres comentaban mi subluxación de cadera de nacimiento, visiblemente superada. También había mecanismos de escapatoria en el movimiento, una forma de no escuchar las discusiones, de no tener que participar de los problemas. Además estaba la música, que me

generaba un calor potente entre las costillas y la única forma de transitarlo era moviéndome sin parar hasta que no me quedase fuerza o hasta que me retasen.

La incorporación de mis clases de ballet en nuestra rutina generó una descompresión de tensiones entre Ñanco y Elena. O, mejor dicho, ocupó un lugar en la pareja que planteaba una tregua obligatoria en las discusiones porque sus problemas se volvían menores cuando entraba en escena mi ballet. Si había una logística familiar conflictiva, no coincidían los itinerarios para compartir el coche y mis clases estaban en el medio, no se peleaban sino que lo resolvían en función de mis horarios. ¿Problemas de dinero? Primero mis insumos de bailarina, después el resto de los gastos. Empezar a bailar fue lo más parecido que tuve a un hermano menor, era como un bebé que nos tenía pendientes a todos y nos ayudaba a relativizar.

Mi mamá también había sido aspirante a bailarina. Guardaba como recuerdo su único par de zapatillas de punta número 39, que es una enormidad para los estándares del ballet. Cuando estuve más entrenada y entendí que con ese tamaño de pie no se podía ser bailarina clásica, me reí. Después me burlé, después la admiré. Fui y vine al ritmo de nuestra relación en sus diferentes etapas.

En algún momento comenzó a plantearse en la familia la posibilidad de que yo rindiese el examen de ingreso a la escuela del Teatro Colón. La idea venía siendo inoculada a mis crédulos padres por los maestros de la academia, que se la pasaban comentando las “condiciones” de “la nena”. Al principio se la consideraba una locura lejana, una fantasía que acompañaba las cenas en casa, donde todos soñábamos despiertos con la posibilidad de que uno de nosotros triunfase a gran escala. Nos imaginábamos yendo todos al Colón, ellos a verme bailar; yo, al escenario. Nos reíamos con la posibilidad de hacer el ridículo por no saber cómo comportarnos, ellos en la platea gritando mi nombre; yo, asomándome delante del telón para saludarlos. Y con el mismo entusiasmo con el que tantas veces se planteaban las ideas de los negocios que nunca se concretaban, el proyecto fue materializándose y pasando al plano de lo real. Hasta que una noche Ñanco abrió un champán y brindamos porque una pariente en Buenos

Aires había llevado mi solicitud para el examen de ingreso y ya teníamos una fecha cierta.

La más experimentada de las profesoras de la academia de General Roca se llamaba Cristina Cifuentes. Les daba clase a las chicas grandes, estaba rapada y había sido bailarina del Colón sin llegar a un rango mayor que el de cuerpo de baile. Su familia era del valle y ella había vuelto a vivir al pueblo cuando dejó de bailar, llevando consigo a su casi viejo marido. Algunos decían que se había retirado por una lesión incurable; otros, por frustración. Era difícil imaginar qué versión era la real. Ella era hermética y cuando alguien le preguntaba, aplicaba unas evasivas que tenía ensayadas, muy efectivas. Era la única que tenía los conocimientos necesarios, se decía, para prepararme para rendir el examen de ingreso.

Teníamos unos meses de trabajo por delante hasta la semana de evaluación en la que cientos de nenas y nenes seríamos inspeccionados rigurosamente por un comité jurásico, y de los cuales sólo ingresarían, con suerte, veinticinco para comenzar el primer año. La academia nos dejaba usar sus salones después de hora a cambio de algunas ayudas que Ñanco iba a gestionar a nivel provincial, como conseguir estufas nuevas a bajo precio y sin costos de instalación y reparar vidrios y espejos rotos. A Cristina, en cambio, no pudo convencerla con ningún tipo de trueque: ella cobraba carísimo y sólo aceptaba dinero, aprovechando su estatus y ese halo de misterio que ella misma se había generado para posicionarse como un producto premium.

Por falta de recursos o de interés, no había otras nenas preparándose para el ingreso. Se nos hacía de noche en General Roca, Cristina y yo en el salón de clase, Elena y a veces Ñanco mirando desde la puerta. La novedad se había fagocitado a la realidad: en la escuela, en el motel, en la municipalidad se comentaba sobre este entrenamiento con interés, con insistencia. Parecía haber un tipo de

orgullo en juego que excedía mi persona. Se trataba casi del pueblo entrando al Colón.

Cristina me enseñaba a improvisar sobre diferentes ritmos y también los pasos de polka, vals y tarantela. Todos movimientos acartonados y en desuso pero entretenidos de bailar, al fin de cuentas, que se pedían como requisitos para aprobar las nociones básicas que las aspirantes debíamos tener sobre los ritmos tradicionales. Después de las clases y la vuelta al pueblo por la ruta oscura, llegábamos tarde a casa y cenábamos cualquier cosa o lo que habían dejado preparado mis hermanos mayores. Antes de dormir, hacía unos largos en el quincho repitiendo los pasitos aprendidos ese día, mientras mi mamá y mi papá me tarareaban las mismas melodías que sonaban en el casete de la clase, y terminaba con una muy aplaudida reverencia.

Borré todas las emisiones de “La Mañana de Florencia” y de “La Mañana de Florencia y Diego” con horas de música para barra y centro. Fue sin pena, porque ahora tenía una misión especial, porque yo era especial: iba a ser bailarina del Colón, que le ganaba en impacto biográfico a ser la hija del dueño del telo del pueblo. Mis pensamientos estaban puestos en nuevas formas de llamarme a mí misma frente a los demás. ¿Cómo diría? ¿“Estudiante de ballet” o directamente “bailarina”?

Salimos con dos días de margen en la coupé Torino, que para entonces ya había pasado de moda, escuchando un casete con El lago de los cisnes interpretado por una orquesta de Viena. También llevábamos algunos de Les Luthiers, que aunque los sabíamos de memoria nos hacían reír igual. Recién estaba amaneciendo. Mi mamá llevaba una canasta con los insumos del mate entre las piernas, que se inauguró simbólicamente cuando pasamos por General Roca. Los frutales de las chacras y los álamos al costado de la ruta nos acompañaron hasta que el camino entró en el desierto y a su alrededor solamente había kilómetros de vacío. Por suerte teníamos bardas y rocas para sentirnos cubiertos ante la belleza y la angustia de esa nada.

Esa mañana en la ruta los tres nos confesamos nuestro disgusto por Cristina Cifuentes y celebramos la coincidencia y la ocurrencia simultánea de mantener nuestras apreciaciones sobre ella fuera de las conversaciones cotidianas, para no interferir con mi entrenamiento.

Charlamos sobre diferentes temas de forma animada, sin discutir, casi sin disentir, hasta que llegamos a Trenque Lauquen pasado el mediodía, donde paramos para almorzar y cargar agua caliente en el termo. Estábamos indignados por los litros de nafta que consumía el Torino y Ñanco y Elena retomaron el trato con fricción. Tuvimos que parar en la ruta dos veces para que yo pudiese vomitar. Demasiado mate, los nervios del examen de ingreso y viajar en el asiento de atrás colapsaron en mi sistema digestivo. Hubo chispazos y silencios de enojo hasta que entramos a Buenos Aires.

Nos instalamos en un appart hotel del centro donde la cochera para el Torino costaba más que la noche para tres personas. Nos peleamos —ellos se pelearon, yo opiné— y salimos indignados a buscar algún restorán abierto para cenar. No era mi primera vez en Buenos Aires

pero el contraste de aires y humanos por metro cuadrado seguía impresionándome como si lo fuera. Estábamos los tres un poco mareados y nos metíamos en las librerías abiertas de la Avenida Corrientes para poder mirar fijo alguna cosa, un libro, un título, y ayudar al sistema nervioso a estabilizarse.

Una nueva sesión de vómitos se inauguró cerca de la madrugada, a medida que se acercaba la hora del primer examen. Ninguno de los tres durmió esa noche. La aventura de la nena en el Colón contenía minutos interminables de pesadilla, un malestar que nos tenía embotados en ese departamentito húmedo, desvelados en el calor pegajoso de Buenos Aires. La densidad del aire y el olor de la ciudad, a humo, basura y transpiración de la gente que nos rozaba con los brazos desnudos mientras nos pasaba rápido por la calle, facilitaban tanto los malestares estomacales como los anímicos. Teníamos que levantarnos a las siete de la mañana para llegar desayunados y bañados a la puerta del Colón a las nueve, para que yo entrase a rendir a las diez.

El suelo del hall del primer piso del Colón era de mosaicos octogonales que formaban dibujos de flores, y estaba destruido, en composé con las paredes y los pisos de los salones de clase, cuya madera estaba astillada en algunas partes y podrida en otras. Mientras esperábamos a que nos diesen los resultados de los exámenes, las nenas nos sentábamos recostadas contra la pared, usando los rodetes de almohada, charlando y escarbando la mugre de los intersticios de los mosaicos, que se iban despegando. No era vandalismo, era un tic de la conversación. Nuestros padres estaban escaleras abajo, intercambiando intimidades de sus hijas, contándose cosas que nunca se hubiesen animado a contar con las protagonistas presentes.

La ronda de exámenes de ingreso había arrancado con más de trescientos postulantes, que iban siendo eliminados en diferentes etapas, algunos porque no tenían buen oído musical, otros porque no coordinaban, otros por falta de aptitudes físicas. El proceso entero duraba una semana. Cada día, las autoridades del Instituto pegaban en la pared una lista con los nombres de los que pasaban a la siguiente etapa. Los eliminados se iban llorando, despidiéndose de los amigos que habían hecho en esas horas, deseándoles mucha merde, como habían escuchado decir a los adultos, a los que todavía seguían en carrera. Todos teníamos entre nueve y once años.

Al último examen llegamos cincuenta chicas y cuatro varones. Tres de ellos, preciosos y dotados para el ballet; el otro, feo y desgraciado, que fue mi amigo desde el primer día. Me tocó dos veces hacer una fila detrás de él. Era la primera vez que hablaba con un varón bailarín. Me sentía en el primer mundo sin saber lo que significaba primer mundo. No habría forma de hacerles entender a los hombres del pueblo que un nene podía ser bailarín clásico sin ser homosexual, por eso no había varones en las clases de danza de los institutos privados y

tampoco en la academia de General Roca.

Fue la primera vez que me relacioné con un chico en calzas. No había nada sexual en nuestra conversación, yo era una nena de pueblo y él era el hijo de la mucama de una vieja bailarina clásica, que lo había adoptado como su nieto. Nos identificábamos en nuestras excepciones.

Las chicas que nos habían visto conversar me preguntaron en el baño si éramos novios y yo me reí. En el pueblo nadie me hubiese hecho esa pregunta, porque yo siempre había sido la novia de Diego, pero en Buenos Aires nadie lo sabía y la vida empezaba de cero.

"¡No somos novios!", me defendí.

"Pero hablan mucho entre ustedes. Si entran los dos, pueden ser novios acá", me dijo una nena, incisiva.

"Yo ya tengo un novio en mi pueblo, no necesito otro".

"¡Menos mal! Porque si tenés dos novios, sos puta. Además, este chico es tan feo…".

Todas se rieron. ¿Qué hubiesen pensado estas chicas inquisidoras de mí de haber sabido que mi incipiente carrera de bailarina estaba siendo financiada con el dinero de un hotel alojamiento? Ellas se veían finas y catoliquitas, usaban uniforme en la escuela. No sabían nada sobre ser del interior, no sabían las capitales de las provincias, miraban mucha televisión. Intentar conectar me significaba un gran esfuerzo mental porque no teníamos nada en común más que el ballet, pero yo nunca había visto El lago de los cisnes ni Don Quijote en vivo ni conocía los nombres de las bailarinas del momento —ni los nombres de las de otros momentos—. Era ignorante pero hábil para disimular. Empezar de cero con ellas era una ventaja enorme.

Cuando salió la secretaria a pegar en la cartelera la lista con los seleccionados, nos quedamos todos en silencio y esperamos a que se fuera para amontonarnos a buscar nuestros nombres. Hasta no ver la reacción de sus padres, los niños no se muestran alegres o tristes, por eso bajamos la escalera corriendo para contarles el resultado que, en mi caso, fue positivo. A diferencia de otros padres, los míos no lloraron de emoción, aunque sí me abrazaron y felicitaron y me llevaron a comer a McDonald's para festejar.

Hasta ese día no nos habíamos permitido pensar del todo en qué pasaba si yo aprobaba esos exámenes, habíamos puesto la situación como una posibilidad lejana y tabú, porque en los meses de preparación y en la semana de evaluación, sentíamos, era mejor no llamar a la tristeza ni a la preocupación.

Pero ahora estaba ocurriendo: Elena y yo nos mudaríamos solas a un departamento en Buenos Aires; Ñanco se iba a quedar en el pueblo, con su motel y su municipalidad; mis hermanos ya se estaban yendo de la casa, armando sus propias familias. No se entendía si estábamos contentos.

Mi último verano en el pueblo fue lúgubre, puertas adentro, introspectivo. Durante la tarde hacía cuarenta grados y el aire era tan seco que andábamos todos con los labios y los codos partidos. No se me ocurría salir de la casa antes de las siete, cuando el sol ya no pegaba tanto. Recién anochecía a las nueve o diez.

Ñanco se levantaba todos los días a la madrugada para ir a la municipalidad y nos obligaba a Elena y a mí a que nos levantásemos también. Quería que hiciésemos la representación del desayuno familiar del ciclo lectivo, porque vivía angustiado con la cuenta regresiva y su manera de paliar la tristeza era acumular momentos juntos, como si la calidad viniese por default con la cantidad. Yo lo odiaba. En las peleas de la familia siempre había sido sujeto pasivo o chivo expiatorio, pero ahora me tocaba protagonizarlas y me animaba a enfrentarlo usando sus mismos métodos: ser la víctima, el incomprendido, el necesitado. El que lloraba primero, ganaba. En general, íbamos los dos parejos. La que nunca lloraba era Elena, que parecía estar reconciliada con la idea de mudarse a Buenos Aires indefinidamente, la única que no atravesaba una crisis nerviosa cada mañana, cuando Ñanco nos llamaba a desayunar y yo me negaba y empezaban los gritos.

Había una "situación" a la que teníamos que "enfrentarnos como familia". Esto significaba que estábamos obligados a pasarnos la mayor cantidad de horas juntos aunque estuviésemos los tres incómodos y en desacuerdo. También conllevaba un ahorro enfermo de dinero: no se podía comprar nada que no fuese comida en esos meses, porque mantenernos a Elena y a mí en Buenos Aires resultaría carísimo. Compartir el minuto a minuto del estado de las finanzas de la familia era una forma efectiva de anular cualquier pedido. El viejo truco. Era información y castigo a la vez porque yo era artífice de esta

nueva etapa y me tocaba sufrir las consecuencias.

De un día para el otro, separarse durante una cantidad de años no definida en pos de la carrera artística de una nena de once, parecía un plan sensato. Habíamos logrado un objetivo juntos pero no estábamos pudiendo recuperar el espíritu de equipo. La idea del éxito sonaba fantástica pero en la práctica quedaba un esfuerzo por delante que nos desmoralizaba, nos ponía iracundos, intolerantes.

Ñanco necesitaba que yo me fuese despidiendo de todas las personas a las que había conocido en el pueblo en esos once años, tomándonos más tiempo para saludar a los que habían tenido que ver, directa o indirectamente, con mi incipiente carrera de bailarina; y siendo más expeditivos con los demás. Tenía que despedirme de todos porque me iba a triunfar a Buenos Aires, como él quería y como Elena había soñado para sí misma alguna vez. Hicimos el recorrido durante la última semana que estuvimos viviendo en el pueblo. Yo no quería ir porque me daba vergüenza y tristeza y lloraba antes de salir de casa: había bautizado el recorrido como “la gira del terror”.

Me llevaron a la casa de todas mis maestras de la primaria, visitamos también a la seño Luisa. Fuimos a lo de Perfecto y Vilma, jugué con sus hijas, que me pedían que hiciera piruetas e insistían con que el ballet era un deporte. Recorrimos los livings de varios de los compañeros que venían a casa a comer asados y de los miembros del gabinete municipal, fuimos a saludar a la panadería, a la ferretería, a la heladería, al restorán de Ruben. En casa de Christian y Bianca nos hicieron una cena de despedida y tuve que comer, creía yo, por última vez en la vida, sin respirar para no sentir el olor a perras. Fuimos a ver a Boris, que me abrazó fuerte, fuimos al barrio pobre a ver a mi hermana, que ya iba por el tercer hijo. Me llevaron a despedirme de mis primos, de mis abuelos, de mis tíos y hasta de gente que no sabía bien quién era pero de todas maneras me auguraba el éxito.

El día en que salía el colectivo de larga distancia que nos llevaría a Elena y a mí a Buenos Aires, hicimos la recorrida en la cuadra. Visitamos a todos los vecinos, timbre a timbre, como en las campañas políticas. Me obligaban a tener un tipo de exposición innecesaria que me abochornaba hasta el mareo y en cada casa tenía la sensación de

que a los visitados les pasaba lo mismo, como si ellos y yo estuviésemos haciendo la misma pantomima para complacer a Ñanco, que necesitaba esa gran despedida tal vez para no ser el único en quedarse solo, para estar acompañado en el adiós.

Después de saludar al último vecino, volvimos caminando hasta la casa y con el alivio de la misión cumplida solté un espontáneo "¡Se acabó la gira del terror!". Ñanco me pegó una cachetada para corregir lo que consideró una falta de respeto y me gritó "¡Esta gente te va a querer toda la vida! ¡No seas desagradecida!". Me fui corriendo y metí en mi cuarto para llorar en mi camita rosada por última vez, antes de que llegase la hora de irnos a la terminal.

Además de mi papá, vinieron a despedirnos Christian y Bianca, Diego y su mamá, Cristina Cifuentes y mis hermanos. Yo tenía el corazón en la boca porque mi protagonismo estaba ahora en una nueva dimensión, más adulta, que incluía una despedida tan convocante. No me animé a abrazar a Diego delante de todos, pero cuando nos acercamos para darnos un beso en la mejilla, le dije que lo iba a llamar cuando nos conectasen la línea de teléfono en el departamento, él me respondió con un "bueno" inexpresivo.

Elena y yo nos subimos y nos acomodamos en los asientos que teníamos asignados. Eran butacas símil terciopelo reclinables, estábamos cerca del televisor. El chofer le fue dando a cada pasajero un par de auriculares para escuchar música o la película, como en el avión. Había una bandejita con cortesías en cada asiento: caramelos, palmeritas, un chocolate de segunda marca. El desodorante que usaba la empresa Chevalier para aromatizar sus unidades era el mismo que compraba Ñanco para el Cu-Cú y darme cuenta de eso, de alguna tonta manera, me hizo sentir un poco informada y otro poco en casa. Sabía que en Buenos Aires todas las cosas olían diferente.

Desde arriba, esas personas que habían ido a despedirnos tenían cara de susto disfrazada de optimismo. Salvo Diego, todos parecían haber ensayado la misma sonrisa. Ñanco se mostraba más encantado que todos, pero era el peor actor. Elena y yo también hacíamos la mueca de la despedida alegre. No se entendía quién estaba ganando qué cosa con esta historia del Colón. Las otras cientos de veces que me despedí de mi familia y mis amigos, hice lo mismo que esa noche: gestos mudos sobre la comodidad del asiento, sobre la buena ubicación, sonrisas, la mímica de llamar por teléfono o escribir una carta. Todas promesas. Y siempre, una vez que el colectivo empezó a andar, me largué a llorar.

Arrancamos y los vi hacerse chiquitos sin dejar de saludar. Debo haber llorado unos cuarenta kilómetros. Elena era dura por fuera y primero me abrazó pero después se puso seria y me dijo frases sobre no ser blandita y aguantar, mientras yo me iba quedando dormida con la sensación de protagonizar la telenovela. Ella pensaba y fumaba, prendía un pucho detrás del otro usando la colilla vieja para encender el nuevo. Yo la abrazaba de costado, oliéndola. Mi mamá tuvo siempre olor a pucho.

Una nena de mi edad que viajaba en el asiento de atrás empezó a toser. La madre que iba con ella tuvo la poco feliz idea de pedirle a Elena que apague el cigarrillo.

“Es que la nena tiene asma”, se justificó.

“Este es un colectivo donde se puede fumar”, le respondió Elena sin dejar de mirar hacia adelante. “Así que voy a fumar todo el viaje”.

Lo que más me incomodaba de la situación no era la obstinación de mi mamá, a la que estaba acostumbrada, sino la interrupción del momento cinematográfico que estaba viviendo con una discusión sobre el humo, una nena asmática y dos madres tensas. Me estaba yendo del pueblo donde me había criado a empezar una aventura, tenía once años, iba a crecer de golpe, iba a ser una bailarina del Colón, iba a ser especial. Que mi mamá se peleara con la señora del asiento de atrás por el humo del pucho era tan desmotivador y tan poco glamoroso que me hice la dormida con fuerza, de la bronca.

“¡Pero a mi hija le da tos!”, rogó la señora.

“Entonces hubieses contratado una ambulancia para trasladarla, querida”, le dijo Elena cerrando la discusión y los ojos para hacerse la dormida ella también.

El despertador sonó a las 6.30 pero Ñanco ya estaba con los ojos abiertos. Se levantó de la cama en la oscuridad de la habitación, que era la misma que afuera, donde la nada, el silencio y la bruma se habían juntado para hacer que este primer día solo fuese más triste, espacialmente sombrío. Se calzó las pantuflas y se fue hasta el baño sin prestarle atención a las acciones, pensando en ninguna cosa en particular. Esa fue la mañana que empezó a arrastrar los pies y caminar con los hombros para adelante, su primer día como viejo en la vida.

Se olvidó de hacer muchas de las cosas que eran parte de nuestra rutina matinal: no encendió la televisión para ver la temperatura, no prendió las luces del living ni del comedor para caminar por la casa sin tropezarse con los muebles, no habló ni retó a nadie por nada. Se dio una ducha silenciosa y se afeitó, se puso un jean clarito y el saco del traje azul marino con una de sus camisas blancas. Cuando se miró al espejo se acordó de que Christian una vez le había dicho que con esa ropa parecía una escarapela con patas y sonrió, pero la mueca fue apenas el músculo del lado derecho de la boca, fruncido con desgano.

Era la primera vez que amanecía solo en una cantidad de años que no era capaz de calcular. Antes de vivir con Elena había estado Leticia y antes de ella, su madre. Las mañanas en el servicio militar eran hostiles, pero siempre multitudinarias. Cuando llegó a la cocina, pudo verbalizar lo que estaba pasando. Ponerle palabras era su manera de entender que ese era el primer día de muchos años de vacío que le seguirían. Lo que dijo fue un insulto seco que retumbó en las paredes del quincho y fue absorbido por el revestimiento de machimbre para dejar que el silencio volviese a llevar las riendas de la mañana. Metió una taza de leche en el microondas y agarró una naranja de la heladera, puso un plato de postre en la cabecera de la mesa sin

mantel. Puso unos cuchillos, el azúcar, una servilleta, todo sin pensar, hasta que el pitido del microondas lo despertó. Sacó la taza con la leche caliente y le puso una cucharada de café instantáneo. Cualquier otro día, ese café hubiese sido batido por Elena y tendría espuma, pero ahora estaba chato e iba a ser chato por siempre.

Se sentó en silencio mirando las cosas que había distribuido en la mesa como si tuviesen una lógica de uso que ahora no estaba entendiendo. Todos esos utensilios, los alimentos, ¿para qué servían? Ah, sí. Eran para alcanzar, para conversar, para pedir. Esas cosas solas, solo, no tenían utilidad. Iba a tener que empezar desde cero a usar los objetos para que cumpliesen su función básica. La manteca no estaba ahí para que él la untara en un pan para mí, ahora era su manteca y ser untada o no era el destino que él le asignaría de acuerdo con sus necesidades. No le veía el sentido a la cosa. Todos esos objetos mostrándose egoístas sobre la mesa, demostrándole que estaba solo y que ahora serían su compañía diaria, parecía una venganza de las cosas, la reivindicación de la funcionalidad sobre lo emocional.

Entonces se quedó mirando directo a la parrilla, que estaba a oscuras en la otra punta de la mesa y sintió el volumen del espacio abierto. Agarró la naranja que estaba sobre el plato y la amasó para dejarla a un lado. Era el plato lo que le interesaba: calculando a ojo velocidad y distancia, sentado en la cabecera con la espalda encorvada hacia delante, lo tiró como un disco de playa hacia el vidrio de la parrilla, que resistió dignamente el golpe. El plato se estrelló y se rompió en mil partes. Una lección para las cosas de la casa, que les quedase claro que Ñanco seguía mandando y que la convivencia iba a ser hostil.

“Tá que los parió”, dijo y se largó a llorar.

X

Después de haber vivido mi infancia en el palacete suburbano de Uspallata, donde nos habíamos dado el lujo de ser excéntricos con unas prestaciones poco habituales, como la música funcional y la parrilla con espiedo giratorio, tenía que adaptarme al dos ambientes en un piso trece del microcentro porteño. Elena y yo compartíamos la habitación, los placares y la decoración. Habíamos convertido esos casi sesenta metros cuadrados en un campo de batalla y tregua permanentes, con sus libros y mis Barbies ocupando estantes contiguos. El ventanal de la sala daba a un patio interno lúgubre desde donde subía el olor a fritura de la cocina de uno de los últimos Pumper Nic que quedaban en la ciudad, junto con el sonido de una flauta sin melodía que ejecutaba un señor de barba blanca que se la pasaba sentado en la esquina, y los bocinazos y los timbres de las cocheras. Ruidos y olores ascendían como una danza en espiral con el aire caliente del Pumper, vahos de la grasa que comían miles de adolescentes que de adultos tendrían colesterol.

Ese ventanal era un abismo al que accedíamos corriendo y descorriendo el cortinado de lino grueso, gris de hollín. Era nuestro contacto con el mundo exterior, opaco y hediondo. La atracción principal del hueco eran las ventanas del edificio de enfrente, que tenía su entrada sobre la Avenida Corrientes, donde otras familias desplegaban su cotidianidad con desinterés. Era la línea de departamentos laterales a la avenida, que se enfrentaban en diagonal a nuestra ventana, desde donde registrábamos livings, cocinas y

dormitorios de forma incompleta. Veíamos una parte de las acciones de sus habitantes y reponíamos con imaginación el resto que quedaba oculto por el ángulo desfavorable.

Había una madre joven con tres varones, uno adolescente y dos de escuela primaria. Discutían todas las mañanas mientras desayunaban. El adolescente golpeaba las puertas de la alacena para acompañar sus gritos. También había un viejo que escuchaba ópera a todo volumen, encantando a su vecina de al lado, una señora muy parecida a Mercedes Sosa, que abría las ventanas y se asomaba como si estuviese en un palco del Colón. Generalmente estaba desnuda. Las sesiones de ópera se daban a la noche y ella creía que apagando la luz de su living evitaba que los del edificio de enfrente la viésemos, pero el juego de reflejos de las ventanas terminaba exponiéndola de una u otra forma. En cuanto se escuchaba un violín o el comienzo de un aria famosa, ella apagaba la luz, descorría las cortinas, abría la ventana y se quedaba escuchando sin corpiño, enamorada. "¡Ahí está Mercedes! ¡Y está en tetas!", nos avisábamos con Elena.

Los primeros años estuve germinando como bailarina, absorbiendo con los ojos abiertos y calladita la boca, cada segundo, cada dato, porque además de la técnica del ballet y de las materias teóricas, tenía que aprender a ser una nena de Buenos Aires. El desafío era no reproducir el modelo sino perfeccionarlo, tomar de todas las chicas lo mejor y crear a mi propia nena bailarina, con experiencias de provincia pero ambiciones de capital. Tenía en la mira a un grupito de cuatro chicas más desenvueltas que el resto, nenas que iban sin adultos al shopping a pasar la tarde del sábado. Venían muy entrenadas en la conversación pícara. En los salones de clase aprenderán a ser bailarinas clásicas, pero en los vestidores es donde se forman como zorras. Yo sabía que tenía que ser muy cuidadosa con la información que compartiese con ellas: si llegaba a filtrarse el dato del motel, mi vida sería un martirio. Así que aplicando las generalidades "Patagonia" y "hotel" me movía con ambigüedad en las conversaciones sobre las actividades de los padres y siempre tenía a mano el recurso de preguntar infinitamente para no tener que hablar de mí.

Ñanco viajaba una o dos veces al año, cortito, económico, nervioso. Venía a ver mis clases de estudio privado y salíamos a cenar algunas veces, donde debatíamos sobre los próximos pasos de mi carrera. Era un turista en el departamento, siempre quería comer carne y nos desestabilizaba nuestras rutinas de verduritas; siempre tenía que hacer llamados largos y caros y nos obligaba a esperarlo en la puerta del locutorio mientras, encerrado en una cabina, gritaba excusas a proveedores que no habían cobrado algo a tiempo.

Cada mañana a las seis y media sonaba el despertador chino y mi mamá se levantaba de la cama para ir a preparar el mate mientras yo me cambiaba para ir al Teatro, deseando que ese día me crecieran los empeines y llegase a abrirme de piernas en ciento ochenta grados. Era un comenzar disciplinado, cronometrado. Ese primer año Elena me peinó el rodete todos los días, aguantando mis quejas: "¡Me tirás! ¡Me clavaste una horquilla en la cabeza!". Discutíamos con resentimiento hasta que nos reíamos por alguna pavada, pero seguíamos odiándonos un rato más, tirándonos rayos con la mirada. Yo tomaba mate pensando que todas las otras nenas tomarían mate también, a la mañana con sus madres. Un día pesqué a mis compañeras en una conversación de vestuario, donde intercambiaban consejos y preferencias y sentí una puntada en la conciencia cuando me di cuenta de que desayunaban con té o café con leche y jugo de naranja. Era obvio, lo había visto tantas veces en la televisión, ¿en qué había estado pensando todo ese tiempo? ¡Y yo tomando mate como una paisana! Sin darle explicaciones a mi mamá, desde ese día me pasé a estas alternativas más norteamericanas.

A las siete y media estábamos las dos paradas en la estación Callao de la línea B para subirnos al tren y bajarnos dos estaciones después, en Carlos Pellegrini, donde atravesábamos unos pasillos comerciales muy olorosos aguantando la respiración. Caminábamos apuradas y emergíamos a la 9 de Julio soltando el aire, quejándonos todas las veces del olor como si nunca lo hubiésemos sentido antes.

En las mañanas oscuras, los querubines de los frisos del Colón parecían unos enanos promiscuos y las máscaras del drama y la comedia, que estaban iluminadas desde abajo como a punto de contar un cuento de terror, nos fascinaban. Comentábamos "Qué espectacular" o "Qué miedo me dan" o las encontrábamos parecidas a

alguien del partido y nos reíamos. Todos los días parábamos unos segundos para prestarle atención a un detalle de la fachada del Teatro, después ella me dejaba con un beso en la entrada de Tucumán y volvía a meterse al subte, siempre con su puchito, para desandar el camino y llegar al departamento, a limpiar y cavilar.

Yo entraba con mi mochila cargada de zapatillas de punta y de media punta, polainas, cosméticos, costurero, apuntes, cartuchera, amuletos y me encontraba con las otras nenas con alientos a dentífricos importados. Los salones de clase eran gélidos y se nos exigía que estuviésemos en malla y cancanes aunque los adultos podían abrigarse todo lo que necesitaran. Se suponía que con ese tipo de rigor fortalecíamos el espíritu y el cuerpo, que debían estar preparados para soportar dolores e incomodidades sin transmitírselo a la cara ni a las manos, que tenían la obligación de estar bien dispuestas a la interpretación.

Cuando le contaba a Ñanco por teléfono sobre las exigencias a las que tenía que someterme, se alegraba: “Formación prusiana. Como Perón, hijita”.

Los veranos de esos primeros años los pasé encerrada en la casa de Uspallata, sin ganas de estar ahí, sintiendo que ese descanso me perjudicaba la técnica, siendo demasiado diferente a mis ex compañeros de la escuela como para pretender retomar la relación donde la habíamos dejado. Sin embargo, tampoco me desesperaba por volver; lo que quería era no estar en ningún lado. Teníamos grandes discusiones con Elena y Ñanco para ponerle una fecha al regreso a Buenos Aires, entraban en juego unas especulaciones fabulosas cuyas variables eran el comienzo de clases en el estudio privado —había que hacer unas clases previas antes de comenzar las del Colón, los estudiantes teníamos que llegar ya en forma al primer día—, los asados de despedida, la temperatura del pueblo versus la de la ciudad, el dinero, las plantas del departamento que se iban a secar. No llegábamos a ponernos de acuerdo porque ninguno de los tres sabía del todo qué quería y a mediados de febrero nos despedíamos en la terminal de colectivos del pueblo enojados entre nosotros.

Acababa de cumplir catorce años cuando me dieron mi primer rol protagónico en una obra hecha para estudiantes del Instituto del Colón, que se iba a representar en diferentes teatros chicos, como parte de un plan de desacralización del ballet para los niños y adolescentes de capital y conurbano. Se llamaba La Doncella de las Nieves y yo era la Doncella de las Nieves. Al coreógrafo, un viejo bailarín argentino que prefería usar un acento raro para parecer ruso, unos años después le abrieron una causa por "molestar" a un compañerito. Mientras, gustaba de coreografiar romances aniñados de cuentos de hadas usándonos a mí, la preadolescente más flaca y sin formas de la Argentina, y a mi partenaire, un muchachito andrógino, como marionetas.

La historia estaba inspirada en cuentos tradicionales de la Siberia Oriental, forzando la convivencia de personajes medio incongruentes pero útiles a los fines narrativos: brujas, ciervos, pingüinos, estalactitas y copos de nieve —representadas por adorables nenas vestidas con sus mallitas enteras blancas, llenas de purpurina—, un príncipe azul y una doncella que quedaba congelada durante siglos hasta que el amor y el fuego de unas brujas gualicheras que vivían en una caverna la despertaban de su hechizo.

En el diario Río Negro, una nota de media página en el suplemento de cultura titulaba "Un sueño en puntas de pie" este primer logro de mi carrera. Ilustraba el texto una foto donde estábamos mi partenaire y yo posando en una de las figuras representativas de la obra.

Ñanco compró diez ejemplares del diario, recortó diez veces la nota y mandó a hacer diez cuadritos que repartió a discreción entre familiares y amigos cercanos, que se vieron obligados a colgarlos en lugares relativamente visibles, como la pared del escritorio de su casa. Haber logrado un rol principal le daba sentido al delirio de la familia

separada, lo legalizaba.

Los ensayos eran largos, bravos. Empecé a faltar al colegio secundario, que me quitaba energía y horarios disponibles. Me quedé libre, no nos importó y dejé de ir definitivamente, con toda naturalidad, como niña de circo, apostando todo a un futuro alternativo, artístico. Ningún miembro de la familia se oponía a esa decisión, estábamos tan confiados con el proyecto que no se vislumbraba una posibilidad de fracaso en el horizonte. Muy embalados, decíamos que yo no necesitaba educación secundaria teniendo una carrera artística tan promisoria.

Mi partenaire era un chico muy talentoso, unos años más grande, que dominaba el rol de príncipe con precisión, haciéndome el trabajo más fácil. Cuando no hacía de príncipe, era una princesa y me daba consejos sobre ropa y maquillaje —un área en la que mi mamá me entrenó poco y nada— y me decía "Vas a ver que vamos a terminar siendo mejores amigas nosotras dos". Yo me enamoraba en secreto, con la desesperación de lo imposible, porque gustar de él era como gustar de un objeto o de un animal, prohibido y demente.

El ballet había dejado de ocurrir exclusivamente en los salones de clase para empezar a involucrar escenarios, pruebas de vestuario, cenas afuera después de los ensayos. Los años de rigor le abrían la puerta a un ámbito retorcido y embriagador, con homosexuales conversadores y sin colegio secundario. No había nada mejor.

Elena iba a buscarme algunas noches y le daban permiso para quedarse mirando la última media hora de ensayo, junto con otras madres, y todas cotorreaban en voz baja sobre varios temas, pero principalmente sobre la sexualidad del chico. Cuando terminábamos el ensayo y salíamos a la calle, mi mamá lo trataba tan bien y le hacía preguntas tan inteligentes que se despegaban de cualquier prejuicio, que me daba orgullo y contención. "Una diosa, tu mami", me decía él. Caminábamos los tres juntos, conversando, hasta la entrada del subte y ahí nos despedíamos, él se iba a la pensión donde vivía y nosotras seguíamos para el departamento.

Era del Chaco y los padres lo habían colocado en un internado de varones para que pudiese hacer la carrera en el Colón. Mi mamá

sospechaba que también se lo habían sacado un poco de encima mandándolo lejos, donde los adultos chaqueños inquisidores no pudiesen verlo. Cuando nos dábamos el beso de despedida, él nos decía “Que Dios te bendiga” a cada una y mi mamá, que por más bautizada y confirmada que estuviese nunca en su vida creyó en Dios, le devolvía un “A vos también, querido” porque esa era la manera que encontraba para darle cariño en los términos que él manejaba.

XI

El sol empezó a aparecer en el valle después de lo previsto, demorando la salida de los trabajadores de sus casas, que especulaban al alistarse espiando por la ventana, retrasándose a propósito para montarse a la ruta con luz. El viaje en bicicleta en la madrugada oscura, además de helado podía ser fatal. En esos días de invierno, la niebla caía como una cortina espesa sobre el asfalto y se cristalizaba en la superficie, congelando el camino, obligando a los conductores a circular despacio y con las luces encendidas. Y aun así los coches maniobraban por la irregularidad del suelo y hacían trompos magníficos que muchas veces terminaban en vuelcos o choques con varios muertos. Alrededor, los esqueletos de árboles pelados, los frutales abrigados inútilmente contra la helada, los trabajadores yendo a sus puestos con los sabañones escondidos debajo del poncho, ayudaban a la Parca a componer su ámbito laboral ideal.

Los vehículos que pasaban cerca del cuerpo lo ignoraban por impreciso. Los conductores, ocupados en no morir, preferían continuar la marcha mientras intentaban con sus copilotos definir lo visto: ¿qué era eso? ¿Era un perro grande? ¿Era una oveja? ¿No era nada? Hasta que el sol no se asomó del todo sobre la ruta, no se lo pudo diferenciar de otros bultos habituales como llantas de camión, cadáveres de animales o bolsas con basura de las chacras que los peones descuidados no terminaban de quemar bien y se volaban ensuciando la zona.

Con las horas se le había juntado escarcha sobre el pelo blanco. La

piel roja se le había puesto azul, las manos expresivas, como si estuviesen por agarrar algo, se apoyaban en el suelo furiosas, rígidas. Eran manos con uñas prolijas, manchadas con pecas, dedos de prestidigitador congelados en acción. Su cara, sin embargo, estaba relajada y reposaba dulcemente sobre las piedras de la banquina, ignorando gérmenes, musgos, hielo, hormigas, tierra, piedras, caca de perro. Una camioneta le pasó cerca y la estela de aire le despeinó las mechas blancas. Adentro, ella le dijo a él "¡Eso no es un perro muerto!" y él frenó suavemente, coleando apenas pero sosteniendo con firmeza el volante, y volvió marcha atrás. Con las luces de posición y la niebla se veía todo anaranjado. Tuvieron que acercarse bien para ver quién era.

A las nueve de la mañana sonó el teléfono de su despacho; Ñanco estaba tan ocupado leyendo unos papeles que pensó en no atender, pero atendió. Era Estrella: "Don Ñanco, falleció don Christian".

Pipi y Solange eran las dos perras madres de las otras seis que vivían en la casa de Christian y Bianca. Eran hermanas entre sí y se habían apareado con un mismo macho para terminar teniendo tandas de cría blanca y eventualmente manchada. Bianca las había adoptado estando las dos preñadas y las dos le parieron mil perritas histéricas en el living de su casa, algunas se murieron, otras fueron ubicadas en domicilios cercanos, otras fueron reemplazadas por sus primas hasta que quedó el elenco final de ocho, funcionando como hijas ociosas para la pareja dueña de casa, que se estaba volviendo vieja y necesitaba compañía. Como las perras no salían a la calle porque tenían permiso para mear adentro y cagar en el patio, tampoco tenían contacto con otros perros, entonces habían adoptado una vida homosexual grupal interesantísima y desagradable. Eran promiscuas y algunas hacían de macho, montándose inútilmente sobre las otras, dando espectáculos a las visitas, que se reían para no horrorizarse. Bianca decía que la única que no le había salido desviada era Pipi, juraba que jamás había participado de ninguna orgía con las demás, que todos sus cariños y lamidas eran maternales. Era un poco más gorda y cuadrada que las otras y se la pasaba echada en el sillón de la sala de estar, donde anidaba tirándose pedos y dejando pelos blancos pegados a la funda que cubría el tapizado.

Se acercaba la hora de la cena de las perras, que coincidía en tiempo y espacio con la de los humanos, y Bianca empezó a llamarlas gritando todos sus nombres, puteando un poquito en el medio porque Christian no había llegado todavía a la casa. De a una, las perras empezaron a aparecer en el comedor, moviendo el rabo, babeantes. Estaban todas menos Pipi.

“¡Pipiii! ¡Vení a comer, mamita!”, insistía Bianca. Pero Pipi no aparecía. Se sentó entonces en el porche de la casa, abrigada con un

gamulán, gritando a la nada de la calle desierta del pueblo "¡Pipiii!" mientras el vapor de su aliento se convertía en humito al contacto con el aire helado de la noche. Todas las familias de la cuadra estaban guardadas en el hermetismo de sus casas, con sus ventanas brillantes de televisores encendidos.

Christian llegó a la casa después de haber estado haciendo los números del motel en el living de Uspallata, con Ñanco. Su aporte en la sociedad había pasado a ser exclusivamente de escritorio. En los últimos años se había deteriorado físicamente y se había abandonado a ese envejecer con unos argumentos muy firmes sobre lo estúpidos e ignorantes que eran los médicos. Ñanco le decía que su problema era el alcohol, que teniendo más de sesenta años no era saludable tomar media botella de whisky por día y Christian respondía con unas frases impenetrables del tipo "Yo soy más sano que todos ustedes juntos" o "Tomé whisky toda mi vida. Si dejo ahora me va a hacer mal". Los dientes se le habían oscurecido, tenía la piel llena de manchas que vistas de cerca eran minúsculas explosiones vasculares.

Cuando llegó encontró a Bianca sentada en el porche, resignada a la catástrofe, que le dijo "Se fue la Pipi, papi" y después de las explicaciones lo hizo salir a Christian a buscar a la perrita extraviada. Christian no sabía si odiaba a la perra y a su mujer o las amaba. Tampoco se lo preguntaba, aunque rumiaba insultos para las dos mientras caminaba por el barrio, con frío, asomándose en las entradas de las casas para ver si encontraba a su mascota durmiendo en algún felpudo. Le daba un poco de vergüenza que los vecinos lo escucharan gritando "Pipi", así que silbaba y la llamaba bajito. Otros perros vagabundos respondían deseando ser adoptados o al menos acariciados por cualquier humano, se le acercaban moviendo la cola, salían desde los yuyos o las basuras que andaban oliendo y se le ofrecían como mascotas de segunda mano. Él los espantaba dando zapatazos en el asfalto o en la tierra, dependiendo de la zona por la que anduviese caminando.

Cuando encontraron el cuerpo, a la madrugada, llamaron por teléfono a Bianca, que se había quedado dormida en el sillón, rodeada de sus hijas hediondas, esperando a que volviese su hombre.

Con el primer ACV Christian había perdido la orientación y había empezado a caminar sin rumbo. El segundo derrame lo tumbó sobre la ruta. No se supo cuánto tardó en morir. Como la perra Pipi nunca volvió a la casa, todos supusimos que se había muerto, extraviada entre los límites del pueblo y las chacras, donde los terrenos eran baldíos y los animales se juntaban a comer basura y los delincuentes juveniles entrenaban su puntería disparándole a todo lo que se moviese.

Volvíamos de noche en el ascensor al piso trece, conversando sobre los nuevos dolores corporales incorporados como trofeos después de haber ensayado toda la tarde, mientras seguíamos con los ojos la mugre de la pared que corría hacia abajo entre los rombos de la puerta tijera. Cuando llegamos al hall, me bajé del ascensor gateando porque no quería apoyar más los pies en el suelo. Elena se reía con la ocurrencia, anduvimos así por el pasillo hasta la puerta del departamento, ella caminaba y yo me arrastraba y era divertido. "¡Levantate, loca!", me decía. Cuando toqué la alfombra de la sala, rodé sacándome las zapatillas en un único movimiento que me recordó mi pasado de robapropinas en el motel, pero era mejor no comentarlo: que yo haya estado tantas horas de mi vida dando vueltas por esos pasillos estaba siendo para mi mamá, últimamente, un pasado cada vez más difícil de digerir. Era algo nuevo y tácito que le pasaba, había empezado a sentir una culpa retroactiva como si despertase de una negligencia adolescente, tarde, con el daño hecho. Evitaba mencionar el motel o tenía opiniones nuevas y condenatorias sobre nuestro negocio y el personal. Había empezado a usar los adjetivos "desagradable", "ordinario/a" y "rústico/a".

Nuestra vida en Buenos Aires examinaba nuestra vida en el pueblo y la calificaba de acuerdo con las herramientas que ahora teníamos para desenvolvernos en un ambiente nuevo, con otras exigencias. Nos adaptábamos bien, sabíamos disimular lo que ignorábamos, pero éramos extranjeras en ese mundo y las dos teníamos la sensación de que íbamos a serlo para siempre. Esa diferencia nos unía en una complicidad tan afilada que muchas veces nos reíamos con los ojos en las conversaciones sociales, donde participaban otras madres y otras bailarinas.

Todavía celebrábamos mi entrada circense al departamento, cuando

sonó el teléfono y atendí; era Ñanco, que apenas me saludaba para pedirme hablar con Elena urgente, tenía la voz quebrada. Cuando la llamada era de larga distancia, mi papá gritaba. Escuché cómo salía por el auricular del teléfono la noticia, escuché que le decía a mi mamá "Se murió Christian, se murió mi amigo" y sonreí pensando que era una broma, fue una sonrisa de un segundo que se interrumpió con el gesto de espanto de Elena, que le decía "No puede ser" sabiendo que sí podía ser.

Lo que no parecía posible era el paso de la alegría al dramatismo a partir de tres palabras dichas al teléfono por alguien a mil doscientos kilómetros, si hacía un segundo nos estábamos riendo, si hacía unas horas el tipo estaba vivo. Ñanco lloraba, Elena hacía preguntas prácticas, averiguaba cómo había pasado, cómo estaba Bianca, cuáles eran los pasos a seguir. Ya tendría tiempo para lamentarse y cuestionar los procesos de la naturaleza humana, que es lo que se hace habitualmente cuando alguien cercano se muere y uno se esfuerza por comprender.

Apenas amanecía cuando ya estábamos saliendo en un taxi para aeroparque, en ayunas, en silencio. Subimos a un avión mediano semivacío, era la primera vez que volaba, no entendía de dónde habíamos sacado la plata para el pasaje. El avión, las azafatas, el servicio, la voz del piloto en los parlantes interferidos por cables viejos, eran una gran desilusión. No era como me lo imaginaba ni como en las películas ni como en los relatos de la gente viajada, que en sus casas tenían cubiertos con el logo de la aerolínea conviviendo con los Tramontina en un mismo cajón y sabían comparar la comodidad de los asientos, la calidad de la comida y la atención del personal de a bordo de una u otra compañía. Cuánta energía mal canalizada.

Ir y volver, Buenos Aires-el pueblo-el pueblo-Buenos Aires, se había convertido en una rutina dolorosa. Nos retaba el chofer del colectivo por demorar la partida de la unidad, cuando nos quedábamos abrazadas a mis hermanos y sobrinos, el día de la vuelta. Una vez que arrancábamos, teníamos dieciséis horas para recuperarnos y llegar ya pensando en las ocupaciones de ese día, aunque no pudiendo dejar de percibir la extrañeza de la distancia recorrida y de la humedad respirada después de tantos días secos.

Ahora que estábamos yendo al pueblo para el funeral de Christian, descansábamos un poco de cierta presión emocional pero nos encontrábamos con una nueva sensación: un poco de culpa, otro poco de pena por el pobre Ñanco que a su soledad doméstica se le sumaba esta pérdida.

El funeral fue un suceder de horas en la penumbra de la sala velatoria, por donde pasaban conocidos y desconocidos y nos saludaban a Elena, Ñanco, Bianca, el hijo de Bianca y a mí. Éramos los seres queridos del muerto, no lo había considerado así hasta ese momento. No había pensado antes en lo importante que era Christian para mis padres y en esas horas de velorio sentí que no lo había querido en consecuencia, había dejado que el olor de su casa, la excentricidad de su decoración, lo turbio de su relación con el hijo de Bianca operara en la formación de mi cariño hacia él. Ahora que era casi adolescente, empezaba a tener en cuenta otras variables en la construcción de las relaciones.

No comíamos. Tomábamos Coca-Cola que nos traían. Uno de mis hermanos me llevó a almorzar a su casa y me devolvió un rato después con un paquetito de empanadas que mis padres y Bianca ignoraron. Nos íbamos quedando dormidos en las sillas. No nos podíamos ir a ningún lado.

“¿Esto es obligatorio?”, le pregunté a mi mamá.

“No, es cultural”, me enseñó.

Christian estaba recostado con suavidad sobre la funda de satén del cajón, con sus manitos relajadas sobre la panza, un poco más pálido —era muy rojo de vivo, le tendrían que haber puesto más rubor— y con la piel fría, que fue lo que más me impresionó al tocarlo.

“Andá, tocalo”, me había dicho Elena.

“¿Para?”.

“Así ya sabés lo que es tocar un muerto”.

El trajecito azul que le habían puesto olía a guardado pero las flores de las coronas que iban llegando y amuchándose en los alrededores tapaban todo con perfume a velorio. Era su traje de casamiento: Bianca lo había llevado a la funeraria en la percha y cubierto con el sobre de cuerina tal cual había estado guardado los últimos treinta años. Era azul marino con botones dorados, cruzado, con las solapas anchas, hecho a medida para el muchacho de treinta y cuatro que lo había usado una vez, pero que nunca le cerraría al viejo de sesenta largos que lo vestiría hasta que se desintegrasen juntos debajo de la tierra.

En una sala de azulejos celestes de hospital, en las bambalinas de la funeraria, dos señoras muy respetuosas arreglaban el cuerpo que iba a ser velado a cajón abierto. Las dos llevaban guardapolvos y sacos de paño polar encima, para abrigarse del frío de la sala, refrigerada para favorecer la conservación del cadáver mientras dura su preparación. Las dos se habían dedicado a eso toda la vida. Las dos eran peronistas activas, iban seguido a la unidad básica. Una de ellas además era clienta del Cu-Cú.

“No le entra”, le dijo una a la otra, levantando la percha con el traje azul para que su compañera pudiese apreciar a simple vista el tamaño del saco respecto del tamaño del muerto.

“Tijera”, le respondió señalando un cajón de la mesada con la pera porque tenía las manos ocupadas en la cara de Christian.

Empezó a maniobrar la prenda para cortarle la espalda y ponerle las mangas al muerto por delante, cuando encontró algo en el bolsillo que agarró y miró en silencio, sin mostrarle a su compañera, que seguía

concentrada en el maquillaje. Era un puñado de arroz añejo que llevaba guardado más de treinta años, llovido sobre las cabezas de los novios a la salida del civil, augurando en su momento hijos, salud y propiedades. Con su zapato de taco bajo asomando por la botamanga del pantalón negro, la señora presionó el pedal del cesto de basura y tiró el arroz en un movimiento automático para poder seguir con su trabajo.

Los días que siguieron al velorio, la casa de Uspallata fue el punto de encuentro de los lamentadores del pueblo. Venían todas las viejas, las mucamas, los peones, los amigos, los acreedores. Se les convidaba con un café expreso de máquina o un vaso de Coca Light y en la mesa del quincho había un plato con galletitas de limón y otro con sandwichitos de miga, unas aceitunas y unos quesitos. Los mismos vecinos que se comían las cosas traían nuevos paquetes a la noche, para reponer, no por el gasto sino para evitarle a Elena la molestia de tener que salir a comprar. Bianca descansaba en la habitación que había sido de uno de mis hermanos y con Ñanco íbamos una vez por día a darle comida a las perras. Hasta que una de las veces hubo que juntar el pis del suelo porque los diarios que hacían de baño ya estaban desbordados.

"Ni loca", le dije a mi papá.

"Christian te heredó su parte del hotel. ¡Lo menos que podés hacer es ayudar con el meo de las perras!", me obligó.

Había un testamento que me mencionaba como beneficiaria de su porcentaje del Cu-Cú, que sería administrado por Ñanco hasta mi mayoría de edad. Era a la vez una formalidad y un acto de amor. Christian no tenía hijos propios y con el de Bianca nunca había logrado una relación cariñosa, no había sido nada parecido a un padre. Aun habiendo vivido en la misma casa casi toda su vida, ninguno de los dos había sido capaz de vincularse con el otro más allá de las formalidades. Hablarse y compartir la mesa era un favor que los dos le hacían a Bianca, que se desvivía por generar conversaciones donde pudiesen conectar los tres, sin haberlo logrado jamás.

Yo era el fruto de las relaciones que él había provocado entre sus amigos, me había gestado junto con el motel, como parte de una misma aventura de adultos. Era lo más parecido a una hija o una

sobrina que había tenido. Aparecía en todos los álbumes de fotos, en los cumpleaños y los aniversarios, en los actos del partido, sentadita sobre la mesa de escuela donde estaba la urna en la que él depositaba su voto, posando risueño como si fuese un candidato cumpliendo con su deber cívico. Era la única que sabía el nombre de todas las perras. Habíamos sido familia, en cierta forma, y recién ahora se mensuraba ese parentesco con un porcentaje del motel puesto a mi nombre.

El trato incluía la manutención de Bianca de por vida, porque Christian la consideraba inútil para administrar e incapaz de generarse un ingreso sola. Esa subestimación estaba aceptada en la pareja al punto de haberse convertido en una formalidad, quedaba por escrito, con la firma de Ñanco, de Christian, del escribano y sus sellos correspondientes.

Elena y yo volvimos a Buenos Aires dos semanas después, cuando el duelo empezaba a darles lugar a los trámites, a la reorganización, Bianca estaba emocionalmente más estable para volver a su casa y mi papá empezaba a resignarse ante su nuevo escenario. La gira por el conurbano bonaerense de La Doncella de las Nieves ya estaba ocurriendo. Había tenido que renunciar a la titularidad de mi protagónico en manos de una suplente inepta, pero como recompensa ahora tenía el cuarenta por ciento de un hotel alojamiento sobre la ruta de entrada a un pueblo de la Patagonia. Claro que a los catorce años ese no llega a ser un premio consuelo válido.

Entramos las dos al departamento arrastrando los bolsos, aliviadas de estar de nuevo en nuestro hábitat, donde podíamos liberarnos de los recuerdos del muerto, de los planes económicos futuros, de la omnipresencia de Ñanco. Mi mamá prendió su puchito de bienvenida y yo le pedí uno para mí. Me hizo un gesto con el codo, señalando el atado sobre la mesa. Saqué uno y lo encendí y ese día empecé a fumar.

XII

María Alejandra iba armando su nido, yendo y viniendo en infinitos viajes con cositas, basuritas que le servían para tal o cual fin. Pasarse las horas en el motel era su manera de sobrevivir, era su alternativa inesperada a esa vida de fellatios a la que todos le habían dicho que estaba condenada. Nadie lo consideraba un plan ni se planteaba el cambio de rutina de la chica, simplemente estaba ocurriendo. Cada vez trabajaba menos con sus clientes, cada vez ganaba más comisiones por las tarjetas que repartía para el Cu-Cú y se quedaba en la recepción ayudando a las mucamas informalmente.

Era una puta muy receptiva, una característica que la hacía atractiva a hombres y mujeres, porque todas las personas necesitan que alguien les demuestre interés. Ella escuchaba y abría las piernas utilizando el mismo hemisferio del cerebro, el derecho, que es el que está amigado con el cosmos. El izquierdo, que es el que necesita modificar, clasificar, contar, era para ella una herramienta de apoyo, como una mesa de ayuda a la que podía consultarle fechas y cifras cuando quisiera, sin tener que prestarle demasiada atención el resto del tiempo.

El único que tenía más restringida la relación con ella era Ñanco porque se supone que un hombre de familia, dueño de un motel, que se encuentra circunstancialmente solo no debería cultivar su amistad con una prostituta. Habían encontrado un registro común de diálogo y relación que a los dos y a sus testigos les parecía tolerable y no invasivo. Él llegaba al motel y era más dueño que de costumbre si

estaba Alejandra, daba órdenes, se hacía un poco el enojado. Ella se mostraba particularmente dócil, como disculpándose por estar haciendo uso de las instalaciones sin su permiso y al mismo tiempo demostrándole que su presencia también era ventajosa para él: "¿Vio que le mandé tres chicas nuevas con tarjeta, don Ñanco?" o "Le preparé un almácigo de tomate para que tenga acá afuera, por si un día tiene hambre y se quiere comer un tomate, don Ñanco" o "La Petisa me pasó estos cubrecamas rajados y les pegué una zurcidita a mano, don Ñanco". Con esa distancia, todos se quedaban tranquilos pero una vez que coincidieron solos en la recepción, charlaron más relajados y ella le contó que tenía un ahijado travesti.

"Siempre fue como una nena, el chico. Pero imagínese ahora que se pone tacos y se maquilla… Mi comadre le reza todos los días a Ceferino para que le cure la enfermedad", le contó.

En los relatos de las mucamas había historias de sufrimiento y detalles crudos. Los hijos se les enfermaban, se les infectaban, los atropellaban en la ruta, les robaban la bicicleta; había maridos que sufrían accidentes laborales y eran despedidos porque quedaban inválidos; había hijas violadas y embarazadas prematuramente. Ñanco les hacía frente a esas realidades y ayudaba a las mucamas gestionándoles tratamientos a sus chicos enfermos, consiguiéndoles empleos nuevos a los maridos lisiados o insumos para los bebés no planificados. Sin embargo, no podía hacerse a la idea de un varoncito vestido de mujer y mucho menos se le ocurría cómo intervenir para aliviar la angustia de esa prostituta y su comadre.

Los rótulos que estaba acostumbrado a aplicar no le estaban alcanzando para clasificar de acuerdo con sus esquemas sociales —y sexuales— a este chico-chica. Pensaba en las palabras "mariposón", "puto" y otros sinónimos y sentía que servían solamente para definir a un hombre cobarde o no dado a las actividades consideradas masculinas. Creía haberlo visto todo siendo el dueño de un hotel alojamiento, pero la historia cercana de Mario Alfonso se le presentaba como un desafío a su educación y sus creencias.

Trataba de estar en la casa lo indispensable: dormir, ducharse, desayunar. El resto del día lo pasaba en la municipalidad y en el motel, hablando con todas las personas que pudiese para no tener que escucharse a sí mismo. Había vuelto a hacer turnos en el Cu-Cú, se quedaba por las tardes y hasta la noche. Había dejado de dormir la siesta porque lo hacía sentir muy solo.

Estrella se había hecho cargo de una serie de tareas de esposa sin que nadie se lo pidiese. Le había insistido a Ñanco que le juntase una bolsa de ropa sucia por semana, que ella y Beti se encargaban de lavar y planchar en su casa. Le preparaba pollos al horno con papas y se los llevaba en un tupper, le cebaba mate por las tardes en la recepción, mientras en la radio sonaban cumbias y en el monitor tapado con un trapo se adivinaban las tetas saltarinas de alguna estrella porno. Lo que pasaba alrededor le daba lo mismo mientras tuviese la capacidad de tapar el silencio.

"Usted tiene que ir más seguido a ver a su nena a Buenos Aires", le recomendaba Estrella.

"¿Y quién se hace cargo del telo y de la municipalidad? Tengo demasiadas cosas que resolver, querida, no puedo abandonar mi puesto".

"¡Siempre tan exagerado, don Ñanco! ¿Qué va a pasar en este pueblo si no tienen al secretario de obras públicas una semana? ¿Se va a incendiar? ¿Se va a reventar el Chocón? ¿Va a venir la luz mala? ¿Nos vamos a morir todos, don Ñanco? ¿Se va a terminar el mundo? ¿Eh?".

Pero la burla no le hacía efecto. Tenía unas inexplicables ganas de sufrir, como si darse algún gusto significara traicionar el dolor que debía sentir por la muerte de su amigo. También se sentía extranjero en Buenos Aires, de visita en ese departamento donde su mujer y su

hija tenían horarios, dietas, libros, sahumerios —que en Uspallata siempre habían estado prohibidos porque le daban alergia—.

Desde que Elena y yo nos habíamos ido, Ñanco había empezado a faltar a las reuniones del partido. Los asados ya no se hacían en el quincho de Uspallata sino en las casas de otros funcionarios que tenían a sus mujeres para organizar y limpiar. Las veces que iba, se quedaba callado. Se le hacían extrañas las voces y las discusiones, una distancia cada vez más grande se iba marcando entre sus ideales políticos y lo que estaba ocurriendo en el país y en el municipio, entre una vida compartida y esta nueva forma de soledad. Ahora, además, sin la complicidad de Christian sentía que nada lo ataba a esa gente más que el compromiso asumido para gestionar cierta secretaría. Algo se desmoronaba ante sus ojos arrastrando su ánimo: transitaba la frontera que va de la tristeza a la depresión sin tener la chance de caer del todo. Procuraba estar ocupado para no dejarse ganar por esa pulsión de no hacer ninguna cosa, era su forma de defenderse de sí mismo.

A sus motivos de angustia predilectos —la crisis económica, la ausencia de Elena, la muerte de Christian— se le sumaban los días cortos del invierno. Se le iba formando otro carácter.

Aunque Perfecto y Vilma lo invitaban todas las semanas o pasaban un ratito a verlo a la casa, él prefería mantener distancia y restringir la relación solamente a la cotidianidad de la municipalidad. Contaba los días para que terminase la gestión y pudiese deprimirse tranquilo.

Cuando tenía nueve años, el niño Ñanco y su docente madre Berta se trasladaron a Villa Regina, una localidad que en ese momento tenía poco más de dos mil habitantes, en la provincia de Río Negro. Volvían a la zona después de haber estado los últimos años entre La Pampa, Buenos Aires y Mendoza. Solos, en general, salvo en la etapa de Capital, donde habían vuelto a convivir con León, retomando como podían la vida familiar aunque se tratase más de respetar un formato que de ejercer la rutina de manera espontánea. Madre e hijo se sentían restringidos en sus libertades cuando se imponía la voluntad de León, muchas veces como un capricho para legitimar su autoridad. “Yo soy el hombre de esta casa”, se quejaba si algo no le gustaba, evocando como única herramienta su poder de facto.

Para los habitantes de Villa Regina que los habían recibido en la estación de tren, Berta y Ñanco eran nuevos, interesantes, politizados. Ella venía escribiendo artículos en diferentes periódicos acerca de la docencia en el interior, de lo polarizada que estaba la educación argentina, contando sus experiencias y entrevistando a otros docentes que llevaban dinámicas profesionales parecidas. Esas notas terminaron compiladas en el libro Luces y sombras de la educación en las provincias argentinas, una obra reflexiva y polémica que le había dado a Berta cierta visibilidad y el estatus de celebridad de la pedagogía.

En el andén los esperaban el intendente, su señora, unos miembros de la alta sociedad reginense y unos lacayos indígenas a los que se les daba trato de esclavos. La primera impresión que tuvo Berta fue de desagrado pero no quiso juzgar apresuradamente y se dejó conducir hacia la casa del intendente, que le había ofrecido una habitación en tanto terminaban de arreglar la casa junto a la escuela, donde vivirían ella y Ñanco.

Todavía no había terminado la Segunda Guerra Mundial y ciertos

sectores simpatizaban con la ideología nazi fascista. En el living de la casa había un hogar de leña con un marco de mármol elegantísimo y sobre el mármol unos bustitos de yeso de Hitler y Mussolini. Anfitriones, huéspedes e invitados se sentaron en torno al fuego, en elegantes sillones floreados, para conocerse mejor, mientras eran convidados con licores de frutas. Berta estaba ocupada intentando entender si los dueños de casa eran amigos o enemigos, si había tomado la decisión correcta al dejarse agasajar por esta elite. El niño Ñanco, viendo que su madre no se había dado cuenta de la decoración infame, se levantó del sillón, se estiró para alcanzar las figuritas de los dictadores y mostrándoselas a Berta, una en cada mano, le dijo "Mamá, ¡en esta casa hay nazis!".

"Dejá eso, querido. Que se puede romper", dijo la señora del intendente.

"¡Pero mire usted, qué mocoso!", se sorprendió el intendente.

"Mocoso como la madre", le respondió Berta y agarrando a su nene y sus valijas, salieron de la casa rápidamente.

Pasaron esa primera noche en la estación de tren. Esperando a que amaneciera para buscar un lugar donde quedarse, muy orgullosos el uno del otro.

Se hicieron conocidos en el pueblo instantáneamente. La anécdota en la casa del intendente los había ubicado del lado irreverente de la sociedad, donde también estaban otros maestros, algunos obreros instruidos y los judíos en general.

La amplificación de la ideología nazi se ejecutaba desde la iglesia, donde el cura párroco adoctrinaba a ricos y campesinos. Berta se mantenía informada a través del Juan, el basurero, que iba a rezar devotamente y a escuchar lo que allí se complotaba, para pasar luego por su casa en su carro de caballos y, con el pretexto de retirar la basura, le compartía las novedades fresquitas.

El niño Ñanco aprendía de las ideas de su madre y se iba enojando cada vez más, a medida que escuchaba las historias que contaba el basurero. Hasta que una noche debutó en el vandalismo, acompañando a un grupo de jóvenes partisanos, checos y yugoslavos, que habían llegado al pueblo huyendo de la guerra. Simpatizaba con

esos muchachos y lo tentaba apoyarlos en una venganza que venían planeando en contra del cura: querían robarse la cruz de cuatro metros que el religioso había mandado a ubicar en un punto panorámico de la barda, por donde pasaba un arroyo. La operación fue un éxito y al día siguiente, la policía detuvo a los responsables con excepción de Ñanco, que era un niño y su identidad no había sido revelada por los otros.

Los muchachos y sus familiares, entre ellos algunos ancianos, fueron encerrados en bins, que son grandes cajones en los que se almacena la fruta, en el patio de la comisaría, bajo el pretexto de tener los calabozos superpoblados. Así los tuvieron encerrados una semana completa, con noches de temperaturas inferiores a los cero grados. Mientras duró la condena, Ñanco les llevó comida caliente al mediodía y a la noche, en su bicicleta. Berta le preparaba las viandas y él pedaleaba en contra del viento helado de la Patagonia y se colaba por un agujero del alambrado para pasarles la olla con yarkoie, que volvía limpia a la casa porque le habían pasado hasta la lengua por el fondo.

En esto pensó la noche en que decidió dejar la política. Estaba solo, acostado boca arriba en su cama de Uspallata, siempre de su lado, sin desarmar el costado de Elena. Contó los días que le quedaban para terminar su compromiso como secretario de Obras Públicas, pensó en ese último día, en lo que iba a decirles a las personas que le importaban. Quería hablar claro sin ser ofensivo: quería explicarles que había una distancia insalvable entre sus razones para hacer política y la actividad enviciada de la municipalidad; no quedaba nada parecido al idealismo que lo había motivado a afiliarse al Partido Peronista siendo todavía un adolescente. Quería ser respetuoso pero franco y se frustró por no encontrar las palabras justas —la necesitaba a Elena para eso—. Entonces se quedó enojado, a oscuras, distinguiendo las vigas del techo en la penumbra del cuarto. Se le iban cerrando los ojos y antes de quedarse dormido cerró sus cavilaciones con un “Se van todos a la puta que los parió”.

A la luz del foco pelado, ella bordaba lentejuelas rojas en una remera blanca, iba lento y se concentraba en cada puntada. Los dedos huesudos y las uñas despintadas iban y venían sobre la tela como si la aguja estuviese haciendo una visita guiada, deteniéndose en cada punto para apreciar lo logrado hasta el momento. Su madre la miraba nerviosa, tenía el impulso de levantarse y manotearle el bordado para terminarlo ella, rápido, pero se contenía porque ayudarla significaría la aceptación de esta nueva hija, de esta locura. Hasta hacía unos meses, su hija se había llamado Mario Alfonso y había sido un varón. Inútil, sin dudas, pero varón.

Se había preguntado tantas veces en la vida en qué momento Mario Alfonso se había vuelto puto, que no se acordaba ya si venía primero el hecho o la duda. Siempre había sido un chico blando que no jugaba al fútbol y les tenía miedo a los bichos. ¡A los bichos! Absurdo, con la cantidad de porquerías que daban vueltas afuera y adentro del rancho: vinchucas, arañas, culebras. Su único hijo había sido un varoncito y ella estaba agradecida, toda la vida se lo había imaginado grande, desratizando el baldío donde tenían ahora la casa. Lo había criado sola porque el padre era casado y ya tenía demasiados problemas manteniendo a una mujer y seis chicos como para hacerse cargo de otro. Cuando ella le contó que estaba embarazada, él se la sacó de encima con un contundente “arreglatelás”.

Mario Alfonso había jugado con otros varones y hasta había ido a la escuela un tiempo, mientras ella trabajó limpiando una casa en el pueblo. Pero cuando la echaron no lo mandó más, porque no tenía plata para comprarle zapatos ni cuadernos. Por suerte, en los casi tres años de escuela había aprendido a leer y escribir. Pero ¿en qué momento se había hecho puto? No se acordaba. Había sido siempre medio maricón, pero varoncito. Y ahora esto: le usaba la ropa que

achicaba a mano, había conseguido unos tacos blancos y practicaba caminar adentro del rancho, sobre la tierra apisonada, se pintaba los labios y en la pieza había pegado la foto de Gabriel Batistuta en calzoncillos para besarle la boca y el bulto antes de ir a dormir.

"Listo el pollo", dijo y levantó la remera para mostrársela a su mamá. Le había cortado el cuello haciéndole escote bote y con las lentejuelas rojas había escrito """"Cindy""""", así de encomillado.

"¿Cindy?", le preguntó la mamá.

"Así me pusieron mis amigas".

"¿Y qué tiene que ver Cindy con Mario Alfonso? Si vas a usar otro nombre, que sea María o Alfonsa", la retó su mamá y se fue enojada a la pieza. Hubiese dado un portazo, pero en el rancho había cortinas en lugar de puertas.

María Alejandra era su madrina y la había ayudado a empezar, que era la parte más dura del proceso. No le parecía gracioso que las otras chicas se burlaran de Mario Alfonso diciéndole Cindy. Ella hubiese preferido llamarla Mary pero el uso de Cindy les ganó a sus ganas, a medida que la chica se iba haciendo más conocida en el ambiente, se extendía el apodo y cambiaba el significado, de burla a sobrenombre. "Si a ella le gusta que le digamos así", justificaban las guachas. Cindy era una contracción maliciosa de "sin dientes".

No había otra salida laboral para el travestismo que la prostitución, no había cabida en la sociedad para que un varón vestido de señorita desarrollase alguna otra actividad. Tampoco las travestis parecían tener la intención de ser o hacer otra cosa. Vivían atrapadas en una estigmatización que iba y volvía: se era travesti para ejercer la prostitución, se era prostituta como prueba del compromiso con ese estilo de vida. Era lo que Cindy conocía del mundo, tenía que aprender a usar tacos y chupar pitos, aunque en eso ya tenía experiencia. También estaba informada sobre las etapas de la transformación, los costos y la cantidad de clientes que iba a necesitar para poder hacerse las tetas. Era un círculo virtuoso: cambiaba de sexo para poder prostituirse; se prostituía para juntar plata; juntaba plata para poder cambiarse de sexo.

XIII

La ropa venía de India, Indonesia y Tailandia; la tecnología, de Taiwán y China, de donde también venían los juguetes, las herramientas, los accesorios para el pelo y la bijouterie de plástico. La expresión made in se había puesto de moda por las importaciones desreguladas y se usaba informalmente como adjetivo para calificar las cosas desde su origen: "made in China" quería decir "ordinario", "made in India" quería decir "hippie". Si una persona se refería a su patrón como "made in Tailandia", quería decir que era un explotador esclavista de menores.

Elena me acompañaba a recorrer las vidrieras del Once, donde me extasiaba con la variedad y los precios mayoristas, buscando argumentos para comprar tal o cual pavada, liberada después de haber sufrido los precios prohibitivos de los shopping centers. Ella mostraba desinterés por los objetos pero se ponía interactiva con los vendedores y los compradores, con quienes mantenía conversaciones sobre gustos personales, precios, volúmenes de mercadería vendida mensualmente. Una vez, en uno de los locales, me dijo "Estos son los espejitos de colores de esta década". Estaba haciendo un estudio de mercado, a su manera.

Ella y Ñanco venían desarrollando un nuevo plan comercial en sus últimas conversaciones telefónicas: llevar los productos chinos a la Patagonia en una estrategia polirrubro que incluiría local a la calle y distribución a las distintas ciudades del valle y alrededores por stock y a pedido. El puente de intercambio con Buenos Aires sería Elena, que

se encargaría de comprar y despachar la mercadería, hacer los pedidos y detectar los productos que en el sur serían furor en los próximos meses, que era el tiempo que le tomaba a una moda llegar desde la capital al interior. Esa y el remarcado de precios, eran las principales ventajas comerciales que le veían al proyecto. Sólo les faltaba una tercera parte, que se encargaría de distribuir los productos al por mayor en las localidades cercanas y que les aseguraría cierta estabilidad, para que el negocio no fuese tan dependiente de la caprichosa venta al público.

En sus años como dueño del motel, mi papá había desarrollado la teoría del Índice Cu-Cú que, aseguraba, era infalible: podía predecir el rumbo inmediato de la economía de acuerdo con el perfil de los clientes que estaban yendo al motel al momento del análisis. Entendiendo el turno de dos horas como un producto de lujo y el aumento del deseo sexual como consecuencia del optimismo ante las perspectivas personales —económicas— favorables, el Índice Cu-Cú le ayudaba a comprender y pronosticar sin dejarse influenciar por las quejas de los chacareros o las noticias engañosas de los medios. Ante una posible recesión, los primeros que dejaban de ir eran los clientes de clase media, que mantenían un comportamiento más reservado respecto de los placeres y su consecuente gasto. En esos momentos se mantenía invariable la afluencia de clientes de mayor poder adquisitivo, mientras que los de clase más baja continuaban yendo, aunque con menor frecuencia y reduciendo al mínimo el consumo de bebidas por turno. Cuando se vivía una muy buena temporada de cosecha, la clase media retomaba la actividad sexual mientras que la clase alta estaba demasiado ocupada cerrando los negocios del futuro, invirtiendo. En esos momentos, la clase baja se gastaba la quincena en el motel, dándose el lujo de pedir turnos largos y consumir más bebidas alcohólicas.

En las cenas en las casas de mis hermanos, Ñanco analizaba estos factores en voz alta para entender si el negocio de las importaciones podía tener algún vínculo con el Índice Cu-Cú. Pero no lo había.

Mis hermanos, que ahora eran adultos y sus vidas estaban sólidamente encaminadas, se habían convertido en los consultores de

riesgo del proyecto y Ñanco y Elena los escuchaban con respeto. Después de tantos años de convivencia, mi papá se había olvidado de que no era su padre biológico. En realidad, todos nos habíamos olvidado. En las reuniones sociales donde Ñanco y Boris coincidían, mis hermanos los presentaban a terceros como “mi papá y mi papá”. Ñanco siempre los llamó hijos y les dijo nietos a los hijos de los hijos de mi mamá, que siempre lo llamaron abuelo y no crecieron teniendo la sensación de pertenecer a una familia ensamblada sino más bien a un grupo numeroso, heterogéneo e inclusivo.

La noche en que mis hermanos, sus parejas y mi papá se juntaron a cenar para conversar y pulir detalles del nuevo negocio, Boris había llegado sin avisar, como era su costumbre. Se abrazó con todos y le pusieron un plato en la mesa pero no dijo nada durante la charla, porque el tema no era de su incumbencia. Hablaban de la estructura, se aportaban ideas y se hacían chistes sobre consoladores chinos que dejaban de funcionar en pleno orgasmo porque eran de mala calidad. Cuando Ñanco contó que estaba buscando un socio que distribuyese los productos en el valle y las localidades vecinas, Boris dijo “Yo podría hacer eso. Tengo la camioneta y estoy verdaderamente al pedo”. A todos les pareció una buena idea.

Elena tenía una oportunidad de revancha única: después de años de sentir vergüenza cada vez que le tocaba pronunciar “Cu-Cú” delante de sus conocidos —que intentaban disimular lo que pensaban verdaderamente riéndose con falsa simpatía y comentando “¡Qué original!” o “¡Ideal para que vaya todo tipo de público!”— este nuevo negocio la redimiría con un nombre elegante. Simplemente había que encontrar el adecuado.

Ñanco contaba que durante la obra, un amigo tartamudo había pasado a visitarlo y le había preguntado qué clase de hotel iba a abrir en ese lugar. Él le había contestado que era un hotel alojamiento y el tartamudo le había preguntado si era uno de esos lugares adonde se va a “cu-cu, a cu-culear”. Esa era la génesis fantástica del nombre y cada vez que Ñanco lo contaba, Elena hacía una mueca de fastidio y soplaba o largaba el humo del pucho por la nariz, como un dragón furioso. A mí me subía un calor por el torso al escucharlo, me causaba bochorno mi papá inventando ese cuento ¡si yo sabía perfectamente que no tenía ningún amigo tartamudo! Además conjugaba tan cómodamente, delante de todos y varias veces si era necesario, el verbo “culear”.

En Buenos Aires, Elena y yo recorríamos el Once buscando oportunidades mayoristas con la referencia en mente de nuestra tienda favorita, un paraíso de rarezas en la esquina de Callao y Santa Fe que se llamaba Scioli Internacional. Todo lo que se vendía ahí era insólito, fantástico y carísimo. Eran productos que complementaban un tipo de ocio que no conocíamos, que no era uno recreativo sino uno más bien estúpido, pero cautivante. Había una bola de vidrio que encerraba una especie de bulbo raquídeo, que desprendía rayos rosados y azules; había un vaso de cerveza que era surtido constantemente por una canilla que colgaba del aire. Genialidades inútiles. Elena tomaba

distancia y se ponía crítica, pero le encantaba. Pedíamos que nos explicasen todos los mecanismos y preguntábamos todos los precios y cuando volvíamos caminando al departamento comentábamos muy animadamente las maravillas que habíamos visto.

En el Once conseguíamos algunos de los chiches de Scioli Internacional, pero de otra calidad. Fuimos pioneras en identificar las versiones chinas de las cosas, cuando todavía la mayoría de las personas no estaba habituada a que hubiese dos tipos de fabricaciones para un mismo producto. La idea era armar una tienda así de fascinante en Neuquén, pero abastecida con los productos clase B que dejaban un alto margen de ganancia. Con ese concepto presente, Elena propuso que el negocio se llamase "Internacional" en homenaje a nuestra tienda predilecta. Y aunque ella quisiera evitarlo, también esa elección de nombre era un poco ridícula, como la del Cu-Cú, porque en nuestro afán de ser ciudadanos del mundo comprábamos pavadas chinas baratísimas que complementábamos con marroquinería de segunda y prendas hippies de la India y terminábamos pareciéndonos más a un Todo x 2 pesos, incipiente formato de comercio basado en el modelo económico de la depreciación de la producción nacional por sobre la mercadería importada, gracias a un dólar falsamente competitivo.

Consiguieron un local bien ubicado en el centro de Neuquén, chiquito pero con un depósito amplio que les permitiría guardar la mercadería para la distribución. Quedaba en la misma manzana de Zully Prêt-à-Porter y Ñanco no podía justificar por qué no lo convencía del todo la ubicación, hasta que comprobó que Reina ya no trabajaba más en la tienda y se relajó.

En la vidriera, un letrista muy prolijo pintó el nombre en azul y rojo, con estrellas amarillas a los costados. Era retro, muy moderno. Abrimos las puertas al público dos días antes de Navidad, con mucha de la mercadería todavía guardada en cajas.

Mis vacaciones empezaban ese día, después de haber rendido los exámenes finales de las seis materias obligatorias que tenía ese año en el Instituto del Colón. Elena y yo nos fuimos a Retiro, para tomarnos un colectivo de larga distancia semicama en el que conversaríamos durante varias horas sobre los productos, las vidrieras y las nuevas ideas comerciales que nos harían no sólo ricas, sino admiradas por nuestra visión de negocios. Aunque a nivel macroeconómico nos estábamos empobreciendo, desde la inocencia teníamos alguna sensación de prosperidad. Ante la incomprensión del fenómeno que estaba viviendo el país, preferíamos el optimismo.

Diecisiete horas después, llegamos a la terminal de Neuquén con un tipo de ansiedad incontenible porque íbamos a conocer el local y, sin pasar por ninguna casa a ducharnos ni dejar los bolsos, nos fuimos directamente a Internacional.

Estaban mis hermanos, Boris y Ñanco, que habían llegado cuando todavía era de noche para limpiar, ordenar, escribir infinitos carteles con los precios de los productos. Hacía calor y por la puerta pasaban curiosos que nos preguntaban de qué se trataba el nuevo negocio y a qué hora íbamos a abrirlo, prometiendo volver a tiempo para hacer sus compras navideñas. Los exhibidores estaban casi armados y se me había asignado la tarea de acomodar, prolija y femeninamente, los productos que no estuviesen expuestos con buen criterio.

Cerca de las diez de la mañana ya se había juntado un grupo de clientes que esperaban a que se abriese la puerta, atraídos por la novedad. Uno de mis hermanos recorría la cola armado con una bolsa de caramelos ácidos mientras les decía “En unos minutos abrimos, ¡gracias por venir!”. Adentro corríamos. Era imposible montar algo prolijo con semejante cantidad de productos y había que elegir a qué tipo de mercadería darle prioridad visual y todos hablábamos a la vez,

cada uno opinando algo diferente, y alguien hacía un chiste y todos nos reíamos. Habían quedado los accesorios de dama al lado de las herramientas y las máscaras de goma con las caras de los presidentes de los Estados Unidos —¿o eran actores famosos?— junto a los sahumerios y las babuchas de gasa. Ese día nuestros errores eran graciosos, estábamos muy excitados y de buen humor y nos permitíamos decir groserías acerca de las señoras que esperaban afuera.

Cuando se abrió la puerta, la gente entró de golpe sin respetar su lugar de la cola y algunos se pelearon acusándose de maleducados, mientras Ñanco les pedía que se calmasen apuntándoles con el aparato expendedor de números, que todavía no había sido amurado a la pared.

Con el correr de la mañana se fueron calmando los ánimos. Además de los compradores, entraban amigos de la familia, que llegaban con macetas con helechos o potus con moños rojos y tarjetas de felicitaciones y deseos de prosperidad, nos besaban y compraban alguna pavada, comiéndose un caramelo de bienvenida.

A la hora del almuerzo, cuando el interior se mete en su casa para comer en familia y dormir la siesta, quedaban algunos rezagados que preferían comprar tranquilos, sin la presión de los otros clientes mirándoles los productos y los presupuestos. Boris trajo empanadas y vendíamos comiendo y les convidábamos a los compradores, que se veían tan contentos como nosotros. El local había quedado muy desordenado porque todos nos habíamos puesto a atender y a nadie se le había asignado la tarea de ir reacomodando la mercadería a medida que otros la iban sacando de sus lugares para mostrarla. Entonces Elena propuso cerrar una hora, para descansar un poco y volver a limpiar un rato antes del segundo turno.

Nos fuimos todos caminando unas cuadras hasta la casa de Boris, contándonos en voz alta las conversaciones que habíamos tenido con los diferentes clientes y los pedidos insólitos que no podíamos satisfacer, riéndonos como compañeros de colegio. Los varones iban con las camisas abiertas por el calor. Las chicas nos habíamos anudado las remeras arriba del ombligo.

El lugar más fresco en la casa de Boris era el patio, debajo de la parra, donde daba la sombra todo el día y las plantas alrededor creaban un microclima con olor dulce. Arrastramos unas colchonetas y unas reposeras y nos acomodamos en campamento mientras nos convidábamos los vasos servidos con jugos con hielo que mi mamá iba trayendo de la cocina.

Sonaban las chicharras y el sol se colaba como podía por los intersticios de los racimos, que se derretían hacia el suelo, pegajoso de hollejos caídos y pisados por la ojota humana. Las moscas se paraban en las caras de la familia que se iba durmiendo, aprovechando la tranquilidad para caminar y limpiarse las patitas en su baba sin ser espantadas. Las voces de las anécdotas se apagaban con el sueño y Elena fumaba sentada en una reposera, vigilando la tranquilidad de su manada.

El colectivo interurbano iba por las chacras y los barrios tomando caminos internos de tierra, parando en árboles sin carteles ni marcas, que solamente los locales y los choferes reconocían como la parada. Junto a un poste de luz esperaban Alejandra y Cindy. Iban a Neuquén, en una expedición diurna riesgosa porque hasta ese momento Mario Alfonso nunca había salido del barrio identificado, remera bordada y maquillaje mediante, como Cindy.

A esa hora, la ruta estaba sola y seca y en el horizonte la luz lograba un espejismo de agua sobre el asfalto, que mantenía entretenidas con algo a las chicas, mientras esperaban.

“Y cuando llegás al lugar donde está el agua, desaparece y vuelve a aparecer más lejos”, le explicaba Cindy a su madrina.

“Es la luz”, la instruía María Alejandra.

“¿Cómo va a ser la luz? ¡Si es agua!”.

No pasaban coches ni bicicletas ni animales. Los yuyos secos de la banquina se ponían más pinchudos con el calor. Las chicas transpiraban y tomaban jugo frío que habían cargado en una botella de Coca vieja. Cuando vieron al colectivo venir de lejos, Cindy agarró del brazo a su madrina imitando el movimiento de afirmarse una contra la otra que hacen las mujeres amigas cuando se van a enfrentar a un obstáculo que deben superar juntas entre zapatos, faldas y bolsos. El colectivo venía medio vacío. Se subieron rápido las dos y se fueron para el fondo, donde corría más el aire. Todas las ventanillas estaban abiertas y las cortinitas rojas, llenas de tierra de años sin lavarse, flameaban hacia adentro y hacia fuera, dependiendo de cómo entrase el viento que refrescaba al pasaje.

Se bajaron en la terminal de Neuquén y se fueron caminando las veinte cuadras que tenían hasta el negocio nuevo de Ñanco. Los neuquinos en la calle murmuraban incrédulos “¡Un travesti!”. Cindy se

sentía admirada. Todos nos quedamos helados cuando entraron al local y Ñanco salió de detrás del mostrador para darles la bienvenida con un beso en la mejilla a cada una. Yo nunca había visto un travesti de cerca antes. Mi papá estaba saludando a un travesti. Travesti, travesti. La palabra venía con imágenes imposibles de tetas y pitos y muchas preguntas. “Esta es mi ahijada Cindy, don Ñanco. Hoy me levanté pensando en los regalos para el arbolito y le dije ‘vamos a visitar a don Ñanco’. ¡Y acá nos tiene!”, los presentó Alejandra.

“Esta es Florencia, la bailarina”, les dijo él agarrándome por los hombros, orgulloso. “Vos la conociste a Alejandra hace muchos años, ¿te acordás?”, me dijo.

Claro que me acordaba, pero la chica que me había descubierto robando la propina en la habitación número cinco del motel era una mucho más joven que esta señora ajada. No parecía la misma, pero era. Les di un beso en la mejilla a cada una. Travesti, travesti. Las dos olían a colonia Sweet Honesty. Me llevé a Cindy adonde estaban las hebillitas del pelo y le vendí unas cuantas. Tenía acné tapado con maquillaje, llevaba máscara para pestañas; tenía manos de hombre con uñas largas, algunas rotas. Su atuendo era diurno, a primera vista, desinteresado; pero la cantidad de maquillaje y el énfasis en el arreglo del pelo evidenciaban un trabajo previo para parecer casual. Tenía unos jeans ajustados y zapatillas modernas muy usadas, muy lavadas, rotas, probablemente descartadas por alguien.

A la noche en Uspallata hubo gritos. No supe si era desaprobación por la familiaridad con la que se las había tratado a la puta y a la travesti, no distinguía si eran celos o fobia o si, simplemente, Elena sentía que lo que había dejado en el pueblo había cambiado tanto que ya no lo reconocía. Me quedé en mi cuarto escuchando en el discman un cd de los Guns N’ Roses que me habían prestado y había escondido en la caja de Carmen, de Bizet. Eran tan inquietantes esas falditas que usaba Axl Rose y esos labios. Y lo que cantaba, seguramente, era sexo, sexo, sexo, drogas, drogas, drogas. Me atraía de una forma que era mejor mantener en secreto. No había manera de hacer convivir el ballet y ese hombre que mostraba las piernas. No quería que mi mamá se diera cuenta de que amaba el rock. Mientras sonaba “November

Rain", escribí en mi diario "Hoy conocí un travesti. ¿Es un hombre con tetas o una mujer con pito?".

Cada vez que hablábamos con Ñanco de Cindy, él se mostraba sensibilizado pero muy confundido en el género que debía usar para referirse a ella. Me decía "Pobrecito ese chico, tiene tu edad y mirá la vida que lleva. O esa chica, no sé…" y se desligaba del problema concluyendo con un ambiguo "Pobre criatura".

Muchos años después me enteré de que la discusión de esa noche en Uspallata había sido por los dientes de Cindy. Unos nuevos, que iban a empezar a colocarle gracias a la gestión de Alejandra y mi papá, que había puesto el dinero y se había encargado de explicarle al odontólogo que se trataba solamente de una ayuda, que no había ninguna clase de relación entre ellos. Al principio, el profesional se había mostrado reticente a tener una paciente travesti, creyendo que el resto de su clientela podría ofenderse o incomodarse con su presencia en la sala de espera. Pero como el tratamiento de Cindy era caro y Ñanco proponía pagarlo al contado, el odontólogo terminó por aceptarla, con la condición de que la paciente no evidenciara su travestismo en el consultorio. En los meses que siguieron, Cindy fue a todas las sesiones para reconstruirse la dentadura, siempre puntual, sonriente y disfrazada de Mario Alfonso.

Diego había pasado por mi casa a buscarme en el coche de su papá. Técnicamente era mi primera cita. En las provincias, los adolescentes manejan vehículos sin el permiso de las autoridades pero con la complicidad de sus mayores, que es lo que importa. Los hijos de celebridades locales, como Diego, que era el menor de una familia tradicional dueña de galpones de empaque, o como yo, no tienen inconvenientes con la policía. Si nos paraban en la ruta, Diego invocaba su apellido y asunto resuelto. Siempre había un cabo o un sargento que tenía un hermano o un cuñado trabajando en los galpones de su familia.

Después de nuestro beso público en tercer grado, de su tan comentado debut sexual en el Cu-Cú, de mis apariciones mediáticas, habíamos desarrollado cierta fobia a la exposición en el pueblo. No estábamos listos para dejarnos ver juntos, así que nos fuimos a un boliche de Neuquén. Era el mismo Diego de siempre, pero también era uno diferente, con camisa, con olor a Axe. Fumaba cigarrillos Camel desesperadamente y teníamos que parar cada tanto en la banquina para que él pudiese dar unas pitadas, porque si llenaba el coche de olor a pucho no se lo prestaban más. Era un hombre de quince años, era un sueño hecho realidad.

Durante el viaje le conté todo lo que sabía sobre Cindy, él estaba fascinado y no hacía ningún chiste obvio de los que hubiese hecho cualquier otro varón de esa edad del pueblo con la información que yo le estaba dando.

"¿Y va al dentista vestido de hombre?", me preguntaba.

"Se hace una trenza en el pelo y se lo mete adentro de la gorra, pero cuando se acuesta en el sillón, le incomoda y se saca la gorra. Entonces se le despeina la trenza y termina yéndose con el pelo suelto".

“No es grave. Está lleno de varones con el pelo largo. ¿Y con las tetas cómo hace?”.

“No se las pone”.

Era temprano y la pista del boliche todavía estaba medio vacía. Diego había pedido un gin tonic y una Coca para mí y nos sentamos a charlar en unos sillones mientras pasaban temas de los Red Hot Chili Peppers y de otras bandas de rock bailable. Los pasos de la danza popular contemporánea me parecían imposibles, desagraciados, rogaba no tener que bailar pero cuando pusieron “All that she wants”, de Ace of Base, nos vimos en la pista moviendo los hombros. Y apretamos.

Diego besaba mucho mejor que a los ocho años. Nos tocábamos las lenguas y los dientes como si estuviésemos intercambiando un caramelo, moviendo las cabezas con sabiduría, rodeados de testigos a los que nuestros besos les daban lo mismo. Su gusto a alcohol y pucho me parecía adulto y sexual, pero yo estaba lejos aún de sentir deseo físico real más allá del vértigo de la novedad o, si lo sentía, no era capaz de distinguirlo de esas otras sensaciones.

Después de repetir la fórmula trago-charla-baile-apretar hasta las cuatro de la mañana, que era la hora hasta la que se me había permitido salir, volvimos al pueblo escuchando un casete con temas del momento a todo volumen. En una parada para fumar en la banquina, volvimos a besarnos y, enamorada del presente pero más de lo que habíamos vivido juntos desde el preescolar, lo insulté un poco. No entendía cómo no éramos novios, cómo no nos casábamos, por qué no me había esperado y se había apurado a debutar con la atorranta de Carla. Seguimos apretando para reconciliarnos de esa breve discusión y lo invité a mi casa ofreciéndole alguna botella que tendría Ñanco y después de decirme varias veces “tu viejo me va a matar”, aceptó. Entramos sigilosos y fuimos directo al patio. Ñanco y Elena estaban despiertos haciéndose los dormidos.

Sentados en el borde del foso donde nunca estuvo la pileta, con las piernas colgando al vacío, Diego y yo charlamos con profundidad sobre temas importantes, que son los que se conversan a esa hora, cuando uno está más perceptivo. Él se tiró al fondo de un saltito y me

agarró de la cintura para bajarme a su altura con un movimiento ágil de ballet. Se lo dije, le encantó y volvimos a besarnos, ahora involucrando cierto manoseo más comprometido.

"¡Florencia!", gritó Ñanco desde adentro. "¡A dormir, carajo!".

Salimos corriendo con el corazón en la garganta. Acompañé a Diego hasta la puerta de calle y volví para meterme en la cama rogando no tener ningún encuentro en el camino. Pero mi papá me esperaba parado, en piyama, al lado del baño. Tenía preparadas unas palabras y no iba a perder la oportunidad de decírmelas: "No te quiero ver haciendo eso con nadie, ¿me entendiste? ¡Tu novio es la danza!".

Al terminar el verano, Elena y yo volvíamos a Buenos Aires y Ñanco se reacomodaba en la soledad de Uspallata, retomábamos las rutinas que nos habían asfixiado durante el año pero que habíamos extrañado en las vacaciones. Nosotras volvíamos al micromundo de los chistes internos; él, a las complicidades con las mucamas y los mates de compromiso. Estrella mandaba a Beti dos veces por semana a limpiar la casa y dejarle comida lista a mi papá para que él sólo tuviese que calentarla en el microondas. La chica alguna vez le había contado a su madre que Ñanco era distraído, que hacía cosas sin pensar, como la vez que se olvidó de cerrar la puerta de la casa a la noche. Ella había llegado bien temprano y al ver la casa abierta, entró corriendo, asustada, imaginándose catástrofes mientras llegaba a la habitación para encontrarse con su patrón, lagañoso, tapadito, tranquilo.

"Le vamos a prender una vela a la virgencita para que lo cuide a don Ñanco", sugirió Estrella. "Llevale una estampita para que quede en la casa y prendele la vela allá, así se le limpia la mufa".

Beti ya era una mujer, pero seguía viviendo con su madre y dependiendo de ella en muchos aspectos. Colaboraba en la casa con el dinero que le daba Ñanco por los servicios de limpieza, pero no era capaz de encontrarse un novio sola, necesitaba que Estrella estuviese involucrada en la búsqueda o, al menos, relacionada de alguna manera con el candidato. Su mamá le tenía que dar el visto bueno, tenía que saber de qué barrio era y cómo era su familia; idealmente se lo tenía que presentar ella. A las dos les parecía que ese era el mejor procedimiento para que Beti estuviese protegida de la maldición de la madre soltera, una condena que venía en su sangre, en la de varias de sus amigas y de otras chicas y señoras del barrio.

Cada vez que Estrella le contaba a Ñanco sobre las dificultades que tenía para ubicar bien a su hija, él se ponía serio para burlarse: "Por

eso dice la Biblia 'No embarazarás en vano'".

"¡Don Ñanco! ¡Eso no lo dice la Biblia!", se reía ella. "No quiero imaginar cómo lo va a castigar Dios con todas las cosas que dice usted, ¡viejo loco!".

Cada mañana que Beti tocaba el timbre, Ñanco llegaba a la puerta arrastrando los pies y protestaba "¿Venís todos los días ahora?" y la chica entraba muerta de vergüenza a la casa, pero se le pasaba en seguida, cuando se ponía manos a la obra. Le preparaba el desayuno, abría los ventanales para ventilar y para que entrase el sol de la mañana. Se escuchaban los perros ladrando, todos los perros vagabundos ladraban cuando se les daba la gana sin que ningún dueño los hiciera callar y toda esa libertad de expresión era el único audio a esa hora, cuando los vecinos recién se estaban levantando de sus camas y poniendo la pava en el fuego.

Para llegar bien temprano a la casa de Uspallata, Beti salía de noche en bicicleta desde su barrio, helándose, tambaleándose entre las piedras con el manubrio enclenque. Ñanco no podía creer que la chica fuese todos los días a su casa por orden de Estrella, no sabía si le parecía un abuso de poder, una exageración o si lo estaban vigilando. Le gustaba que le preparasen el desayuno pero se ponía un poco paranoico a veces y en alguna conversación telefónica le preguntó a mi mamá si ese cuidado que estaba recibiendo, que a él le parecía excesivo, no había sido idea de ella.

En cuanto Ñanco se iba al motel o a Internacional, Beti se sacaba las alpargatas y caminaba por las alfombras soñando despierta. También aprovechaba para hacer caca en el baño, tranquila, imaginándose cosas, pensando en vestidos, y después lo limpiaba a fondo, profundamente para que nunca nadie pudiese acusarla de cagar en el baño del patrón. Su otro ritual secreto era encenderle una vela a la estampita de la virgen que había escondido en el bajomesada, junto con los productos de limpieza, donde sabía que Ñanco nunca la encontraría. Sacaba la estampita y la ubicaba en el zócalo del revestimiento de machimbre, entre la madera y la pared, donde sería su lugar oficial si ella fuese la señora de la casa. Ahí al lado encendía la vela, que estaba pegada con su misma cera a un platito de café.

Rezaba, pedía, agradecía y seguía limpiando la casa, cantando latinos bajito, mientras la vela ardía y la virgencita hacía su trabajo.

XIV

A las 13.30 de un martes de diciembre, Beti cerró con llave la puerta de entrada de la casa de Uspallata y escondió el llavero adentro de una teja suelta del alerón, que había sido su escondite histórico, desde los tiempos en que mis hermanos vivían ahí y salían de noche y no se llevaban la llave para no perderla. Hacía unos días que no podía pensar en otra cosa más que en el regalo de Navidad que le iba a comprar al chico con el que se estaba viendo hacía unas semanas. Era un muchacho musculoso de Catriel que trabajaba en las perforaciones de petróleo y era sobrino de una comadre de Estrella. Tenía todas las cualidades para ser su novio y no quería dejarlo escapar: el regalo debía ser imponente. Mientras le daba vueltas a la llave, pensaba en tomarse el interurbano para ir hasta Neuquén, al llegar caminaría diez cuadras hasta la casa de deportes, donde sacaría un número y la llamarían por micrófono para venderle un par de zapatillas que costaban el sueldo de casi un mes de trabajo. Aunque no estaba decidida del todo por las zapatillas. Tal vez sería la camiseta oficial de River.

Dos horas después de que ella se fuera, los bomberos destrozaban la puerta de la casa con un hacha para poder entrar y apagar el fuego

que estaba agarrado furiosamente al machimbre y con particular saña en los troncos de palmera seca que Ñanco había elegido como vigas para el techo del quincho, cuando se hizo la primera remodelación de la casa en la época de Leticia. El pueblo y las chacras se secaban tanto en la temporada de calor, que los incendios forestales se generaban espontáneamente, como una plaga, por los reflejos del sol sobre los yuyos o por cualquier pucho encendido tirado con descuido desde la ventanilla de un coche al pasar. A los bomberos les resultaba difícil combatir los fuegos del verano que se alimentaban con el aire solamente, descontrolándose en todas direcciones, salvajes.

El humo gris y negro salía por los poros de las paredes, por cualquier agujero que encontrase en el caparazón de la casa, para juntarse sobre el techo en una nube majestuosa y fatal. La cuadra se iba llenando con el excedente del agua del camión cisterna, convirtiéndose en una laguna de mugre, como un río que arrastraba porquería negra, que era el residuo de nuestras pertenencias desintegradas en el fuego. Los vecinos, desesperados en la calle, abrazaban a Ñanco, que estaba desgarrado.

Se quemaron todas las fotos, los libros, los cuadros, los sillones, las cortinas. Lo que no se quemó, se convirtió en una costra oscura, hedionda de incendio para siempre. El fuego no llegó a todas las habitaciones pero adonde se metió, destrozó. El aparador del comedor, donde Ñanco guardaba sus secretos del motel bajo llave, había resistido de manera increíble y, aunque las llamas le habían dibujado formas malvadas sobre sus puertas labradas a mano y los vitrales se habían quebrado o estallado, seguía en pie. La biblioteca de Elena, con sus enciclopedias y sus colecciones completas de ciencia ficción, ya no existía más. Mi dormitorio y el de mis padres se habían salvado aunque estaban tapados de hollín, las alfombras parecían la superficie de la luna. El quincho, la cocina, el dormitorio que había sido de uno de mis hermanos y que Ñanco usaba como estudio, estaban destruidos. Desaparecieron los documentos, los biblioratos y los cuadritos con las notas que habían publicado sobre mí en el diario.

Elena voló al pueblo la noche siguiente al incendio para acompañar a Ñanco en todas las instancias emocionales de la desgracia: incredulidad, odio, resignación. Los dos estaban afectados por la catástrofe, pero mi mamá era desapegada a lo material, entonces no sufría tanto por lo perdido sino más bien por las inconveniencias a las que iba a enfrentarse la pareja a partir del incendio, que también afectarían a sus hijos y seres queridos en general. Ella tenía solamente una cajita de madera con tapa de carey en la que guardaba unos pocos souvenirs de su pasado: una piedra azul, un caballito de mar seco, unos aros de perlas, una foto de su papá joven, una foto de su mamá en los sesenta, con la cola apoyada en la mesada de la cocina de su casa. Esa caja estaba en Buenos Aires ahora. Podía prescindir del resto de las cosas que había dejado en el pueblo.

Mi papá, en cambio, había acumulado cositas durante toda su vida, que vivían en cajas, cajones y carpetas que se habían quemado. Perdió su colección de cuadernos de primaria, guardaba uno por cada año cursado, alguna vez nos habíamos sentado juntos a leer y reírnos de la caligrafía pomposa que les obligaban a tener a los niños, que escribían con pluma. Desaparecieron las fotos en blanco y negro de sus parientes inmigrantes que andaban dispersos por el país, muchos ya muertos. Los diarios de su mamá, en los que había descargado sus frustraciones y padecimientos como maestra rural, donde confesaba las emociones que no cabían en sus reportes y ensayos tan aplaudidos por la comunidad educativa.

Ñanco cultivaba el pasado, ejercitaba su historia archivando recuerdos materiales que sacaba en público cuando tenía que corroborar alguna anécdota que estaba contando y que sonaba a fantasía. Como la de su tío que se había escapado de la casa a los trece años para irse a vivir a una botica, donde había aprendido todo sobre

medicina para terminar operando de apendicitis a un mapuche, en un rancho y sin anestesia, una vez que se fue a visitar a su hermana Berta a la cordillera. A modo de prueba, sacaba de un cajón un papel en el que los familiares del enfermo desligaban de responsabilidades al "doctor" si el paciente se moría durante la intervención, dadas las precarias condiciones del "quirófano". Era un documento escrito en cursiva por Berta, que oficiaba de testigo y notaria, llenos de dibujitos rupestres al pie, que era la manera de firmar que tenían los indios porque eran analfabetos.

Mi mamá y yo coincidimos en que era más conveniente que ella fuese al pueblo y yo me quedase en Buenos Aires, teníamos que dividir responsabilidades, éramos un equipo maduro. Además, yo tenía dieciséis años, ya no estaba en edad de depender.

Fuimos juntas a aeroparque, las dos fumando en el taxi, sin llorar, sin hablar. El taxista, sin tacto y creyéndose omnisciente, trataba de sacar tema de conversación criticando el estado de las calles, la corrupción de la clase política y a todo el resto de los conductores del tipo de vehículo que fuese, a los que consideraba imbéciles y decía que había que matarlos. Tópicos sobre los que pretendía que nos quejásemos juntos. Pero mi mamá y yo no nos enganchamos con ninguna de sus propuestas aunque ella, una vez que ya nos habíamos bajado, se acercó a la ventanilla para decirle "Este país tiene dos grandes problemas: Menem y los taxistas que lo votaron" y se dio vuelta rápido para no escuchar el insulto que el señor tenía como respuesta.

Podría haber sido un cortocircuito o una pérdida de gas o la estampita de la virgen ardiendo. Daba igual. Con las primeras teorías aparecieron los primeros culpables: Beti y sus supersticiones, el gasista y su incompetencia, incluso Ñanco mismo fue, durante un tiempo, sospechoso del descuido que pudo haber causado el incendio.

Después de boyar unos meses por las casas de mis hermanos, Ñanco y Elena decidieron instalarse temporalmente en la habitación número cuatro del motel. Esa situación transitoria duró un poco más de dos años. Para llegar a ese momento, primero tuvieron que agotarse de vivir de prestado; luego, hacer números hasta la madrugada para darse cuenta de que no les alcanzaba para alquilar y menos para arreglar la casa y, finalmente, pelearse con gritos contenidos, encerrados en la habitación de algún nieto que se había visto obligado a compartir la cama con su hermanito porque los abuelos estaban viviendo en su cuarto.

A pesar de haber estado todos en desacuerdo, de haber ofendido a alguno de sus hijos y de no soportarse entre sí, continuaron con el plan y de a poco fueron armando su monoambiente entre las paredes alfombradas del Cu-Cú. Cambiaron el colchón por uno que le sobraba a una tía y que estaba en mejor estado —"Menos transitado", decía Ñanco— que el de la habitación; instalaron una biblioteca, un perchero de Internacional para colgar la ropa, unas cortinas, una mesa con dos sillas y pusieron cable como saludable alternativa al zapping porno.

Allí tenían lo que necesitaban para estar enojados y pelearse en paz. En nuestras conversaciones telefónicas, mi mamá se veía tentada de culpar a Ñanco por el incendio, aunque no se animaba del todo, lo sugería apenas. No creía ella que él fuese el autor material del fuego sino, más bien, que había fallado en la fiscalización de los servicios ajenos. Él tendría que haber revisado que el trabajo del gasista estuviese bien hecho, él tendría que haberle prohibido a Beti encenderle velas a una Virgen.

Ñanco venía apaleado de los años de soledad y el incendio de la casa y de su archivo personal habían terminado por derribarlo

anímicamente. Como siempre había sido un hombre optimista, tenía un muy mal manejo de la tristeza, que se manifestaba en caprichos, en una irascibilidad constante, en la incapacidad de expresar sus sentimientos y frustrarse por eso y convertirse en alguien insoportable.

Se despertaban a las seis de la mañana, con el cambio de turno de las mucamas, de noche. Elena se hacía traer un mate a la cuatro, que se iba tomando mientras rumiaba reproches y confeccionaba su lista de quehaceres del día. Ñanco le rechazaba los mates que ella le ofrecía, tardaba una hora en ducharse y afeitarse y llenaba la habitación de vapor, que era lo que a Elena más le molestaba. Como contraataque, ella se prendía un puchito en la ventana, en supuesto acto de consideración para que la habitación no oliese —desde que él había dejado de fumar, no toleraba el olor del cigarrillo—, pero el humo siempre acababa por meterse y terminaba viciando el aire y la relación.

Durante el resto del día se la pasaban discutiendo por el uso del coche. No lograban coincidir en viajes a Neuquén ni en horarios. También gustaban de pelear por la mercadería de Internacional, por la confección de las planillas del motel, por las mucamas a las que Elena había empezado a odiar y Ñanco defendía incondicionalmente, por el sabor de la comida que preparaban en la rústica cocinita pegada a la recepción y que comían encerrados en la cuatro, con el audio de algún noticiero de fondo llenando el vacío.

A las diez de la noche, cuando cambiaba la tarifa y la llamada de larga distancia pasaba a costar la mitad, sonaba mi teléfono en el departamento. Me llamaba mi mamá o mi papá, nunca los dos juntos, y aprovechaban el minutito en que el otro se encerraba en el baño para quejarse conmigo, para acusarse entre sí de sus conductas. A veces lloraban. Otras veces se habrán sentido tan mal que ni siquiera me llamaban.

En el living del departamento habíamos instalado un fax para compartir las facturas y los pedidos de Internacional aunque las prestaciones del aparato eran tan deficientes, que terminábamos usándolo para asuntos personales, menos rigurosos. Yo volvía de las clases o de los ensayos y me encontraba con las hojas colgando de la máquina con los mensajes familiares, llegadas durante mi ausencia, enviadas por Elena o Ñanco, que habían agarrado la costumbre de meterse en cualquier locutorio con fax que se les cruzara en el camino. Y junto con esa manía, a Ñanco también se le había dado por enviarme noticias recortadas del diario Río Negro que él consideraba que a mí me podían interesar. Tenía una predilección por las culturales que mencionaban la visita a la zona de celebridades de nivel nacional —músicos, escritores, artistas plásticos— aunque también se entusiasmaba con los conflictos gremiales y la exploración y explotación de hidrocarburos: soñaba que las máquinas entraban al predio del motel, perforaban el suelo y el petróleo brotaba alegremente en el chorro que inauguraría nuestra vida de multimillonarios.

Una tarde me encontré con la nota del diario que hablaba del incendio de la casa, faxeada con errores de transmisión, incompleta. Habían pasado ya varios meses, que habrán sido los que necesitó Ñanco para juntar coraje y mandarme el artículo. No se entendía el propósito ¿compartir la información más técnica de la tragedia? ¿Recordarme su padecimiento? Por suerte la impresión del fax se iba borrando con los meses; iban aclarándose las frases hasta quedar ilegibles, hasta que ya no hubo motivos para conservar ese papel y no sentí culpa al tirarlo a la basura.

También le gustaba mandarme las coberturas de la construcción del peaje sobre el puente que unía las provincias de Río Negro y Neuquén.

El proyecto incluía la creación de nuevos carriles para agilizar el cruce, el mantenimiento de las rutas nacionales aledañas y, por un convenio con las provincias, también el tapado de baches de la 6. Ñanco mantenía una postura crítica, pero se ilusionaba a la vez. La licitación había sido millonaria, polémica y fuertemente resistida por diferentes sectores a los que afectaba de manera negativa la incorporación de las cabinas del peaje, que iban a tarifar, de un día para el otro, la circulación de los trabajadores.

El puente ya venía siendo un rehén de las protestas durante los noventa. Las causas relevantes y las absurdas se manifestaban cortando el paso de los vehículos de una provincia a la otra, generando pérdidas comerciales, caos emocional y suspensión de clases en las escuelas. Cuando las autoridades no intervenían, las protestas desordenaban gravemente el funcionamiento de las relaciones sociales y comerciales entre las ciudades afectadas: no pasaban los camiones con mercadería, las personas no llegaban a tiempo a sus trabajos —aunque en honor a la confraternización laboral los manifestantes dejaban a los trabajadores cruzar el puente caminando—, colas, demoras, desabastecimiento. En el diario bombardeaban con las consecuencias catastróficas: el cirujano que no había llegado a tiempo para operar al paciente, la pareja que se había desencontrado y no había podido casarse, los lácteos que se habían echado a perder porque el camión frigorífico no había podido cruzar a tiempo para ser arreglado y continuar su viaje y así. Pero cuando las autoridades perdían la paciencia o se sentían demasiado presionadas por la sociedad, mandaban a la policía o a la gendarmería para que desplegase su poderío luciendo armas y escudos. Se suponía que mostrarse debía ser motivo suficiente para amedrentar a los manifestantes, pero como nadie se movía y la energía se iba oscureciendo, aparecían los tanques hidrantes y los gases y la demostración de fuerza se convertía en represión.

Cuando se pusieron en marcha las obras del peaje, hubo conflictos gremiales y tensiones políticas de toda clase. Se organizaron enfrentamientos violentos en el lugar, campañas de desprestigio en los medios —de los manifestantes hacia la compañía y viceversa— y

boicots en los que se intentaba convencer a los habitantes de la zona de tomar caminos alternativos para cruzar de una provincia a la otra, aunque fuesen rutas incómodas y largas. El mensaje se leía en remeras y pancartas: “Yo no cruzo más el puente”.

La obra se terminó al comienzo de la primavera. Algunos de los jóvenes que se habían manifestado opositores al proyecto enviaron su currículum a la empresa concesionaria del servicio, postulándose para trabajar en el peaje, que era una de las pocas fuentes laborales en un momento de altísimos índices de desocupación.

Sabina tenía veinte años y era muy morocha y muy desenvuelta. De nena había jugado conmigo en la puerta de la unidad básica. Venía de abandonar el profesorado de educación física y aún con su título de perito mercantil no estaba pudiendo conseguir trabajo, lo que le generaba problemas en su casa, donde era atacada por sus padres, que le reprochaban haber dejado los estudios. En una misma semana, dos hechos relevantes para ella se encadenarían inesperadamente: el lunes recibió de una amiga que venía de Buenos Aires, después de preguntar precios por teléfono e insistir con pedidos, un par de lentes de contacto color verde agua que le había encargado; el miércoles, la empresa que tenía la concesión del peaje solicitaba personal con buena presencia a través del diario. Después de haber discutido a los gritos con su mamá, Sabina se puso lentes de contacto, fue hasta la casa de fotografía, se sacó la foto abriendo bien los ojos, abrochó la foto al currículum, fue hasta las oficinas de la empresa concesionaria en Cipolletti, hizo la cola con los otros postulantes y, habiendo dejado solicitud, CV y foto, se volvió en colectivo a su casa escuchando música en el walkman. Por la ventanilla miraba el paisaje y se imaginaba que era la protagonista de un videoclip.

El día que se enteró que había quedado seleccionada para trabajar en la línea de cajas del peaje, se lo refregó a su madre, diciéndole que ahora iba a tener un sueldo y que iba a ser independiente y que no tenía por qué escuchar más sus quejas. La madre la condenó: “Ahora vas a tener que usar esos lentes de contacto para siempre”.

Sabina iba con sus jeans apretados y su campera de paño, maquilladita, ojitos de plástico, todas las madrugadas en colectivo desde el pueblo hasta el peaje, donde relevaba a la persona que le indicase su supervisor, en general en la cabina cuatro. Su horario era de los más codiciados: de lunes a sábado de siete a dieciséis, con

veinticinco minutos para almorzar, quinientos pesos en mano y todas las cargas sociales cubiertas.

"Qué ojos", le decían los choferes de colectivo, que eran los que llegaban a la altura de la ventanilla de la cabina y podían verle la cara. Sabina sonreía y se limitaba a responder con un "gracias" mientras les daba el vuelto en moneditas. Hasta que un día el comentario le vino desde una cuatro por cuatro. El conductor era Lautaro Iñigo, un abogado de sesenta y tres años, dos by pass, bronceado por esquiar en Chapelco y pescar en el Lácar, dos hijos —uno de la edad de Sabina—, una mujer estúpida, una vida dedicada al dinero. "Qué bronceado", le respondió ella, rápida. Esos lentes de contacto habían sido su mejor inversión.

Lautaro cruzaba casi todos los días de una provincia a la otra. Representaba legalmente a algunos frigoríficos de Río Negro, pero vivía en Neuquén, en el primer barrio cerrado de la Patagonia. Como era inescrupuloso e infiel, aceleraba haciendo movimientos ágiles con la camioneta, sacándole ventaja a los otros coches, para que le tocase la cabina cuatro, la cabina de Sabina. Ella lo veía venir de lejos haciendo esas maniobras y mientras daba vueltos y tickets como una autómata, se imaginaba los regalos que podría llegar a recibir de un hombre con ese tipo de vehículo. Además, le encantaba el nombre Lautaro.

Las primeras veces se saludaron con más simpatía de la correspondiente y las siguientes él empezó a invitarla a lugares, hablando rápido, el tiempo que tenía antes de que los conductores que estaban detrás en la fila empezaran a tocarle bocina. A tomar algo, a su cabaña con vista al Lácar, al casino. Ella se reía y le decía que sí, pero él pasaba, barrera abierta, y nunca concretaban. Hasta que una tarde, Lautaro pasó y le dijo que iba a buscarla a la salida. Quedaron a las cuatro y media en la puerta lateral del casino, que estaba a pocos metros del peaje pero que no era del todo visible a los coches que pasaban.

"¿Pero te cabe el tipo, boluda?", le preguntó una compañera a la que le había confesado la cita en los minutos de almuerzo.

"Los tipos así me pueden", le respondió haciéndose la

experimentada.

Entre las cuatro y las cuatro y veinte, estuvo encerrada en el baño del personal, lavándose y maquillándose. Hubiese querido tener otra ropa. A las cuatro y media se subió a la cuatro por cuatro del abogado. Él le conocía la cara, el brazo y un lateral del torso y se alegró al verla de cuerpo entero: no se desilusionó. A las cinco y diez estaban en la barrera del Cu-Cú, él levantaba el teléfono para pedir una habitación mientras ella le frotaba el pito con sus manitas. Lo tenía durísimo.

"Pedí lo que quieras", le dijo él mientras se toqueteaban. Llamaron a la recepción para que les llevasen dos whiskies con Coca. "Traé la botella", le ordenó Lautaro a la mucama.

A las seis y cuarto, se escuchó un grito espeluznante que atravesó las paredes forradas en alfombra de las habitaciones y Elena, que estaba recostada en la cuatro leyendo una novela de ciencia ficción, se asustó y lo primero que pensó fue que le había pasado algo a Ñanco. En seguida sonó su teléfono: "Venga urgente a la siete, doña Elena". En la puerta destrabada de la siete, del lado de afuera, estaba Estrella, pálida en su negrura, que le murmuró "Se le murió encima, no lo podemos mover". Sobre la cama estaba Sabina, desnuda, aterrorizada, llorando a gritos "¡Sáquenmelo!". Sobre ella estaba Lautaro Iñigo, desnudo, con la espalda canosa, el culo blanco, muerto y completamente rígido sobre la chica, enfriándose, todavía erecto.

Ñanco no estaba en el motel.

Entre las tres hicieron fuerza, coordinadas por las indicaciones de Elena, para mover el cuerpo, que rodó sobre la cama hasta caer al suelo golpeando seco sobre la alfombra. La cara tenía expresión de dolor y la rigidez de los músculos le daba aspecto de muñeco.

"Yo no hice nada, ¡te juro que no hice nada!", lloraba Sabina con la cara negra por el rimel corrido.

"¡Calmate, querida!", le gritó Elena envolviéndola con la frazada y se quedó con ella hasta que fueron los padres a buscarla.

Estrella llamó a la ambulancia y les pidió que no hiciesen sonar la sirena cuando entraran al motel, para no alarmar a los otros clientes. También llamó a la policía. Ninguno de los dos atendió a su pedido y las sirenas sonaron fuertemente, haciéndoles saber a los alrededores

que algo grave había pasado en el Cu-Cú.

CU-CU

XV

En los últimos años, alrededor de la chacra donde estaba el Cu-Cú habían crecido diferentes tomas, que es el nombre que tienen las villas miseria en la Patagonia. Se trataba de un tipo de asentamiento poblacional diferente al rancherío que estábamos acostumbrados a ver: no eran casas vecinas sino un amontonamiento de piezas encimadas que formaban callecitas insólitamente apretadas y que no se juntaban alrededor de un paso de agua ni tenían animales sino que se ubicaban cerca de los tendidos eléctricos. La vida de la gente de la toma era más dura aún que la que llevaban los habitantes del rancherío junto al río, que usaban y valoraban el agua que tenían cerca, que también les daba árboles para la sombra y para que los chicos jugasen. Los pioneros que habían ido tomando las tierras periféricas al motel, en cambio, usaban el agua del riego de las chacras y por las mañanas las acequias se llenaban de doñas pobres lavando la ropa, como en otros siglos. Los chacareros los detestaban, les tenían miedo. Para ellos el pobre era vago y peligroso.

Los pibes de las tomas andaban armados, se metían al motel por los flancos menos controlados para ver si podían manotear algo, pero la policía decía que no había por qué asustarse, que no eran de temer. Si los perros guardianes que andaban sueltos por la chacra ladraban de noche, el sereno de turno salía afuera a tirarle unos tiros al cielo para asustar. Alguna vez una bala disparada al aire cortó con inesperada puntería un cable de alta tensión y el motel se quedó sin luz unas horas.

Según Ñanco, detrás de esa benevolencia de la policía para con los asaltantes menores se escondía una relación de intereses e informaciones: los delincuentes de las tomas, último escalafón en una estructura que movía drogas y armas, eran los que aportaban datos a las investigaciones policiales. A veces lo hacían para intercambiar favores, otras veces se les escapaban nombres y detalles de futuros delitos en violentas sesiones confesionarias.

El comisario del pueblo se llamaba Héctor Alterio, como el actor argentino. Alguna vez fue al motel a negociar con mi papá para que permitiese a un equipo de investigadores de la policía federal quedarse en una habitación a la espera de unos narcos importantísimos que, se suponía, estarían de paso en el Cu-Cú donde tomarían contacto con otros traficantes. El encuentro iba a ser durante el día, sospechaban, y habría intercambio de dinero pero no de drogas, que los narcos concretarían pasándose de una habitación a la otra por las cocheras. El equipo de espías de la policía esperaba registrar ese intercambio y seguir los movimientos de los traficantes para llegar al corazón de la organización. Todo esto le contaba Alterio a Ñanco, sin poder disimular su entusiasmo por tener la oportunidad de participar en una investigación de alto perfil. No iba a haber operativo policial ni escándalo en el motel, le prometió. A cambio del favor le ofrecía inmunidad: él iba a encargarse personalmente de las relaciones con los delincuentes de la toma y prometía frenar los asaltos.

Ñanco ya había intentado algunas maniobras apaciguadoras con los ladrones mediante conversaciones con las prostitutas que venían de la toma —muchas eran mujeres o hermanas de los asaltantes—, enviándoles mensajes conciliatorios, proponiendo treguas en las que él ofrecía trabajo y ayuda a cambio del cese de los ataques. Pero la naturalización del robo como modo legítimo de vida hacía que esas ofertas les parecieran ridículas. Al principio, los ladrones se llevaban las cortinas de lona de las cocheras, las herramientas de jardinería que quedaban afuera, las patentes de los coches. Todas maniobras rápidas, más parecidas a travesuras que a delitos. Pero con el tiempo se fueron poniendo más ambiciosos y en algunas oportunidades, armados y

encapuchados, se metieron en la recepción, ataron a alguna mucama y se llevaron el dinero de la caja, los electrodomésticos, los preservativos. Por eso Ñanco, sin consultarle a Elena, aceptó la propuesta de Héctor Alterio. Aún después de haberse desencantado de la función pública, tenía confianza en las instituciones. Siempre fue un idealista.

Cuando mi mamá se enteró de la decisión que él había tomado solo, tuvieron una pelea apocalíptica que casi termina con la pareja. Pero como ella se había vuelto de Buenos Aires para estar con él en este momento difícil, no iba a dejarlo solo ahora en un motel, rodeado de policías y narcotraficantes. Así que se quedó.

Durante una semana, parejas de policías disfrazados de civil se relevaban en turnos de ocho horas, siempre en la habitación número cinco, que tenía una ubicación funcional a las maniobras del espionaje. Ñanco y Elena, viviendo en la cuatro, pasaron toda la semana sin poder dormir y sin hablarse entre ellos, saltando de la cama con cualquier ruido, temiendo lo peor.

Pero no pasó nada, nunca fueron los narcos, nadie intercambió nada y la ruta de la investigación desembocó en un camino sin salida. Héctor Alterio estaba desilusionadísimo pero como era un hombre de palabra, quiso pagarle a Ñanco su contribución y además de asegurar que iba a mediar con los delincuentes, le ofreció a su propio hijo, que también era policía y también se llamaba Héctor Alterio, como sereno para que vigilase el Cu-Cú.

Dos noches después de que los investigadores de la policía federal abandonasen la cinco, hubo un tiroteo. Héctor Alterio hijo había salido de la recepción alertado por los perros y empezó a disparar al vacío, al aire, a nadie. Pero en lugar de amedrentarse, los ladrones se envalentonaron y le devolvieron los disparos, que impactaban contra las paredes de la recepción y los árboles cercanos. En la balacera murió un perro. Entre el susto y la desorientación, Héctor Alterio hijo empezó a correr para protegerse. En ese momento se cortó la luz, probablemente como parte de la maniobra de los asaltantes.

En la habitación número cuatro, Ñanco y Elena, a oscuras y aterrados, tanteaban los cajones buscando sus armas. Las balas retumbaban en la mudez de la noche, envolviéndolos y confundiéndolos, haciéndoles sentir la vulnerabilidad de la carne desprotegida. Mi mamá tenía un veintidós que había sido de su padre. Mi papá tenía un treinta y ocho que le había regalado Christian. Las dos armas estaban descargadas y ninguno de los dos tenía más experiencia en su uso que haberle apuntado a unas basuras alguna vez en la barda. Con los estuches guardaban sus permisos de tenencia —no de portación—, que habían tramitado juntos, al comienzo de la relación, como un acto de formalización de la pareja.

La banda que los estaba asaltando ahora parecía mucho más preparada que los ladroncitos improvisados de las tomas. Sabían dónde estaba la central eléctrica y habían cortado la luz, sabían que el sereno dispararía hacia arriba en dirección al bosque. Lo que no sabían era que estaba cuidando el Cu-Cú el hijo del comisario y que su pedido de refuerzo llegaría mucho más rápido que el de cualquier sereno o policía raso. Ñanco y Elena salieron a la recepción con sus pistolas y encontraron a la mucama debajo del mostrador, que se había hecho pis encima. Desde adentro, los disparos se oían próximos,

como si los ladrones estuviesen cada vez más cerca. Lo que los aliviaba era que mientras sonase la balacera significaba que Héctor Alterio hijo seguía vivo.

En sus habitaciones, algunos clientes se asustaban y decidían quedarse encerrados hasta que los fuesen a rescatar o a asaltar.

Desde lejos, colándose en el ruido de los disparos, empezaron a escucharse las sirenas de la policía que desde el pueblo venían furiosas. Cuando el patrullero llegó a la altura de la barrera, los delincuentes ya se habían escapado en un coche que habían dejado escondido al costado de la ruta, cerca de la entrada, entre los yuyos y los álamos. Los policías entraron con gritos y linternas en la recepción, preguntando por Héctor Alterio, que gemía para orientar a sus compañeros desde algún lugar del bosque.

Lo encontraron tirado detrás de un montículo de piedras de construcción. "¡Cuidado que tengo un tiro en la cabeza!", gritaba. Tenía la cara llena de sangre. "¡No me toquen la cabeza que tengo una bala!", se desesperaba.

Ñanco se subió con él en la ambulancia. En el hospital se encontró con los padres, que estaban en piyama, angustiados.

"Le pegaron un tiro en la cabeza", les dijo Ñanco. "Pero está consciente".

"¡Otra vez!", se sorprendió el comisario Héctor Alterio.

"La semana pasada también le dieron un tiro en la cabeza", lloró la madre.

"Entonces ahora tiene dos tiros", conjeturó el padre.

"Como era riesgoso operarlo para sacarle la bala, se la dejaron", agregó la madre.

"¿Este tiro?", preguntó Ñanco.

"No, el de la semana pasada", explicó el padre.

"El chico sólo tiene un tiro", informó la paramédica que lo había asistido en la ambulancia, metiéndose en la conversación para aclarar.

"¡Pero tenía toda la cara llena de sangre!", se sorprendió Ñanco.

"Porque se golpeó la cabeza contra una tosca, al caer", lo desasnó la profesional.

"Tener una sola bala en la cabeza es mucho mejor que tener dos", se

alivió el comisario.

"¡Una desgracia con suerte!", celebró la madre.

Cada noche sonaba el teléfono en el departamento del microcentro y yo tenía una conversación apocalíptica con alguno de mis padres o de mis hermanos. Sus actualizaciones eran mi único contacto con la realidad, esa entelequia de titulares que me amenazaban desde los puestos de diarios y que yo evitaba cuidadosamente hasta que llegaba la noche, cuando me eran revelados, por más que me negase a escucharlos, por algún familiar. Estaban tan enfrascados en esos problemas que no notaban cómo el dramatismo les iba carcomiendo las expectativas, las ideas, los comentarios. Ese mundo consensuado al que la televisión, los diarios y la radio llamaban realidad —que no era mi mundo y, sin embargo, enganchaba tanto a mi familia— empezaba a ocupar un lugar privilegiado en nuestra vida cotidiana. "La situación" era la responsable de que, aun con Internacional como refuerzo de los ingresos del motel, la economía de la familia se inclinara en una curva descendente; y como consecuencia, mi mamá no estaba volviendo a Buenos Aires.

Se conversaba sobre posibles regresos, lejanos, en nuestras charlas telefónicas nocturnas, pero nos aburríamos de las imprecisiones y los plazos largos. Entonces dejamos de plantearlo como una posibilidad para esperar a que ocurriese naturalmente, cuando se dieran las condiciones.

"Te extraño, mamá", le dije una noche.

"Y yo a vos, hijita. Arreglemos para vernos un día de estos, ¿dale?", se burló.

Lo que había hecho de Internacional un negocio rentable era la agudeza de mi mamá para encontrar ítems atractivos al público patagónico, tenía una sensibilidad comercial especial, dominaba a su gente y era capaz de generarles deseos de consumo de objetos insólitos. Con ella viviendo de nuevo en el pueblo, esa selección

quedaba sujeta a las sugerencias de los proveedores mayoristas, brutos sin tacto interesados en su propia ganancia. Los Todo x 2 pesos ya eran plaga y el diferencial de Internacional no estaba quedando claro: su oferta de novedades se había empobrecido, vendía la misma mercadería pero a precios más altos, había pasado de moda. "Y… la gente no es boluda", me explicaba Ñanco cuando yo le preguntaba por qué no estaba funcionando bien el negocio.

Mientras veían que su apuesta a las chucherías dejaba de rendir y tomaban la decisión de cerrar Internacional, pensaban nuevos proyectos. Durante unos meses se habló de apicultura en la hectárea libre del motel, de un circuito de karting en el centro de Neuquén y hasta de transformar el lavadero para cultivo de hongos comestibles. Todas las ideas pasaban de fantásticas a pésimas en pocos días. Por suerte.

Finalmente se decidieron por abrir una mueblería infantil —camitas, sillitas, percheritos— con un socio medio turbio que habían encontrado por el diario y que les proveería los mueblecitos en consignación, directamente enviados desde su fábrica en el Tigre. Se cerraba un local y se abría otro como un negocio fundido encadenado.

El motel estuvo abierto al público sin interrupciones desde aquel 18 de septiembre, casi diecisiete años atrás. Era un negocio que funcionaba "Las 24 horas, los 365 días del año, siempre listo para el disfrute", como decía un aviso reciente que mi papá había publicado en el diario. Y habiendo atravesado campañas de desprestigio, crisis económicas, sociales y tiroteos, seguía siendo el sostén de la familia.

"Qué visionario tu viejo", decía Ñanco de él mismo.

"Es de mal gusto hablar bien de uno", lo retaba Elena, que escuchaba obligada nuestra conversación porque no tenía adónde refugiarse en el monoambiente de la cuatro, entonces opinaba.

La mercadería sobrante de Internacional estuvo dando vueltas por las casas de todos hasta que se fue regalando para cumpleaños, pudriendo o vendiendo en kioscos cuando algún hermano estaba muy apretado económicamente y necesitaba un ingreso extra.

La de los noventa fue una década muy dura para los emprendimientos comerciales: mis hermanos abrieron y fundieron

toda clase de negocios, desde rotiserías y librerías comerciales hasta casas de ropa con talles especiales y un pub. En todas las empresas estaba involucrada la familia completa, con roles asignados de acuerdo con las habilidades de cada uno. Los más simpáticos en atención al público; los más responsables, a la caja; los más ágiles, a trabajar con la mercadería. La idea era ayudar al emprendedor y después se veía qué rédito sacaba cada uno del trabajo que había aportado.

XVI

El padre de Elena, Pascal, había nacido en un pueblo tan ínfimo y remoto, que cada habitante cumplía con varios roles en simultáneo para que esa micro sociedad pudiese satisfacer sus necesidades: el médico era también el profesor de basket, la dueña del único bar era además la modista, el cura era electricista. Pascal era camionero y profesor de piano, pero además se daba el gusto de ser boxeador, solitario ante su pera en el gimnasio del pueblo, donde ejercitaba sin entrenador.

"Me he entregado al pugilismo para descargar la furia de lo inexplicable con piñas socialmente aceptadas", había dicho en una entrevista radial, luego de haber perdido, aunque luciéndose, en una pelea en Junín de los Andes.

Él mismo organizaba sus encuentros, siempre en localidades cercanas. Imprimía sus afiches y se autopromocionaba en los viajes con el camión y entre sus alumnos de piano. Su mujer y sus hijas, que eran unas nenas, lo acompañaban, sentadas una junto a la otra en el asiento largo del camión, y le hacían de equipo de apoyo durante la pelea, asistiéndolo y poniendo cara de malas para que los contrincantes no se burlasen de su hombre. Que estuviese siempre rodeado de señoritas era, en ese contexto, por lo menos original.

Cuando la familia se mudó al pueblo donde Elena crecería y se casaría, Pascal dejó el boxeo, dejó de dar clases de piano y se concentró en convertir su camión en una flota. Llamó a su empresa Transportes Elenita, en homenaje a su primogénita.

Mi mamá heredó de Pascal el gusto por la música, la preferencia por los vehículos grandes y una opinión benévola acerca del boxeo, aunque ella hubiese optado por el ballet al momento de elegir para sí una disciplina física.

Cuando empecé a tomar mis primeras clases de danza en el instituto de General Roca, Elena tenía cierto conocimiento de la materia, por lo que se consideraba con derecho a quemarme la cabeza con sus correcciones y sugerencias. Y fue así hasta el día en que aprobé el último examen para ingresar al Colón, que dejó de corregirme para adoptar una postura solemne, casi desinteresada. Supuse que era una conducta que le copiaba a Pascal, de forma inconsciente, tapando vaya uno a saber qué sentimientos. Con esa misma displicencia me escuchaba en nuestras conversaciones telefónicas cuando le decía, cada vez con más convencimiento, que tarde o temprano dejaría de bailar. No opinaba ni me persuadía, simplemente asentía, tranquila, subestimando el impacto que esa decisión podía tener en la familia.

A medida que abrazaba la adolescencia con devoción, las restricciones del ballet se me hacían más difíciles de respetar: no cigarrillos, no alcohol, no vida sexual —el fantasma de las caderas que se ensanchaban después de la primera vez sobrevolaba las conversaciones de camarín, sin ningún sustento científico pero bien reforzado por las maestras viejorras frígidas que nos recomendaban extender nuestra virginidad todo lo que fuese posible, sino definitivamente, para que no nos cambiase la forma del cuerpo—. Cuando mi papá se enteró de ese tópico, quedó encantado. Viejo contradictorio.

Desde luego, una podía ir rompiendo las reglas y el mundo iba a seguir girando igual pero el ideal de bailarina, etérea y libre de toxinas, se alejaba junto con las posibilidades de obtener roles principales. Y para muchas de nosotras, el ballet se había convertido en una competencia por la distinción. A punto de cumplir los dieciocho años, dejé de bailar y me volví al pueblo, a terminar la escuela secundaria, a fumarme todos los cigarrillos que quisiera y a decirles que sí a todos los chicos lindos que me diesen bola.

Ñanco temía que yo estuviese tomando la decisión desde el mismo lugar de inmolación en el que él se había parado para dejar su carrera, cuando su padre estaba enfermo, para dedicarse a atender el almacén. Cuando yo le explicaba que prefería terminar la escuela secundaria y salir con mis amigos como cualquier adolescente, él creía que en realidad me estaba reflejando en su espejo, a propósito, como un castigo. El día que volví al pueblo, no fue a buscarme a la terminal de colectivos porque estaba ofendido.

Nos encontrábamos en las casas de mis hermanos, por donde yo picoteaba pensiones completas hasta encontrar mi propio lugar, en almuerzos y cenas, y nos gritábamos tanto delante de todos como en privado. Eran discusiones que precalentaban con una charlita didáctica sobre la vida —"Nos vamos a sentar a dialogar… yo te voy a explicar", me decía— y tomaban temperatura cuando volvíamos al punto en el que Ñanco no se resignaba a que yo hubiese largado el Colón y empezaba a insistir con que volviese, que le diese a la carrera otra oportunidad. Y como no lograba convencerme y tampoco me tenía paciencia, terminaba gritando "No me podés hacer esto a mí", tanto en forma de reproche colérico como de llanto.

Elena, en cambio, decía "Son sádicos" a sus conocidos del pueblo, refiriéndose a las autoridades del Colón y maestros del ballet en general para justificar mi decisión y que no se viviese como un fracaso.

Los hermanos debatíamos las posturas de uno y otro padre como en el panel de un programa de televisión, lleno de muletillas y reflexiones sagaces que nos salían fácilmente porque es muy efectivo hablar de lo que uno sabe. Y nosotros éramos expertos en nuestra familia.

Después de mil mates o cervezas y atados de puchos, concluíamos que a nuestros padres —a los de todos, a las cuatro personas que nos

habían hecho coincidir en el mundo— debíamos quererlos desinteresadamente y con paciencia. En mi caso, que era el que se debatía esos meses, entendíamos que las reacciones de Ñanco y Elena se originaban en sus religiones y sus educaciones, cada uno reproduciendo los modelos de judaísmo e italianismo aprendidos en casa. “Aunque en el caso de tu viejo”, se reía uno de mis hermanos maternos, “la teoría se nos va al tacho si alguna vez se confirma que es medio mapuche”. ¡Era tan bueno estar de vuelta!

Había mucha más gente ahora: sobrinos, novias y novios de primos, amantes develadas convertidas en nuevas parejas de tíos. Sentados en ruidosas mesas largas, debatíamos con crudeza sobre temas personales —“Dorita, ¿el tío Carlos era mejor en la cama como amante o ahora que es tu pareja formal?” o “Ñanco, ¿ya superaste lo de Florencia o todavía seguís enroscado con que vuelva a bailar?”— y nos reíamos, nos ofendíamos, nos amábamos. Esta familia recargada era mucho más desubicada y suelta que la que yo había dejado unos años antes. O tal vez habíamos madurado como clan y alcanzado un nuevo nivel de confianza. O perdido la vergüenza, que es lo mismo.

Las rispideces desatadas cuando mis padres habían decidido irse a vivir a la cuatro, habían encontrado un cauce de perdón y tolerancia con los meses, sobre todo desde que empezaron a reconstruir la casa de Uspallata. Cuando Ñanco y Elena decidieron que estaban emocionalmente listos —y económicamente, sobre todo— para volver ahí, con mis hermanos y sobrinos y primos fuimos a hacer una primera desmalezada simbólica. Estaban los que se acordaban de las historias graciosas y los que se lamentaban por la pérdida de la casa, todos pateando toscas y sacando hollín, reconociendo entre los escombros algunos objetos chamuscados de nuestro pasado. No hay una complicidad más honesta que la que se tiene entre compañeros de tragedia. La sensación de pertenencia, la conexión con el drama y la valoración de lo superado se imprimen profundamente en el grupo, creando un lenguaje propio. Éramos los sobrevivientes de una catástrofe y sus secuelas eran lesiones emocionales que cada uno manifestaba a su manera, caminábamos sobre las cenizas de la casa donde habíamos sido una familia feliz. Cualquier reacción estaba

permitida.

Ñanco vino a sentarse conmigo al paredoncito de entrada, justo frente a la escuela diferenciada, desde donde había visto tantas veces salir a los nenes discapacitados.

“Yo te tendría que haber mandado a esa escuela”, me dijo. Era su forma rústica de romper con el monotema que nos había mantenido alejados desde mi vuelta al pueblo.

“No me hubiesen aceptado, por tarada”, le respondí subiéndome a su frecuencia.

“¿Ya sabés de qué vas a vivir?”.

“Voy a conseguir algún trabajo que me permita terminar el colegio”, le respondí.

“Vos sabés que el telo también es tuyo. Podés contar con eso, que es muy digno. Ser dueño de un telo es muy digno”.

“Lo sé, papi. Yo siempre estuve muy orgullosa de que vos fueras el dueño de un telo”.

“Y yo siempre estuve muy orgulloso de vos. Fue un sueño para mí cuando entraste al Colón. Pero si decidiste hacer otra cosa, voy a estar orgulloso también”.

Y sin abrazarnos ni nada, para no convertir ese momento en una escena cursi, seguimos hablando sobre mi probable rol como encargada del Cu-Cú, de la posibilidad de tomar la posta en las tareas que él venía haciendo desde hacía tanto tiempo.

“Antes estabas en el Colón y ahora estás en el Cu-Cú-lón”, se reía mi papá mientras entrábamos juntos en el coche por el camino de los álamos. Siempre se rió demás para no aburrirse tanto y a veces sus chistes me causaban una mezcla de orgullo y vergüenza ajena, como ahora. Me di cuenta de que era la primera vez que entraba al motel manejando, toda la vida me habían llevado en el asiento del acompañante o en el de atrás, donde me recostaba para mirar por el parabrisas trasero los álamos atados en sus puntas.

“¿Me vas a decir que nunca viniste con algún amigo a hacer usufructo de las instalaciones?”, me preguntó cuando le hice el comentario.

“¡Papá! ¡Basta!”.

Me anuncié en el teléfono de entrada como él lo había hecho toda la vida: “Florencia, querida”. Cuando hubiese una mucama más joven que yo del otro lado del conmutador, diría “Florencia, hija”. Una de mis responsabilidades era conocer los turnos de todas las chicas, así que demostraba más poder aún si al anunciarme decía su nombre también, “Florencia, Alejandra”. Eran todas fórmulas que iría probando con el tiempo, me quedaban muchas estrategias de patronazgo que aprender. Metimos el coche en la cuatro y entramos por afuera a la recepción, donde Alejandra estaba con el mate recién hecho y unos cuernitos en un plato, esperándonos. Al principio fue como una visita normal, como cuando vivía en Buenos Aires y Ñanco me llevaba a “saludar a las chicas”, por lo general justo en el cambio de turno, así coincidían varias y podíamos conversar todas juntas sobre el ballet y mi vida en Capital. Era como dar una conferencia de prensa.

Las mucamas iban acercándose a saludarnos, ya informadas de mi inminente incorporación como encargada, sin esperar formalidades,

naturalizando el traspaso de mando del negocio familiar de padre a hija, que era muy común en el pasado y lo sigue siendo en el interior.

Me resultaba increíble comprobar las mismas ubicaciones de los peinecitos y los sobrecitos de champú, en la misma caja, sobre el mismo estante en el mueble de siempre. Y las gorritas descartables para la ducha, los preservativos, los VHS, las indicaciones obsesivas escritas con caligrafía de arquitecto.

"¿VHS, papá?", inquirí levantando un casete.

"El Cu-Cú está ansioso por la incorporación de tus innovaciones tecnológicas", respondió.

Durante la tarde repasamos las planillas. Había aprendido a llenarlas yendo al motel de oyente durante mi infancia. Conocía los manejos de la caja, el sistema de registros de entradas y salidas, el control interno con los casetes bajo llave. Tenía incorporado el funcionamiento sin habérmelo planteado jamás. Mi papá estaba muy orgulloso, como me lo había prometido.

Iba mostrándome las facturas de compra de insumos como si me presentase a los proveedores en persona, tal era su técnica didáctica: "Este es Juan Carlos, el del detergente líquido y los productos del lavadero. Con este te podés atrasar en los pagos, no vas a tener problema". Y yo anotaba "ATRASO PAGO OK". "Este es Víctor, ¿te acordás de Víctor? ¿Cuánto hace que no lo ves? ¡Es el de la librería! Le seguimos comprando la papelería y nos sigue haciendo los talonarios".

"¿Este no salía con mi maestra de jardín?".

"Claaaro... Lo vamos a ir a saludar personalmente esta semana, así te ve y le das un beso. Y a la Petisa también vamos a ir a saludar".

"Otra gira del terror".

"Pobre Petisa, ¡si la vieras! Cada tanto le llevo unos mangos".

"¿Y mamá qué opina sobre tu generosidad con las mucamas retiradas?".

"Ah, eso. Menos mal que me dijiste. Te tengo que hacer la lista de cosas que tu madre no sabe. Aprendetelá y después la tirás a la basura".

Los meses que siguieron, mientras buscábamos un departamento donde yo pudiese vivir, me conseguían un cochecito para moverme y

me inscribía en una escuela secundaria nocturna, Ñanco me entrenó en el arte de administrar el motel. Una disciplina delicada, basada en el equilibrio de lo que se dice y lo que se calla, llena de precisiones y eventualidades. Me iba transmitiendo su enseñanza oralmente, como se transmiten las técnicas artesanales milenarias, como una herencia generacional, como un legado.

AGRADECIMIENTOS

A Marcelo Panozzo, que confió en El telo de papá cuando apenas eran unos párrafos inconexos impresos en una A4.

A mi mamá, mi papá y mis hermanos. No me alcanza la vida para escribir sus aventuras. ¡Gracias por dejarme tergiversar la historia a mi antojo!

A Emiliano Rodríguez Nüesch, my one life stand. Este libro existe gracias a él.

A Bárbara Ruffini, por quererme y cuidarme siempre.

A Pablo Schanton, mi ídolo. Gracias por tus palabras y esos años de entrenamiento.

A Jorge Alderete, por hacer la mejor tapa de libro de la historia de las tapas de libros.

A Marina Mariasch, por su dirección técnica al comienzo de este proyecto.

A la familia Rodríguez Nüesch, por adoptarme tan cariñosamente.

A Alejandro Prosdocimi, que ante una crisis vocacional me dio un gran consejo: “Poné el culo en la silla y escribí”.

A Darío Bochgezenian, que me proveyó de las películas más inspiradoras para ayudarme a darle vida a estos personajes.

Y a todos los amigos que me escucharon contar las aventuras del telo en bares y fiestas.

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Agradecimientos
Créditos
Acerca de Random House Mondadori
ARGENTINA

Werchowsky, Florencia
El telo de papá. - 1a ed. -
Buenos Aires : Mondadori,
2013
(Reservoir Books)
EBook.

ISBN 978-987-658-198-1

1. Narrativa Argentina. I.
Título
CDD A863

Todos los hechos narrados en este libro son producto de la imaginación, que, como se sabe, es parte de la vida misma.

Edición en formato digital: marzo de 2013
© 2013, Random House Mondadori, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Ilustración de tapa: Dr. Alderete
Diseño de tapa: Clarisa Moura

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-658-198-1

Conversión a formato digital: Libresque

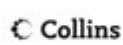
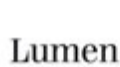
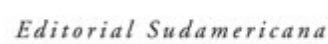
www.megustaleer.com.ar

RANDOM HOUSE MONDADORI

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:
Humberto Primo 555, BUENOS AIRES
Teléfono: 5235-4400
E-mail: info@rhm.com.ar
www.megustaleer.com.ar